**Miedo**

**al**

**CORAZÓN**

**A veces tengo miedo de mi corazón, de su hambre constante de lo que sea que quiere, de la forma en que se detiene y vuelve a empezar otra vez…**

***Edgar Allan Poe***

**Ulises vive**

*Al leer una biografía ten en cuenta que la verdad absoluta nunca es publicable*

**George B. Shaw**

Benvenuto Cellini escribió su autobiografía en el año de 1540 y sentó precedente en este género. La leí cuando tenía 19 años y a esa edad ya me sentía una lectora contumaz.

Le encontré un gran defecto: el célebre escultor y orfebre magnificaba una y otra vez los elogios, encargos y distinciones recibidos; más al tratar de los sonados fracasos que tuvo, indefectiblemente culpaba de ellos a sus ayudantes: al material defectuoso, a la fragua inadecuada, a la tacañería real y hasta al clima que “no había sido benevolente, con un frío inusitado para ese 21 de marzo: el molde puesto a templar en una pileta de agua se quebró”. Seguí con la lectura del género, constatando que cuando un personaje cuenta su propia historia, sigue ese esquema: explica que las cosas “se salieron de control por culpa de otros” y casi nunca admite haber cometido un error personal.

Sin embargo, el género de biografía novelada ejerció fascinación sobre mí. Con *Médico de cuerpos y almas* (biografía de San Lucas el evangelista)*,* esa fascinación devino en pasión por la novela histórica: la manera cómo Taylor Caldwell cuenta la historia sabemos que es fabulada, pero es mucho más interesante su versión que la de un historiador. Dice Mallarmé: “La llamada Historia no es más que un montón de mentiras contadas por los vencedores”.

Durante los últimos diez años he leído más de cien autobiografías. El género es muy providente, sobre todo para las celebridades que escriben sus memorias después de retirados. Tratándose de científicos, artistas (sobre todo directores y escritores) hay verdaderas **joyas** literarias: *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda*; Mi último suspiro* de Luis Buñuel; *Nadie es perfecto* de Billy Wilder; *Mientras escribo* de Stephen King; *Las canciones que me cantaba mi madre* de Marlon Brando; *De qué hablo cuando hablo de correr* de Haruki Murayami, *Vivir para contarlo* de García Márquez.

Esta afición la estimula mi hijo mediano, Miguel, quien sólo entra a las librerías para proveerme de las últimas publicadas. Cuando le comuniqué el enorme placer lector que obtuve de su regalo de Navidad: *En Movimiento* del Dr. Oliver Sacks él me cuestionó: “¿Y tú?, ¿Cuándo escribes tu autobiografía?, ya es tiempo, ¿no?”

* ¿A quién podría interesarle una biografía mía?
* Pues a nosotros, tus descendientes; sería como un testimonio de nuestro árbol genealógico.

Hace trece años y a punto de jubilarme, una paciente me preguntó: “¿Y qué va a hacer con tanto tiempo libre Dra.?; “Voy a dedicarme a viajar, a leer y a escribir”-fue la respuesta- “¿Usted va a escribir?, ¡seré la primera en comprar su libro!, y… ¿de qué tratará? -hizo una pausa cautelosa- “¿Las memorias de una ginecóloga?”

Nunca pensé en publicar mis memorias porque implicaban secretos médicos que violarían la ética profesional. Tendría que elegir entre la honradeztotal que demanda la crónica, o algo maquillado y edulcorado para no balconear a muchos personajes locales fácilmente identificables.

Hice un pacto conmigo misma: separaría la doctora de la escritora y me apliqué a escribir un poemario. Hasta la fecha tengo pacientes que sólo me conocen como doctora y viceversa: lectores que no saben que soy médico.

*Naufragio* me parece ahora un libro escrito por una púber romántica (entonces tenía 58 años y realmente pasaba por una adolescencia literaria), pero a la fecha cuando lo leo, hay versos que aún me sorprenden: ¿Cómo pude saber ESAS cosas antes de haberlas vivido?

Respeto mucho a la literatura y a la Medicina: ambas conllevan una ética profesional rigurosa. Una cosa es fabular y otra contar mentiras. Quien escuchó una serie de leyendas en varios puertos de diversos juglares**,** y armó la primera novela de aventuras con monstruos marinos, sirenas, hechiceras, dioses y héroes visitados en el mismo infierno, en otras palabras: quien recopiló y armó La Odisea, no mentía; para tal relator de historias el héroe-viajero existió. Escribir es pasar una prueba de verosimilitud: Ulises vive, y goza de cabal salud, cómo Gilgamesh, Simbad el marino y el coronel Buendía.

Hace diez años me radiqué en la ciudad de Puebla. Si pido honestidad en la biografía que a mí gustaría leer, debo confesar que no fue decisión mía. Aunque mis hijos radicaban en la Angelópolis, y a pesar de su formidable arquitectura, de las bondades del clima templado, de que un pedazo de mi corazón yace en el panteón municipal local; me costaron muchas lágrimas arrancarme de mi lugar de origen, donde disfrutaba de una casa con enormes ventanales (alguna vez oí a un huésped comentar: “Parece pecera con puertas”). La exuberancia vegetal comprendía buganvilias en el cercado, un roble cubierto de flores blancas que caían como copos de nieve sobre el cobertizo del garaje, mangos con florecitas amarillas, tulipanes llamados “copas de oro” y arbustos que todo el año daban ramilletes rojos. Había palmeras, limoneros con diminutos azahares, una jacaranda en cuya rama hueca hicieron colmena unas avispitas que producían miel ácida; un árbol de canela, de flores amarillentas que desprendían un aroma picante. Mis hijos decían que eso no era un jardín sino mi reserva ecológica, porque también estaba atestado de pájaros carpinteros, pijules, mariposas, iguanas, tortugas, ranas, larvas, abejas, lombrices, culebrillas y -desde luego- hormigas. Con los 40 grados de que gozábamos a la sombra, por lo general yo admiraba estas maravillas dentro de la casa con el aire acondicionado al máximo. Era a medianoche que caminaba para disfrutar los efluvios del huele de noche, los jazmines y las gardenias que cultivaban mis vecinos.

Mas volví a empezar y el trasplante fue en terreno gentil, donde cayeron otras semillas, me refrescaron otras influencias, me abonaron otras amistades, ¿Cómo podría no arraigarme y florecer?

Extraño a Las Choapas, pero de igual manera que el río nunca vuelve a ser el mismo, ambos nos transformamos y un poco de nuestra esencia se quedó en el camino. Si aprendí algo a partir de 2016 es que hay que vivir en presente.

Lo que soy actualmente es la suma de mi experiencia: aquí está, tal vez a alguien pueda servirle.

**I**

*Quien sabe de dolor todo lo sabe*

**Dante Alighieri**

*20 -V-2022*

Clara Isabel está indecisa sobre dónde colocar el arreglo floral que recibió, cuando se instala el ataque en el costado derecho. Aún sostiene un gatito de peluche y una tarjeta de la tienda con la críptica nota: “tenemos un compromiso”. al asaltarla ese dolor intenso en el hipocondrio: literalmente un cuchillo se queda ahí clavado.

Las veces anteriores se auto recetó un analgésico y llegada la noche tomaba un inductor del sueño. al día siguiente amanecía bien. Pero no ahora. El dolor reaparece con intensidad devastadora.

Encontrándola en la clásica posición de engatillado (la pierna derecha doblada sobre su abdomen para mitigar el dolor), a sus hijos les parece increíble que lleve 24 horas resistiéndose a sus reiteradas instancias de recurrir al Hospital de su Institución.

Desde el sexto semestre de Medicina ha pasado una vida en nosocomios. Galeno hace dos milenios aseguró: “la principal misión de un médico ante el enfermo es mantener vivo el cuerpo y optimista el ánimo hasta que su propia naturaleza lo cure”. Cómo doctora fue comprometida con ese aforismo; para ella un diagnóstico y tratamiento médico atinado es tan valioso como el apoyo de todo el equipo paramédico. En cualquier encamado la triada de dolor, aislamiento familiar e incertidumbre, prolongan la recuperación y por eso explicaba detalladamente a sus pacientes el proceso de su enfermedad. Sabe bien que esperar.

Tras su jubilación rompió lazos profesionales con sus pacientes para no volver a pisar un hospital. La jugada que el destino le deparó fue entrar y salir de diversos sanatorios por cuadros graves de sus tres hijos. Luego le tocó a su esposo con una enfermedad terminal. Por 18 agotadores meses ella y su hijo menor Daniel, lucharon a brazo partido al lado de su cama. Cuando terminó todo, Clara Isabel le hizo jurar a su familia que no la internarían nunca.

Acosada con preguntas de sus hijos, aún niega con la cabeza cuando otra punzada lancinante la derrumba sobre el sofá color violeta. No resistirá más, está consciente de que su umbral al dolor es muy bajo. Pero ni en ese instante álgido piensa en hablarle a Rocío, guarda y custodia del coctel lúdico comunitario.

Toma el rosario y ruega a l~~a~~ virgen de su altarcito: “Dame la oportunidad de volver madre mía, olvida cuando una vez sufría tanto y pedí que me llevaras, ahora quiero vivir”. Mientras acaricia las poliédricas cuentas recuerda los adjetivos de los no católicos: “fetichistas, idólatras” ¡qué triste no tener algo material para tocarlo cuando se necesita consuelo!

En el Hospital, ~~la~~ jovencísima doctora de admisión reconoce su cara doliente y posición forzada, la pasa a un estudio tomográfico de abdomen alto y de inmediato se identifica al culpable: el páncreas está inflamado.

Es puesta en una camilla en Urgencias, ~~le~~ canalizan una solución intravenosa para administrarle un coctel analgésico (¡bendito sea Dios!); toman muestras de sangre para análisis y esperan al especialista en Radiología. Confirman que es candidata a un ultrasonido minucioso de la vesícula. Clara Isabel sabe que las causas más frecuentes de pancreatitis son los cálculos en dicho órgano.

En la escala de dolores, la cúpula del Top Ten se sitúa en la neuralgia del trigémino y el período expulsivo del parto; el infarto del miocardio está en segundo lugar con un 9, el cáncer de huesos tiene 8; la pancreatitis y los cálculos renales y vesiculares se sitúan en un mediocre 7.

En su primer parto ella rechazó el bloqueo peridural, pero un compañero compasivo le infiltró los nervios pélvicos cuando tenía ocho de dilatación cervical. Con su segundo hijo fue tan rápida que la bloquearon sólo para el expulsivo. En el tercero apenas les dio tiempo de pasarla a sala de partos. Recuerda que le dolió mucho pero solo fue un instante. La percepción del dolor cambia con la edad: ahora es mucho más sensible. Ella dice no temerle a la muerte sino a perder la dignidad, a depender de otros…sin embargo su verdadera Némesis ha sido el dolor.

Varias amigas (doctoras, maestras, poetas, anestesiólogas. viudas como ella), compararon experiencias y se enfrascaron en el juego de imaginar cual muerte sería menos dolorosa. Alguna planteó buscar un lugar gélido, emborracharse y salir bajo una nevada hasta que el congelamiento las dejara insensibles. Otras propuestas fueron aún más descabelladas.

Llegaron a un acuerdo: prepararon un banco de medicamentos: barbitúricos, opiáceos, marihuana y morfina, para tenerlos disponibles y hacer un coctel salvador-matador en caso de que alguna lo pidiera.

Leonor, la mayor de ellas, quedó en silla de ruedas y luego sus hijos la internaron en un asilo. Aunque estaba perfectamente lúcida nunca reclamó su sobredosis. De pañal en pañal se fue secando, y mientras a su rostro asomaba la calavera omnipresente, pasó por alimentación intravenosa, gastrostomía, úlceras posturales, reanimación eléctrica, intubación y respirador. Partió a los seis meses. Al parecer, aquellas muertes pacíficas en que del sueño pasa uno a “trascender” sólo están reservadas a los santos.

Rueda en la camilla rumbo a imagenología. Una especialista muy calificada la manipula con suavidad. Clara Isabel ve el respeto y la paciencia que inspira una persona añosa. A sus interrogantes la profesionista le comunica que no encuentra cálculos en vesícula, que el páncreas se ve inflamado en forma difusa sin localizarse el motivo.

Vuelve a urgencias y la joven doctora le habla ponderadamente:

* Su problema es delicado: los índices de complicaciones son altos a partir de los 70 años, Vamos a llamar a un cirujano gastroenterólogo por si requiere una intervención.
* ¿Y si no son cálculos en la vesícula, cual puede ser la causa doctora?

Ella habla de personalidades muy reactivas a los pequeños problemas, causas inmunológicas, factores genéticos, transgresiones alimenticias: alcohol carnes, grasas…

* Cuando en la familia hay antecedentes de problemas de cálculos, a partir de cierta edad hay que ser cuidadoso con lo que comemos.

Clarisa -cómo prefiere que la llamen- piensa que la medicina preventiva es en realidad poco humana; cómo citaba el artículo de una revista científica: “Implica en primer lugar reconocer que el enemigo somos nosotros mismos”

¿Alcohol?, si le dieran un peso por cada vez que en reuniones ha rechazado copas de vino, micheladas, Baileys y caballitos de tequila, tendría para comprarse un vestido en una boutique de lujo. Su abstención en realidad se debe a que pierde la autocrítica con niveles etílicos mínimos y se pone a declamar larguísimos poemas aprendidos en la secundaria.

¿Carne?: no es glotona y menos carnívora. Aunque reconoce que le encanta todo lo que chorrea manteca: tocino, chalupas, memelas, garnachas; el reborde graso del sirloin, de las costillitas a la barbacoa, la crujiente piel del pollo horneado, el tuétano, los panes con mantequilla, las ensaladas con mayonesa, los plátanos y frijoles refritos. Es una condición genética afortunada que no sea obesa.

¿Pequeños problemas cotidianos?, bueno... Si se pueden llamar pequeños a lo que ha vivido en los últimos diez años: la trombosis pulmonar de Alex, la mononucleosis infecciosa de Daniel; la eclampsia convulsiva de Alma, el desamparo de sus nietas, la enfermedad terminal de su esposo; el cuidar a su hijo mayor de COVID en plena pandemia con el subsecuente resquebrajamiento de su empresa, la demanda judicial entablada contra una poderosa paraestatal y que parece una carrera de obstáculos hacia arriba … en apariencia se mantuvo ecuánime: “Una columna de acero” decían. Pero esta enfermedad sistémica descubre sus pies de barro.

* Entonces doctora, si solo es el páncreas el que está mal, ¿Qué se puede hacer?
* Usted sabe que el tratamiento debe enfocarse a la causa…también puede ser por contigüidad. Eso se lo informará su médico.

“Contigüidad” significa en Medicina que un órgano se enferma porque el vecino está mal. Casi siempre se usa para describir la invasión de un tumor adyacente, pero…no debe racionalizar demasiado.

“Su” doctor comparece a las 21 horas. Forma parte del directorio médico que la Institución contrata subrogada. Las brillantes luces del techo le dan directamente a Clarisa en el rostro de modo que deslumbrada y acostada en camilla la perspectiva de peso y estatura son relativas. Percibe que es moreno, de edad...quien sabe: el cubrebocas casi es una máscara y también vuelve inaudible su voz baja y meliflua, que dirige a los médicos de Urgencias más que a la enferma: tiene que estar muy atenta para entender.

* Dice la radióloga que no tiene usted cálculos. Yo vine a operar, pero pues aquí solamente queda el tratamiento médico.

El especialista no tiene esa aura de seguridad que debe irradiar todo buen médico. Se toma cinco minutos (cronometrados) para ver su expediente. No la revisa y su hablar es tan confuso y su salida tan apresurada que ella queda con más dudas que antes.

La misma doctora la acompaña en el traslado a piso. Le explica al camillero que deben esperar el elevador del fondo, aunque sea más lento.

* Es un ascensor especial, forrado de acero inoxidable, con su propio sistema de ventilación; está movido por pistones en lugar de poleas para hacer más suave la ascensión y evitar frenadas bruscas. Tiene un equilibrio muy delicado para no desestabilizar al paciente en su oxigenación: valen cómo dos millones de pesos.
* Pero la señora no trae oxígeno.
* No, pero tiene 73 años, ¿Verdad que preferirías un elevador así para tu mamá?

*El árbol recto es convertido en tablas, mientras el árbol torcido vive su vida.*

**Proverbio chino**

Para mí tanto en la vida tanto cómo en la literatura el contexto lo es todo. Mi historia familiar ejemplifica la transición de una generación que rompió los roles de marginación, discriminación y abusos a través de la educación, no porque no hubiera precedentes, sino porque lo hicieron mujeres.

Los dueños del poder postrevolucionario olvidaron a las Adelitas, Valentinas y Amelias que lucharon con ellos codo con codo y se negaron a concederles el voto; Aquellas mujeres (entre las que se encontraban mi abuela materna y su hermana mayor que fue mi madre adoptiva), eran semi analfabetas y nunca pudieron escribir sus historias individuales; en cambio hicieron historias generacionales. Ellas combatieron en la Revolución, sobrevivieron, levantaron un país en ruinas y lucharon porque sus descendientes no pasáramos las mismas penurias.

Según un último estudio de la ONU las mujeres somos el 51% de la población, mano de obra en un 66% de las fábricas maquiladoras industria y servicios, producimos el 50% de los alimentos, conformamos y somos el único ingreso del 83% de las familias monoparentales; ganamos el 11% de los salarios totales, y solamente somos propietarias en un 1% de bienes raíces declarados.También la ONU describe típicamente a la población más vulnerable en todos los países: nacer mujer, en familia proletaria y habitar en zonas rurales.

Yo cubrí totalmente el perfil el año de mi nacimiento en 1946 (entonces la Estadística aún no era una ciencia aunque las cifras actuales no han variado mucho) incluyendo lo de la familia monoparental. El voto femenino fue aprobado diez años después.

La última población del extremo sureste de Veracruz marcaba una temperatura de 38 grados a la sombra, cuando el 8 de agosto llegué al mundo, proveniente de una primigesta de 17 años. a quien las dificultades se le presentaron desde la primera tetada: yo vomitaba incesantemente. En esos tiempos mi abuela -que tenía 42 años y criaba una tía de uno- trató de amamantarme, pero tampoco toleré su leche. Mi madre me platicaba después: “Tuve que hervir verduras, y un poco de hígado de pollo que te daba con goteros”. Hasta la fecha no tolero la lactosa: una ironía porque en mi pueblo y en esos tiempos la leche era más asequible que el agua potable.

Hacia 1900 Las Choapas era una ranchería donde un puñado de vaqueros pastoreaba en los márgenes del río Tancochapa ganado bovino; el caudal de agua marcaba los límites entre Veracruz y Tabasco, igual que de la hacienda “El Plan Norte”, propiedad de un terrateniente ligado a Porfirio Díaz. En medio de la revolución, sus moradores trasladaron seis kilómetros tierra adentro a mujeres y niños para su seguridad. Estas familias presenciaron el arribo de la compañía inglesa “El Águila”, cuando a mitad de los años veinte iniciaron la exploración y explotación petrolera. Tras ella llegaron gran cantidad de obreros provenientes de muchos estados, e incluso extranjeros: chinos, árabes, españoles, quienes se establecieron en los alrededores de la primera colonia que hoy día se llama Tepito, porque muy cerca del barrio se instaló el muelle donde atracaban las embarcaciones que transportaban materiales y gente a través del río para la naciente actividad petrolera.

Cómo en los pueblos del Oeste, la población original era menor que la flotante, y juntas sumaban unas cinco mil personas: el 30% obreros de Pemex con salario digno (la expropiación había sucedido en 1938) y el otro 70% proveedores de los primeros. El mayor servicio lo proporcionaban las cantinas y algunas fondas.

Mi abuela materna con tres vástagos a cuestas se trasladó de Tonalá, Chiapas a Las Choapas para poner un comedor. Ahí mi madre de doce años conoció a un comensal solitario: un oficinista trece años mayor, moreno y muy serio que la intimidaba. Mi padre había estudiado primaria (platicaba que para estudiar secundaria había que ir hasta Jalapa); mi madre, sólo llegó a segundo año. Conservo de ella una foto descolorida dedicada a un familiar que me la donó, y su letra infantil, casi ilegible y con grandes faltas de ortografía aún me conmueve. Tenía 16 años cuando se fugó y casó con mi padre. Aquella unión fue arquetípicamente funesta: la instaló a vivir con mi abuela paterna, una viuda quisquillosa cuyo sostén era ese hijo único. Tras un año y medio de cohabitación la vida conyugal se hizo insostenible y de común acuerdo (o al menos eso decía mi padre), ella se fue a vivir sola cuando tenía seis meses de embarazo: nací en un cuartito redondo, carente de servicios básicos.

Mi primera impresión infantil, es estar parada en una especie de corralito, sintiendo enorme calor y unas punzadas en todo el cuerpo que me producían molestias insoportables. Mi madre decía: “Es imposible que te acuerdes, cuando enfermaste de varicela tenías solo dos años”. Pero sí recordó que, en el período de convalecencia, me puso un piyama de franela apretado para impedir que me rascara. Con las costras en fase descamativa, yo sentía estar enfundada en un traje de espinas.

No había Registro Civil, se asentaban los nacimientos manuscritos en una libreta con un encargado, y después se llevaban a Minatitlán. El funcionario en turno fue un señor Baldovinos, el cual tal vez acababa de pasar una noche brava, porque mi papá me platicó que a la pregunta: “¿cómo se va a llamar la niña?, contestó: “Deifilia”; en medio del relato yo interrumpía: “Pero papá, ¿de dónde sacó usted ese nombre?”, “De una señora, esposa de un farmacéutico con la que tu abuelita Amada trabajó como ama de llaves en Villahermosa: una dama culta y bondadosa y su nombre me gustó mucho”; “¿Y qué pasó?, “Pues que la letra estaba tan ilegible, que en el Registro Público de Minatitlán lo transcribieron cómo Delfidia”. Gracias a que mamá dijo tímidamente: “¿Le puede agregar Alicia?”, el señor asentó los dos.

Para redimir ese nombre -que me fastidió la vida- hace como 10 años me enteré que dicha señora era Deifilia Cámara, madre del poeta Carlos Pellicer. Debió haber impresionado mucho al ateo irredento de mi padre, porque en latín significa “Hija de Dios” y a mí ni siquiera intentaron bautizarme (en Las Choapas no había capilla, y mamá no era católica). Recibí las aguas bautismales a los tres años en Puerto México (ahora Coatzacoalcos), debido a que fui enfermiza y de pilón temeraria. Mi abuela paterna con reminiscencias cristeras opinó que eso “me sacaría el diablo del cuerpo”. Debí ser una pilla redomada para desesperar al ser angelical que era mi madre: recuerdo un par de buenas tundas que me gané a pulso. El diablo seguía (¿sigue?) adentro. Eventualmente, y a raíz de otra enfermedad, fui confirmada en Puebla.

Los domingos mi madre me llevaba a ver a mi abuelita Amada y me dejaba jugar en el cuarto de mi padre (aunque a él nunca lo recuerdo presente ahí). Yo me sentaba y rodaba sus balones de basquetbol, y revisaba sus libros y revistas. Calculo que por 1950 ya tenía nociones de lectura, porque recuerdo una portada de Selecciones donde aparecía Humberto Mariles con su caballo “Arete”. La abuela cultivaba un pequeño huerto con árboles de mango, naranjas y limones, que para mí era inmenso: un jardín del Edén. Rematábamos el día con mi abuelita Rosa, quien se había casado con un obrero de Pemex y tenía cinco hijos más. Ella preparaba para mí golosinas especiales, mientras jugaba con dos tías y una prima de mi edad. Fui primera hija, primera nieta, primera sobrina, primera prima y todos me dejaban salirme con la mía. Tal vez eso alimentó mi naturaleza competitiva. Nunca sentí vacío afectivo paterno: mamá siempre estaba junto a mí, ocupándose de mis necesidades con largueza.

Mis progenitores me legaron dos genes atípicos: uno fue el amor de mi padre por la lectura (estoy segura de que se trata de un gen), y otro la sensibilidad creativa de mi madre, quien hacía labores manuales maravillosas: de sus manos brotaban tejidos, pasteles, disfraces, pero principalmente flores: de papel crepé, de tela, de crochet, de terciopelo, de seda. Supongo que era para completar el dinero que mi padre le daba para mi manutención y dedicaba noches enteras para hacerlo. A la luz de un quinqué y con la llama de una estufa - ambos alimentados con petróleo- enceraba flores y las escarchaba con diamantina: solía echarse jornadas maratónicas para las coronas del día de muertos. Cuando evoco su perfil, veo a contraluz a una jovencita concentrada en su labor: no hay prisa en sus movimientos ni cansancio en su rostro, solo gracia y placidez, como una pintura en claroscuro de La Tour.

Otras influencias progenitoras que agradezco son: el gusto por el tango y el cine por parte de mi madre y el ateísmo pragmático paterno. Los ídolos de don Heberto eran Benito Juárez, José Vasconcelos y Karl Marx. De mi madre Carlos Gardel, Libertad Lamarque y Clark Gable. Adoraba los dramones románticos de la Segunda guerra mundial, entonces de moda. Hubiera llorado y disfrutado mucho con *1917.*

A mi padre no lo veía casi nunca. Llegaba esporádicamente en las noches y se iba por la madrugada. Me platica una tía que en esos tiempos llevaba vida de soltero en bailes y otras actividades sociales. Aunque su situación conyugal era muy conflictiva, nunca presencié discusiones entre mis progenitores. Por algunas acciones posteriores no cabe duda de que papá me quería, mas no recuerdo en esa época ni una caricia, ni un beso de él. Sin embargo, me regaló mi primer libro: una edición infantil de *Las mil y una noches* y tal acto nos redimió a los dos.

II

*Soy como una marioneta rota cuyos ojos hubieran caído adentro*

**Emile Cioran**

Encamada, Clarisa inicia su esquema de tratamiento: ayuno absoluto, reposición de nutrientes y electrolitos por vía endovenosa, un antibiótico potente para prevenir infecciones o quistes (amenaza latente y constante en su caso), y el bendito coctel analgésico que disminuye el dolor hasta hacerlo imperceptible. Es ahora un interno casi imberbe quien le hace su historia clínica de ingreso.

*Antecedentes Heredo familiares: padre muerto de cáncer de pulmón a los 62 años, madre muerta de cáncer de estómago a los 39 años…*Clarisa tuvo una infancia enfermiza … *A los seis años padeció fiebre reumática*. *Fractura de cubito y radio a los 7 años. Cuadros repetitivos de amigdalitis…* Por extraños mecanismos inmunológicos aquellos escalofríos solemnes que precedían a las fiebres se convirtieron en intolerancia al frío: caminar descalza, acostarse con el cabello mojado o dejarse descubierta la garganta le provocaban anginas severas. Seguro que fue su precaria condición económica y el no contar con seguridad social la causa de conservar sus amígdalas.

El organismo le dio una tregua. Cumplió los ciclos escolares en la Universidad en forma puntual. Cursó el internado de pre y post grado sin problemas…*Vida sexual activa a los 23 años. Gesta VI Para III Abortos I, I embarazo ectópico roto a los 26 años con Laparotomía exploradora y transfusión sanguínea. Reactivación de fiebre reumática resuelta espontáneamente. Cesárea I con salpingoclasia a los 35 años*…

Fue en el segundo año de la residencia cuando empezó con brotes reumáticos intermitentes cada vez más reiterados. Era un tormento hacer el lavado prequirúrgico con agua helada a las tres de la mañana. Poner un fórceps significaba tomar una compresa y jalar con las dos manos. Los analgésicos apaciguaban los dolores por tres o cuatro horas para volver a presentarse. Tuvo que comprar una máquina de escribir portátil para hacer las historias clínicas; no como este joven que con ambas manos apunta en su celular los datos relevantes con celeridad relampagueante…*Ultima internación: hace 20 años por gastroenteritis…Hipertensión leve controlada….*

El descontrol empieza ahora cuando el gastroenterólogo le comunica:

* Vamos a ponerle una sonda nasogástrica para descomprimirla.

Es un procedimiento duro al que se recurre en casos extremos: se empuja un tubo semirrígido por un orificio de la nariz, pasa por la garganta y se deja en el estómago.

* Doctor: pero si yo no estoy distendida ni vomitando.
* Pues no tardará porque es parte del cuadro clínico. Además, después de cinco días de ayuno -si bien le va- servirá para alimentarla.
* Por favor revalórelo cuando se presenten esos síntomas.

Masculla entre dientes:

* Esos son los protocolos de tratamiento en estos casos.
* Doctor, perdón: los protocolos se adaptan al cuadro del paciente.
* Su enfermedad es grave por su edad. Es la paciente más delicada que tengo. Si se complica, allá usted.

Así termina su segundo contacto.

Empieza a hacer cifras tensionales muy altas. No ha tomado su medicamento antihipertensivo y la desespera estar internada. Sus hijos comentan:

* Estás muy pálida.

En pocas horas se manifiesta que tal palidez en realidad es un tinte amarillento de la piel; la orina sale escasa, color café oscuro y con un ardor tremendo. Son síntomas secundarios a una ictericia obstructiva.

El doctor llega a verla alrededor de las siete y sin saludar comenta:

* Le vamos a poner una sonda vesical para cuantificar orina y ver sus características.
* Doctor: yo me levanto para ir al baño, ¿No será mejor que colectemos la orina en un recipiente?, la sonda vesical tiene muchos efectos secundarios desfavorables.

El médico la mira con recelo.

* En su especialidad debe haber tenido contratiempos. Pero aquí yo le ordené antibióticos.
* No se trata solo de una infección de vías urinarias, también quedan pérdidas involuntarias de orina. Luego hay que rehabilitar con ejercicios vesicales.

El doctor la mira brevemente y habla por primera vez en forma audible:

* Los pacientes pancreáticos aceptan todo lo que les ordeno. Llegan gritando que sienten un puñal atravesándoles el hígado.
* Tal vez necesite una revaloración laboratorial...

Nuevamente masculla:

* Mañana le tomarán análisis de control. Los médicos como pacientes son muy conflictivos y usted peor porque es mujer.
* ¿Son?, ¿O somos?

Se va sin tocarla. No modifica el manejo. Clara Isabel deduce que sigue el mismo tratamiento por las idénticas tres bolsas de suero que le cambian cada ocho horas en el tripié.

Las cifras tensionales ya preocupan a sus enfermeras, quienes avisan al médico de guardia. Viene uno de tantos jóvenes internos de pregrado, verifica sus cifras y va a notificar al médico tratante. Pasan seis horas y no se presenta. Finalmente llega a 160/110, y viendo que el corazón está muy acelerado, otra doctora le trae una pastillita que le pone bajo la lengua y ahí la sujeta esperando que se disuelva. Clara Isabel está al borde de un ataque histérico.

Otra noche sin dormir nada. Las levantadas al baño son cada hora. Su hijo la consuela, la anima, le dice que no importa que él no duerma en toda la noche, que está ahí para eso, ¡Tan noble con ella cómo lo fue con su padre!

A las cinco de la mañana llega la química para tomarle análisis de control. Después de tronarle dos venas utiliza un mini set y una jeringa para la tercera punción y obtiene la muestra.

Es domingo y el médico no aparece en todo el día. Su hijo mayor Axel, lo espera para preguntarle que manejo van a seguir, que resultó con los análisis…a las 10 de la noche llegan a la conclusión de que no vendrá. Todavía él dice con prudencia:

* Bueno, es domingo, tienen que descansar un día ¿no?
* Pues no. Recuerda que yo iba todos los días a pasar visita al hospital, y más si como él dijo soy la paciente más delicada que tiene.

Su mayor tormento son las noches. El no poder dormir ni un minuto es desesperante. Esperar unas horas más se hace eterno; pero seguro que -dada la omisión de verla el domingo- le pasará visita temprano.

*El hombre nace para que un día nazca un hombre mejor*

**Máximo Gorky**

CARTA A MI PADRE

*Mi maestra dijo que en los casos en los que el padre ha partido ya, esta carta sería más fácil. No es así papá, tú falleciste el 16 de mayo de 1981 (curiosamente la misma fecha en que murió mi esposo hace dos años). Sin embargo, algunas cosas no son fáciles de decir a pesar de que hayan transcurrido 4 décadas.*

*Quiero primero darte gracias por la vida, a estas alturas creo que el balance es positivo. Gracias por los genes que me proporcionaste, aunque todo mundo dice que fue la inteligencia, yo más bien creo que es un cromosoma lector, la memoria eidética que poseo debió ser resultado de un antepasado más lejano en esta lotería genética.*

*También hay detalles que agradecer: una vez que me ayudaste a hacer un texto recortando y pegando letras del periódico, una noche de reyes que me llevaste mi primer libro de cuentos, y un comentario que emitiste cuando mamá te comunicó: “es una niña” y tu contestaste consternado: “Hubiera preferido un hombre, las mujercitas siempre sufren más”.*

*Permíteme que te recuerde que desde la etapa prenatal yo no conviví contigo. Hasta los siete años fuiste una figura borrosa que llegaba en la noche y desaparecía en la madrugada. A pesar de que mamá y tú vivían separados, tenía seis años cuando la coaccionaste para que te firmara el divorcio. Luego te pasaste hostigándola con: “Te voy a quitar a la niña, puedo hacerlo”. Y seguro que podías y mamá lo sabía. A diferencia de los que te rodeaban tú no fumabas, no bebías, no apostabas, tenías un nivel cultural muy alto y una presencia y voz que imponían respeto. En ese pequeño pueblo eras una figura importante: “Jefe de administración del distrito El Plan” decía la placa de tu escritorio. Además “masón de grado”, entrenador del equipo de básquet bol local, corresponsal de la región de la liga de beisbol en la revista Hit,**...vaya pues, cómo tu mismo dijiste: “Mi único vicio fueron las mujeres, que además es el más caro”.*

*Mamá tuvo tanto miedo que decidió fugarse conmigo. Desaparecimos y te volví a ver hasta los 14 años. Mamá temblaba al verte, hasta que la apaciguaste diciendo: “No he venido a quitarte a la niña, solamente quiero verla”. ¿Cómo podía no tenerte miedo si mamá temblaba como hoja en tempestad al verte?, ¿Cómo podía confiarte algo, si cuando quise hablarte de tú me lo prohibiste porque: “No somos iguales”? Debido a que pasaba 11 meses en Acapulco y solo uno en Las Choapas y no en la misma casa, la relación prosiguió con tus condiciones: era llegar a tu oficina y ver de que humor estabas: si era un día bueno, sonreías y te levantabas a abrazarme, si era malo, podías ponerme una regañada espantosa delante de todos en la oficina de modo que no podía contener las lágrimas… pero en esos tiempos tú pagabas mi manutención para que yo pudiera seguir estudiando. Gracias también por haber financiado mi carrera de medicina.*

*Pero no quiero fatigarte, sólo recontaré los agravios que más recuerdo: Cuando mamá enfermó de cáncer de estómago a los 38 años de edad, y yo iba en 2º de medicina, la cuidé sola seis meses, hasta que llegaste tú y la viste morir. Esa vez me regañaste porque no podía dar los datos para el acta de defunción: “Uno debe, antes que nada, dominarse en los momentos críticos” me dijiste, y luego añadiste: “No puedo comprenderte porque yo no he perdido a mi madre”. Otro: “Te dedicaste a parir hijos antes de tener una situación estable, pues bien: escoge entre tu marido o yo”. (¡Mis hijos eran tus nietos y te incomodaban!). Lo peor es que la supuesta elección sólo era una prueba para ver si todavía ejercías tu poder absoluto sobre mí.*

*Es natural que yo fuese de adolescente y adulta, introvertida, indecisa, hipocondriaca, soñadora e insegura hasta el límite. La conciencia de mi fealdad y corta estatura me la señalaste tú, atribuyéndolos a mi madre. Es natural que sola en el mundo buscara muy joven hacer un hogar y tener hijos para cimentarlo. Anormal que siempre quisiera -y fuera tratada- no como esposa, sino como hija en esa casa. Y te confieso que hubo un tiempo en que el rencor anidó en mí, al ser consciente de tantos errores y los achaqué a no haber tenido una familia funcional en un hogar normal. Mi única figura masculina fue autoritaria, fría, insensible, despótica y lo creí natural en los varones. No sé si los atraía o subconscientemente así los buscaba. Creí finalmente que me faltó convivir con un padre.*

*Tuve hace poco una reunión con mis cinco medio hermanos, a quienes yo envidiaba porque se criaron contigo. Hablamos largamente y yo concluí que todos estaban dañados, que su mayor trauma fue el haber vivido contigo y ser objetos de tu maltrato emocional cotidianamente. La ironía suprema es que para rematarlos les decías: “La única hija de la que estoy orgulloso es de la mayor”.*

*De verdad papá: gracias por no estar a mi lado. Al estar ausente de mi vida viví mis mejores años con mamá: aquella jovencita medrosa que una madrugada cargó conmigo y desapareció del pueblo. La que rodeó mi infancia con tanto cariño y atenciones que nunca me hicieron extrañarte. A la que pude cuidar durante su enfermedad, y darme entera a ella. Gracias por darme la lucidez para recordar todo esto y concluir que así debían ser las cosas para ser la persona que ahora soy. Descansa en paz.*

III

*¿Quién qué es mestizo no es barroco?*

**Octavio Novaro**

**BOLETÍN DE LA SSA**

**Este día 23 de mayo de 2022, la quinta ola de COVID 19 variedad Ómicron tuvo un claro repunte. Hay confirmadas en nuestro país 5 millones 758 mil 597 de casos totales y 324 mil 765 defunciones de manera oficial. A causa de un alza de contagios durante el mes de mayo en las últimas 24 horas se reportaron 152 decesos.**

¿Qué diría su acta de defunción?

*Causa directa de muerte****:* Síncope cardiaco**

*Enfermedad causal*:**Pancreatitis aguda**

*Enfermedad sistémica:* **Hipertensión arterial**

Una gota de agua en el mar de defunciones por COVID*.*

Clara Isabel despierta: ha cabeceado sesenta segundos, pero vio tan nítidamente su nombre en esa acta de defunción, que se asombra de encontrarse viva. Con el turno de la mañana se reanudan los ruidos y la actividad. Es su cuarto día de internamiento y parece que el cuadro agudo se ha estabilizado.

Trata de poner mejor cara: se levanta, se baña con ayuda, se peina. El tinte ictérico ha desaparecido, la orina ya es clara y abundante. No ha presentado dolor ni fiebre, espera que prueben tolerancia oral con una dieta líquida.

Dan las tres de la tarde y el doctor no se aparece. Otra vez sus hijos la tranquilizan:

* Ha de trabajar en la mañana en alguna Institución. Siempre ha venido (“¿siempre?”) a verte en la tarde o noche. No te desesperes.

Axel añade:

* Hay muchos contagiados e internados por COVID; los hospitales están saturados y eso afecta la atención de lo que no es una urgencia.

Hijos de médicos al fin.

Llega el cambio de turno de enfermería de las diez de la noche y el cirujano no aparece. Para colmo, el suero se le infiltró y es un tormento chino buscarle una vena adecuada para puncionarla. Por fin lo logran en la mano izquierda (lo cual la invalida más porque es zurda), pero la enfermera que entra y recibe a la paciente no se da por satisfecha.

* Esa vena tan delgadita no sirve, hay que canalizar otra.

Al intentar hacerlo su manipulación torpe deja refluir la sangre y en la cara dorsal de la mano se forma un hematoma del tamaño y aspecto de una ciruela. Son las once de la noche. Clarisa explota:

* ¡Llamen al doctor de guardia y a la trabajadora social!: ¡Quiero irme ahora mismo de aquí!
* Mamá por favor, mira la hora que es; además está lloviendo.
* Mira el calendario. El doctor tiene dos días que no viene a verme, ¿qué clase de ética profesional es esa?

Comparece el médico de piso. Es un residente y habla con energía:

* Señora: ¿sabe usted a lo que se arriesga pidiendo su alta?, la pancreatitis a su edad es muy delicada, una complicación puede llegar hasta la muerte….
* Eso dígaselo al doctor: he tenido tres crisis hipertensivas, sigo en ayuno absoluto, no he dormido y él no ha venido a verme. Antier me tomaron análisis de control y es la hora que no nos informan nada.
* Le puedo decir que salieron casi normales. Necesitamos probar primero una dieta líquida para quitarle las soluciones.
* Mis crisis hipertensivas siguen, lo único que me han dado es una pastilla sublingual. Declaré en la historia clínica que tomo diariamente un medicamento para la presión, y esa parte nunca la han atendido. Si el médico directamente responsable no toma en cuenta al paciente, menos lo harán sus ayudantes.
* Pues señora: tendrá que firmar una alta voluntaria y así no nos hacemos responsables de las complicaciones que pueda traer cuando regrese al hospital.
* ¿Yo regresar a este hospital? …no, gracias. Tráigame los papeles que hay que firmar.
* Necesitamos dos testigos.
* Aquí están mis hijos.
* ¿No pueden hacer que su madre reconsidere? Es muy peligroso darla de alta sin completar tratamiento. Al rato van a ser ustedes los del apuro.
* Ella lo decidió así. No podemos ir contra su voluntad.
* Pues claro que no: de morir aquí prefiero morirme en mi casa.

El doctor capitula:

* Le diré a Trabajo Social que traiga los papeles.

Sorprendentemente el trámite es rápido. La fecha señalada: *23 de mayo de 2022*, en el renglón que dice “Causa por la que el paciente pide su alta voluntaria” Clarisa pone: “Abandono del médico tratante”.

La enfermera que le hizo la última punción le retira la venoclisis, ahora se ve intimidada. No importa: ¡Es libre de irse a su casa!

Se viste y sale a la sala común donde está la central de enfermeras. Parece que todo el personal del piso se ha concentrado ahí. Le preguntan si quiere una silla de ruedas.

* ¡Claro que no!, entré y saldré caminando.

Lo hace muy erguida. En el momento que se abren las puertas del elevador todos la miran de reojo: corresponde con una leve inclinación de cabeza.

En el asiento trasero del vehículo ve la lluvia resbalar por el parabrisas, dando al serio rostro de Axel una apariencia lacrimosa cuando lo iluminan luces contrarias…¿O tal vez tiene miedo de llevarla en un último paseo?

Reflexiona: tiene los conocimientos y la lucidez necesaria para reconocer que fue atendida, tanto por el personal de enfermería -salvo la última torpe- químicos, radiólogos, médicos becarios, asistentes e intendencia – con oportunidad, gentileza, consideración…¡qué lástima que esa labor sea echada por la borda por el líder del equipo!

Ella tiene amigos doctores: siempre hubo una buena comunicación con los últimos que vieron a su esposo e hijos en sus enfermedades. Tal vez alguien indique que eran médicos privados, pero con el médico institucional lleva una relación de diez años que ha trascendido de lo profesional. Ella no es intolerante ni ingrata: ejerce su derecho como paciente, como ser humano.

Sigue meditabunda, cuando su hijo toma un bulevar arbolado. Clarisa saca su rosario, repasa sus cuentas: “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy” …¡HOY!, de pronto se hace consciente del momento: baja el vidrio del vehículo y aspira el petricor; escucha el martilleo pluvial, observa en los charcos el juego de la luz de los faroles con los árboles de hojas caducas que repiquetean, se doblan, se yerguen. En las jardineras los arbustos también tiemblan bajo la temprana llovizna de mayo; en contraste el cielo se ha despejado y una luna tímida asoma bajo un velo de nubes.

Las duras cuentas de cristal le lastiman su mano inflamada, pero las sostiene contra su corazón: así sea la última noche de su vida ella dormirá en su cama.

**RESURRECCIÓN**

En mayo han resucitado ya las rosas

la calidez, la esperanza, los sonidos

la fe, las canoras en sus nidos

la lluvia hace sus figuras temblorosas.

Es plenilunio y la luz en el espacio

anuncia el renacer de todo el orbe

mi desertificado ser ávido absorbe

el agua de la resurrección, y muy despacio

dejo ir la pesadumbre, y en espera

del milagro que presenció la primavera

olvido la negrura, el dolor fiero.

Las ciencias son textos inexactos

sólo el ciclo divino sigue intacto,

refrendado por la sangre del Cordero.

*El Arte perturba y la Ciencia tranquiliza*

**Salvador Dalí**

Por mucho tiempo mi esposo me cuestionó: “Tú desde niña conocías de cine, libros y arte: ¿Cómo le hiciste si dices que eras pobre?”. La verdad es que las cosas llegan por caminos misteriosos.

A sólo ocho años de la expropiación petrolera, el STPRM ya tenía en la Sección 26 Las Choapas, un sistema para fomentar el bienestar social: una clínica, un almacén de víveres que surtía vales de despensa sólo a las esposas y un recinto cerrado que funcionaba como sala de asambleas cada 14 días, y cine tres veces a la semana. Mi tío Javier, hermano de mamá, era el operador encargado de pasar los carretes de las películas. Nosotras esperábamos a que empezara la función y entonces la taquillera nos colaba. Enfrente quedaba el centro: unas seis bancas de granito donadas por comerciantes locales, franqueando un local que expendía raspados y refrescos. Alrededor había cuatro postes de luz eléctrica que suministraba la industria petrolera. A las ocho sonaba el silbato convocando a la guardia nocturna, y todo el pueblo se resguardaba. Las calles de tierra aplanadas periódicamente por maquinaria de Pemex, en época de lluvias se volvían lodazales impenetrables. En los domicilios reinaban los quinqués de petróleo y las linternas de mano. Tres veces a la semana regresaba a casa -que distaba tres cuadras del cine- cargada por mi tío Javier, con mamá a la vanguardia alumbrando el camino.

Mi tío le llevaba a mamá carteles que desechaba el cine, con fotos de sus ídolos cinematográficos: unas cartulinas cómo de 40x20 CMS. Empezó acarrearlos todos al ver mi pasión por descifrar los títulos. Ahora una colección de esas tendría un valor incalculable, pero en agosto y septiembre, los entreverábamos en las paredes de yagua (esqueletos de hojas de palmera que se debastan e imbrican en forma parecida a las cabañas de troncos) para atajar el agua. Mamá notó mi curiosidad por la palabra escrita y me enseñó las letras en una cartilla. Al mirar mi ulterior afán en juntar sílabas, decidió enviarme a la escuela. No había kínderes y solo una escuelita cercana del maestro Antonio Torres y su esposa admitieron en primaria a una niña de cinco años.

Atesoro una anécdota maravillosa. Treinta años después -cuando regresé a trabajar a mi pueblo- llevé a inscribir a mi hijo mayor a primaria, y encontré al maestro Torres cómo director de la escuela Art 123: era el primer día de clases y había un revuelo de padres de familia, alrededor de su escritorio. Atrincherado ahí, escuchaba los problemas de cada uno y resolvía. Ante mi sorpresa, al anunciarme como “la hija del Sr. Heberto Flores” -toda una referencia en la ciudad- el maestro Torres se volvió a los concurrentes para decir: “En mis 50 años cómo maestro, sólo conocí a dos niños que aprendieron a leer el primer día de clases: un niño y esta señora” – se volvió al subdirector y dijo: “Inscribe al niño en el horario y con el maestro que ella elija”.

Nunca desengañé al querido profesor: yo sabía leer antes de entrar a su escuela. Tampoco le dije que su esposa me quitó lo zurda, amarrándome el brazo derecho a la espalda.

Siempre fui una devoradora de cuanto caía en mis manos. Las vecinas me pagaban 5 centavos para que les leyera el *Pepín* y *Chamaco:* revistas quincenales folletinescas. Una vecina, Panchita Montero era pastelera y mi madre le ayudaba. Tenía un palomar y mientras ellas sudaban en la cocina, yo iba a darle de comer migajas a las palomas. Ellas me esperaban en las cuerdas del tendedero, muy formales, como notas en cuaderno de solfeo.

Cuando iba en segundo año, mi madre me sorprendió diciéndome: “Tu papá, tú y yo vamos a ir a Puerto México para divorciarnos, cuando alguien te pregunte: “¿Con quién te quieres quedar?” tú contestas: “Con mi mamá”.

“Divorcio” fue una palabra nueva. Fuimos a Puerto México (ahora llamado Coatzacoalcos), mamá iba temblorosa. Papá exhibió unos recibos de mi manutención y ambos firmaron en una libreta. De regreso ella se veía aliviada porque no nos separaron.

Años después, cuando era una acapulqueña preparatoriana, mamá me confió que con aire triunfal papá le repetía periódicamente: “Dice mi licenciado que puedo quedarme con Delfidia porque tengo a mi mamá que la va a criar mejor, y yo le puedo dar estudios”. Deduzco que tales amenazas provenían de mi abuela Amada, porque: ¿Para qué querría un hombre como él enredarse la vida con una niña de siete años?... Como sea, todo sucedió confusamente: creo que mamá tuvo miedo de las influencias y relaciones paternas, pues ya trabajaba cómo adjunto administrativo del jefe de campo, y se había iniciado en la masonería (que era algo así como la Cosa Nostra). A pesar de su falta de instrucción, mi madre tendría bien claro en aquel tiempo y lugar, la clase de justicia a la que se haría acreedora.

Una madrugada mi tío Javier me cargó por última vez medio dormida y nos embarcó en el camión de las 5 am rumbo a Cosamaloapan, para refugiarnos con mi tía Carlota en un pequeño poblado llamado San Juan Sugar.

IV

*Los que no consideran igual al alma y al cuerpo es porque no tienen ninguno de los dos*

**Oscar Wilde**

*14-VI-2022*

La paciente lleva tres noches literalmente crucificada. Brazo derecho: suero intravenoso en el pliegue del codo y el índice sujeto al monitor de saturación de oxígeno. Cabeza: puntas nasales con oxigenación a tres litros por minuto que se desacomodan constantemente con la simple respiración; mano izquierda con baumanómetro electrónico para toma de tensión arterial cada quince minutos. Tiene seis electrodos conectados en el hemitórax izquierdo que trasmiten la frecuencia cardiaca el ritmo y las pulsaciones con trazos de valles y picos en un electrocardiograma continuo. Su bomba impulsora necesita ser vigilada muy de cerca.

Rendida, a veces da cabezadas, pero despierta al instante, asustada por imágenes oníricas ominosas: relámpagos verdes, grises, violetas, espejean en una estepa de múltiples pantallas, mientras un ensordecedor Bip-Biiip resuena implacable. Abre los ojos: la pesadilla es real.

Tiene que guardar inmovilidad total, so pena de alterar alguna lectura y soportar la alarma, tras la cual aparece la enfermera de guardia a revisarla metódicamente para asegurarse de que todo está bien. Los electrodos se fijan por succión, y aquellos seis diminutos chupones le han dejado un rastro de moretones al cambiarlos de sitio.

El día de su internación en el Hospital para una extirpación de vesícula programada, Clarisa llevó un rosario legado de su madre. Lo conservó a la mano en su cama, en la antesala de cirugía, en recuperación… perdido de vista en el caos de su segundo síncope, alguien lo rescató y ahora lo ve oscilar en el barandal al lado de su cabeza con la vibración del monitor.

La enfermera de la mañana -una veterana con secuelas de parálisis facial- le informa al repasar su expediente:

* Hoy le toca un baño de esponja: eso la reconfortará.
* Es imposible bañarme así.
* Lo hacemos a diario. Le ayudará a sentirse mejor y desintoxicarse un poco, ¿sabe? Los medicamentos también se eliminan por el sudor.

Sutil manera de decirle que huele mal. Sí, con una semana internada y en peligro de paro cardiaco, la cuestión del baño pasó a segundo término.

Ahora tiene temor. Su esposo es la única persona en el mundo que la vio desnuda, y eso a media luz. Roberto fue siempre muy considerado con ella.

De niña había sido llorona; tanto que tías y primas la apodaron “Lagrimitas Ledy”. Hasta que optó por no volver a llorar. Ahora quisiera poder recurrir a esa salida fácil.

Hace seis años asistió a un SPA por insistencia de una amiga, pero se negó a pasar junto a otras cinco personas en un baño de vapor colectivo. Ella sería siempre la mujer del pasado siglo a quien ni su esposo en 40 años de matrimonio la había visto desnuda.

¿Cómo logrará esta veterana lavar su cabello tan enmarañado en una cama?... Presencia los preparativos de la profesional que sin dilación pone manos a la obra. Clara Isabel se resigna.

La enfermera le pone un pañal de adulto protegiendo el lecho y le lava el cabello con champú, agua templada, enjuagándolo cuidadosamente. Lo envuelve con una toalla y luego repasa todos los orificios de su rostro con gasas humedecidas y cotonetes de algodón.

El cuello, el tórax, el abdomen, los brazos -hasta donde los electrodos, punciones y suturas de las recientes cirugías lo permiten- son sistemáticamente tallados con una esponja húmeda y secados.

Ahora la enfermera pide el auxilio de un camillero. Un individuo fornido llega, eleva su cabecera para facilitar la maniobra, y el rosario se atora en el mecanismo y rompe, rodando las cuentas por el piso. El asistente la coloca de costado izquierdo y derecho para repetir el procedimiento de aseo en la espalda y regiones glúteas. A la consternación de la pérdida del único legado de su madre, se suma la certeza de saberse inerme como si fuese cuadripléjica. Hunde la barbilla en el pecho y aprieta los párpados: si no los ve será como apagar la luz.

Una vez terminada la región el camillero se retira. Ella piensa que terminó todo, pero no: la enfermera se calza unos guantes.

Clarisa ha pasado por tres partos, en que la rutina puerperal consiste en revisar y asear el área pélvica con pinzas. Pero esta señora repite el procedimiento manualmente. Cuando le anuncia: “Ahora voy a ponerle un ungüento contra hongos”, su ancestral dique de pudor se rompe y coopera sumisa. Los muslos, las piernas, son atendidos por turno.

Para culminar la mujer le asea los pies prolijamente. Cómo en un flashazo Clarisa recuerda la ocasión en que un jueves santo en la escuela de monjas le asignaron el papel de Jesucristo para lavarle los pies a once apóstoles. No fue una distinción sino una penitencia. Viendo su instintivo distanciamiento, la madre Adelaida le impuso tal ejercicio. La lección no surtió efecto porque su sensible olfato no tolera olores corporales. Se resiste a pensar en el exudado de sus pliegues interdigitales.

Después de aplicar crema en brazos y piernas, secarle el pelo con otra toalla, la enfermera la peina y al ver sus ojos enrojecidos trata de animarla.

* Encontré la colita del rosario, la que tiene la cruz. Se la voy a prender con un seguro a la bata.

Le pone un espejo delante.

* Mire que guapa. Cuando pasen sus hijos se lo dirán.
* Y ¿cómo me ve usted?
* Muy estable. Tal vez hoy la trasladen a Terapia intermedia. Ojalá en mi próxima guardia ya no la encuentre aquí.

Ella perdió a su madre muy pequeña, su memoria no tuvo tiempo de registrar su rostro, pero en algún rincón de su epidermis guarda la certeza de sólo haber sido bañada y tratada con tanta delicadeza por unas manos maternales cuando era bebé.

Escucha las voces de los médicos internos y tratantes que pasan la visita matutina.

De súbito las luces parpadean, los espejos se nublan, las alarmas se disparan…

**INERTE**

Lo contrario de la vida no es la muerte,

es el olvido, la sumisión, la desmemoria,

no es el infierno lo contrario de la gloria,

sino yacer cómo organismo inerte.

Mirar todo sin poder moverte

y saber que se acabaron las victorias

¿juventud, pasión, caricias? son historias

Aceptas que el tiempo te ha vencido.

¡Y el dolor de recordar lo que un día fuiste

y ver en lo que hoy te has convertido!

digno sería marchar con lo vivido

más en la negra desesperación persiste

una sonora voz, cirio encendido,

que nos ordena sin cesar: “¡resiste!”

*Un olor de caña fresca, de melaza y de mezcal*

*Para quemarse por dentro y por afuera igual*

**Canto popular**

San Juan Díaz Covarrubias - conocido más coloquialmente como San Juan Sugar- era una población donde se concentraba la producción de esa vasta zona de cañaverales, en el ingenio azucarero construido por hacendados españoles desde antes del porfiriato. Mientras la rugiente caldera devoraba toneladas de caña “en verde”, yo jugaba en una construcción de madera enfrente: el hotel de solteros de la empresa. Mi tía Carlota -hermana mayor de mi abuelita Rosa- se había trasladado ahí, siguiendo al tío Jorge, de 23 años, de profesión telegrafista. Ellos eran tres hermanos, adoptados por ella a la muerte de su hermana Emilia: mi tía Auria de 18 y mi tío Mario de diez. Al llegar nos enteramos que a tío Jorge lo habían transferido a Acapulco. Estaban esperando que terminara el año escolar para mudarse allá. Mi tía Auria - bella y avispada- había entrado cómo emergente en una plaza de maestra y ella me metió a su escuelita donde terminé el año.

De San Juan Sugar conservo algunas imágenes: la escuela allende el río. La farmacia de las hermanas Roa. Mi primer brote de fiebre reumática. El cartel de “Él” de Luis Buñuel. El yeso en mi brazo izquierdo que se fue tornando de blanco en amarillento y al final gris. Los sacos de 50 kilos de azúcar morena que el ingenio regalaba en Navidad a sus trabajadores. Los copos ingrávidos y quebradizos que bailaban como plumas negras en el aire en las épocas de zafra. La colmena de madera en que vivíamos. El diminuto juego de té que mi tía Auria me llevó un día de Reyes, diciéndome que ellos se habían despistado y lo dejaron en su escritorio: todo se agrupa como en un collage.

Lo que recuerdo con nitidez es el olor que reinaba en el ambiente cuando me fracturé el brazo izquierdo en el kiosco. La atmósfera estaba cargada del olor de melaza: los diez millones de neuronas olfativas que cuelgan del techo de nuestras cavidades nasales envió improntas a mi cerebro. Ahora se sabe que el sistema límbico está interconectado al olfato y por eso se desencadenan emociones parecidas al éxtasis, la cólera, el miedo, el apetito y la lujuria. Mi consuelo para el dolor fue chupar un caramelo de piloncillo y todavía funciona. Me es imposible pasar un día sin comer algo dulce.

También quedó inscrito en la memoria un flamígero suceso: frente a nuestro cuarto vivía un cartero, que recibía y repartía diariamente talegas de correspondencia. Una vez, jugando con Mario, vimos a través de la tela mosquitero cómo unos cables pelados tronaron y echaron chispas sobre uno de esos sacos, que ardió de inmediato.

* Hizo un cortocircuito -dijo Mario.

Niños al fin, en vez de dar la voz de alarma, salimos a buscar al cartero, y yo lo encontré sentado tranquilo en una banca; toda agitada dije:

* ¡Señor, Señor!, esteee…fíjese que tiene usted un “cuarto sin cuita”
* ¿Qué dices chamaca?

Repetí el mensaje tartamudeando (“cuita” significa excremento por esos lares). El hombre me miró con enojo, para luego ordenarme:

* ¡Vete de aquí o te acuso con tu mamá!

Permanecí frente a él, retorciéndome las manos, hasta que dije algo salido del alma:

* ¡Que se está quemando su cuarto!

El funcionario federal salió disparado. Hubo un gran alboroto y se movilizaron todos para apagar el fuego (una amenaza constante en un ingenio por lo combustibles que son el azúcar y la melaza). Aprendí que no hay que andar con rodeos para decir las cosas. Y también que un minuto de indecisión puede provocar años de desesperanza. Tal vez en ese saco se quemaron algunos sueños, amores, ilusiones. Todo lo que contenía la carta que mi tía Carlota le envió a mamá a Las Choapas y la hizo decidirse. Convivimos con ellos como familia los diez años siguientes.

Creo firmemente que Idalia aún no se sabía embarazada, pues no se habría arriesgado doblemente fugándose conmigo y endilgándole otro problema a mi tía. Pero sé que doña Carlota, feminista de vanguardia, ex revolucionaria, empresaria y madre adoptiva de innumerables hijos hubiera escrito la misma respuesta: “No necesitas a un hombre. Agarra a tu niña y vente para acá con nosotros. Los esperamos con mucho cariño” …sólo que en lugar de una niña resultamos dos.

Terminó el ciclo escolar y mi tía guio a su tropa a la estación ferroviaria más cercana (Rodríguez Clara, si mal no recuerdo), nos apeamos en Veracruz para tomar otro a la ciudad de México. Descansamos una noche y luego nos enfilamos en autobús Flecha Roja hacia “La capital mundial del paisaje”.

Los grandes logros del Humanismo son Verdad, Justicia, Equidad, Belleza. Si las primeras letras las aprendí en el cine, el sentido estético lo adquirí en Acapulco. A las seis de la mañana, descendimos por la carretera escénica y el turquesa y zafiro del Pacífico me golpeó las pupilas. A los niños no hay que explicarles nada: en aquel amanecer había una armonía tal, cómo la existente en un museo o una muestra pictórica.

En mis recuerdos ni el Tirreno de Mónaco, ni el Adriático de la costa de Amalfi, ni el Caribe de Las Bermudas pueden compararse al esplendor de Santa Lucía en ese amanecer de 1955. Cada vez que necesito serenidad en medio de los trances más difíciles, evoco esa visión.

Mi tío Jorge -que era el único económicamente productivo en esa familia extendida de seis miembros- rentó un departamento en una colonia popular llamada por el vulgo barrio “Del Hueso”, (algo así como una favela brasileña o un bohío cubano) al pie de una empinada colina, en cuya cúspide estaba la iglesia del Carmen. Decían sus moradores más antiguos que debía su nombre a que en tiempos de la Revolución murió ahí una hueste completa de guerrilleros, y en la época de lluvias, el agua descubría osamentas que descendían con la corriente para estacionarse ahí.

Ascendiendo esa colina, había una vista magnífica y además: una escuela cruzando la calle. Era un colegio de madres clarisas, cuya sede y dormitorio estaba en la iglesia mencionada. La escuela estaba en construcción y solo tenía terminado el primer piso.

Mi madre -grávida en últimos días- y avanzado agosto, no encontró lugar para mí en ninguna escuela pública. Pero eso no fue obstáculo para aquellas aguerridas mujeres. Mi tía Auria en su primera semana halló trabajo como secretaria en un despacho del edificio Oviedo. Seguro que mucho le ayudó su simpatía, belleza y seguridad. ¿A la pregunta “Tiene estudios de taquimecanografía? respondió como contestó en San Juan a “¿Tiene cursos de pedagogía?”: ¡Sí!” de inmediato. Ella aseguraba; “La cuestión es que empieces y aprendas rápido”.

Ya tenía trabajo y un ingreso. Mi tía Carlota, dada nuestra ubicación estratégica, se puso a comprar golosinas y dulces para venderlo a los chiquillos a la salida de la escuela, y ambas sin titubear dijeron: “Que Alicia entre a la escuela para que no pierda el año: ya veremos cómo se paga la mensualidad”.

Mamá no se quedó atrás de esas aguerridas mujeres. Yo entré a clases un 1º de septiembre y en la madrugada ella entró en trabajo de parto. La comadrona llegó al amanecer sólo para cortar el cordón, bañar a la recién nacida y confirmar que las dos estaban bien. Mi hermanita fue amamantada sin problemas. Cuando mi tía Auria alegaba que no había escuchado ni un solo gemido, tía Carlota señalaba que su hermana -mi abuelita Rosa- había dado a luz a su tercer hijo en un cayuco, remando afanosamente en el río para llegar a la ribera opuesta buscando quien la atendiera. Esa velocidad reproductiva creo que también es herencia de la familia. Parecemos conejas.

En honor a nuestra abuela, la niña se llamó Rosa, pero tío Mario -que ya andaba de novio- dijo que le gustaba Nelva y así fue asentada. También es un nombre poco común, pero no tanto como el mío. O a lo mejor soy conflictiva.

Pasar por una escuela de monjas fue crucial para mi vida. Hasta entonces, nunca tuve una enseñanza formal religiosa. En la escuela me admitieron porque llevaba mi acta de bautizo y confirmación. La madre superiora insistió en que tenía que comprometerme a hacer la comunión, para poder inscribirme. Entonces conocí a Jesucristo.

Decir que lo conocí no es meramente una expresión. En la iglesia del Carmen había en la entrada una imagen de Jesucristo en la última cena. No sé cómo fue a dar ahí esa pintura, pero poseía un efecto de *tromp´oleil,* en que conforme uno caminaba la mirada de Él te seguía. Me impactó tanto que recuerdo que cada vez que leía el Nuevo Testamento en la obligatoria clase de Historia Sagrada, lloraba y lloraba. Amé a ese personaje como otras púberes y adolescentes contemporáneas amaban a Elvis Presley. Esta devoción duró hasta que entré a la preparatoria, cuando empecé a leer mucho.

En 1962 se abrió en Acapulco la primera escuela preparatoria dependiente del estado y fue nombrado director el maestro de Física Alfredo Beltrán Cruz. El ingresar a ella significó para mí la transición de adolescente a adulto a través de la duda científica. Recibíamos clases vespertinas porque los maestros eran profesionistas muy ocupados que devengaban un salario simbólico. Curiosamente sólo recuerdo el nombre de dos doctores: David Malváez de la Barrera que nos impartió Biología y el Dr. Odriozola que daba Ética. Conocí Historia Universal, Química, Actividades estéticas, Literatura española en clases totalmente laicas. Esa época coincidió con el desarrollo omnívoro de un apetito lector voraz: el 90% de mis compañeros tomó como idioma opcional el inglés; yo, el francés, porque aspiraba leer a mis autores favoritos en su lengua original: Voltaire, Diderot, D´Alembert, Víctor Hugo, Flaubert y Balzac.

Luego me dio por los relatos científicos de “Los Cazadores de Microbios”, el corazón latiendo bajo una cúpula de cristal de Alexis Carrel; los reflejos condicionados de Pávlov y la historia de la vacuna anti variolosa que nos vino de España cómo tres siglos atrás nos había traído la viruela. Lanzada desde esa plataforma llegué a la literatura rusa, con toda la pureza, la descarnada realidad de Chejov, Dostoievski, Pushkin, Gogol y Gorky. Reconocí a León Tolstoi como el más grande novelista del mundo y luego volví los ojos a Carlos Marx, Engels, y a Herman Hesse. Inevitablemente derivé a Nietzsche, a su Súper hombre y a otros ateos racionalistas de la post guerra cómo Giovanni Papini, Albert Camus, Jean Paul Sartre y Simón de Beauvoir que me iniciaron en el existencialismo. Para descansar en los intervalos leía con igual dedicación a Verne, Salgari, Dumas, Agatha Christie, Conan Doyle, Amado Nervo, Rubén Darío y a Bécquer. Sostenía discusiones intelectuales con mis compañeros (chamacos de 17 años) que terminaban al llegar a casa, donde mi madre me esperaba para cenar. Luego tomaba un nuevo libro y me dormía tardísimo. Leí “Lo que el viento se llevó” de un solo tirón en 16 horas seguidas.

La historia de los pueblos esclavizados, oprimidos, hambrientos, sojuzgados, de los tiempos feudales y de la revolución industrial, me hicieron reflexionar en la sentencia: “La religión es el opio de los pueblos”. Sólo en un apartado especial conservé a Jesucristo. Mi mente sublimó su historia y me llenaba de regocijo pensar que fue humano como nosotros, pero que la congruencia, pureza y entrega a su misión de amor lo convirtió en auténtico Dios. Si un descendiente del Homo Sapiens pudo alcanzar ese grado de espiritualidad para difundir su doctrina, la humanidad aún vale la pena.

Cristo fue mi amor infantil. Será el nombre que pronuncie cuando este corcel brioso que llevo en el pecho emprenda la última carrera de su vida.

V

*Las ciencias tienen raíces amargas, pero dan dulces frutos*

**Aristóteles de Estagira**

16-VI-2022

Puntualmente llega a las 5.30 AM la ambulancia que la trasladará a la Unidad de Hemodinamia en otro hospital (el tercero en un intervalo de tres semanas). La enfermera de turno embolsa todas sus pertenencias que incluyen termómetros, almohadas, artículos de aseo personal y las entregan a sus hijos. En una de ellas están las cuentas del rosario que se rompió cuando la bañaron. El camillero, la doméstica y la enfermera de su área al enterarse de que se trataba de un legado materno, buscaron debajo de la cama, en los rincones y atrás de los monitores. Reunieron 40 cuentas que Daniel ha prometido enhebrar. Fue su despedida de Terapia Intensiva.

Dos técnicos en salud la movilizan con manos expertas, desconectan los monitores y los reinstalan en la ambulancia. Ésta, en realidad es un pequeño hospital equipado con los accesorios que tenía en la unidad anterior. A su cabecera se sitúa uno para hacer la nota de traslado y el otro checa los signos vitales. El conductor -invisible en la cabina- arranca llevando de copiloto a Axel, el otro la sigue en su vehículo.

La oscuridad reinante (más densa según se acerca el alba), le hace recordar aquellos trayectos que recorrió como voluntaria en la Cruz Roja. Acudían a recoger accidentados las noches de guardia. Cuando los choferes veían su cara de novata, aceleraban a 150 KPH disfrutando de su temor. Vehículos de gran tonelaje se apartaban del camino cuando ya parecía inminente la colisión. Todo se hacía más dramático con el telón auditivo de las sirenas. A esta hora, las más céntricas calles de Puebla están vacías, y aunque van a velocidad normal, cubrirán los diez kilómetros en quince minutos.

* ¿Por qué no oigo la sirena?
* Está desconectada porque no hay tráfico, ¿Quiere usted que la pongamos?
* Sí. Sin sirena no parece ambulancia.

Recuerda la broma común cuando de interna en Urgencias escuchaba su ulular en la lejanía. Se ponía apresuradamente guantes mientras bromeaba con su compañero de guardia para disimular su nerviosismo: “Vamos a bailar Franz, están tocando muestra canción”.

Con la sirena abierta llegan a la Unidad de Hemodinamia donde ya la esperan.

A su ingreso rectifican ese nombre que dondequiera causa confusión (nada comparado a la dificultad que siempre le ha traído a su vida), la fecha de nacimiento y el tratamiento planeado:

“*Instalación de Marcapaso Bicameral por Bloqueo AV bajo sedación y anestesia local”.*

Fue operada hace cuatro días con anestesia general para extirparle la vesícula.

En aquella ocasión (ya parece tan lejana), un sedante la mantuvo flotando quince minutos antes de ser colocada en la plancha quirúrgica. Esperó las indicaciones de contar regresivamente, pero escuchó algunas instrucciones técnicas y luego todo desapareció. La operación fue difícil – según refirieron- y les llevó tres horas, una más de lo pronosticado.

Recuerda cuando en recuperación una enfermera la llamaba:

* ¡Clarisa! ¿Me oye?
* …Sí.
* ¿Le duele algo?
* …No.
* Todo está bien ¿eh? Ya la operaron. La vamos a pasar a su cama.
* ¿Sí? - piensa ella aletargada – que raro, no siento nada.

Estaba ya en su cuarto tan recuperada que le habló a su mejor amiga. Justo al colgarle, empezó a sudar profusamente y le sobrevino el primer síncope. Anestesiólogo e internista llegaron corriendo al reportarles la enfermera que su frecuencia cardiaca bajó a 30 y su tensión arterial a 50/20, cifras que seguían en descenso velozmente.

Cuando Clara Isabel vuelve en sí, está acostada y conectada a nuevos monitores. Su gastado corazón retomó el ritmo, más ella está invadida de tal laxitud que no puede hablar. En su evanescente campo de visión, capta la muralla humana que la rodea para rescatarla del inminente paro cardiaco, pero solo ve con claridad a un interno jovencito en primera línea inclinado sobre ella, con el rostro tan blanco que su flamante bata parece amarillenta. Tiene las paletas eléctricas en la mano, pero la mira con miedo: el miedo del médico novato ante su primera defunción.

Se hace un silencio cuando ella inspira profundamente y declara:

* Estoy bien….

El interno pregunta:

* ¿Le han tomado algún electrocardiograma? - ella asiente- ¿puedo descubrirle el pecho?

Se deja hacer delante de aquel ejército convocado para reanimarla: enfermeras, terapistas, intensivistas, médico de piso, médico de guardia y sus hijos: Alex y Daniel.

No tiene idea cuanto tiempo pasó inconsciente, pero deben haber sido varios minutos. En ese lapso le tomaron análisis de glucosa y hemoglobina y ya están los resultados.

El cirujano le explica mostrándole las cifras:

* Pensamos que sería un sangrado interno por la Cirugía, pero no, sus cifras de hemoglobina no bajaron. La glucosa está normal. Lo que dice la enfermera es que primero empezó a bajar su frecuencia cardiaca y después la presión, eso habla de una condición cardiovascular y….

Asiente con la cabeza: le fatiga hablar. Quiere decirle que comprende que no es una falla quirúrgica, que confía en él, que no se estrese… se pone en su lugar: sabe que le pegó un buen susto.

Es su defecto: empatiza demasiado tanto con los pacientes como con sus colegas. Su esposo -médico también- le repetía:

* Por el bien tuyo y de tus pacientes debes ser más fría.

Respira profundamente y ve los monitores; sus signos vitales están normales y estables. La habitación se vacía, todos vuelven a sus labores. El interno que le tomó el ECG con mano temblorosa le dedica una última mirada. Ha recobrado el color.

Ahora se hace presente la anestesióloga. Ella ha manejado el caso después de su episodio de pancreatitis. La vio en plena acción. Es de esos seres extraordinarios que no necesita apoyo emocional: internista, intensivista con el lema de: “En Terapia Intensiva, todo debe ser exacto y perfecto, no hay cabida a ningún error”

* ¿Le ha sucedido esto antes?
* Sí -contesta- cómo tres veces. La primera fue hace quince años, la segunda hace cuatro, la tercera hace dos.
* ¿Por qué nunca me lo comentó?
* Porque siempre lo achaqué a que estaba fatigada, hipoglicémica, presionada, soy hiperreactora… pero ahora lo identifiqué: fue la misma sensación.
* Es lo malo de ser médico: todo lo justificamos. Pues bien, no podemos rastrear el origen: cuando le tomaron el electrocardiograma Ud. ya se había recuperado sola.
* ¿Entonces no hay diagnóstico?
* De certeza no. Puede ser una eventualidad tal vez desatada por residuos de anestesia. O de la lámina de plaquetas que tuvieron que ponerle en el hígado. O tal vez una reacción alérgica. Pero ordené que la monitoreen como si estuviera en Terapia. Se quedará con los aparatos toda la noche.
* Está bien.

Cierra los ojos, cansada. Escucha en la lejanía lo que dice la doctora:

* Mi ayudante personal vendrá a verla cada tres horas. Tenga preparada la gráfica de signos vitales.

Daniel pernocta con ella. Todo transcurre normal.

Muy temprano, la joven enfermera de la mañana le desconecta los monitores, la levanta y sienta en un diván.

* Está usted bien. La ayudaré a bañarse. Tenemos que cambiarle la cama y la bata. Quedará preparada para la visita médica. Tal vez se vaya de alta.
* No quiero bañarme, gracias. Aún me siento débil ¿es indispensable?
* Pues indispensable no, pero si deseable.
* En casa me bañaré.

Llega su comadre Xiomara y releva a su hijo. Le está platicando su experiencia de ayer cuando vuelve a sudar profusamente y la habitación se difumina ante sus ojos…

* ¿Qué pasa Clarisa?, ¿Qué sientes?

Ella quiere contestarle: “Siento a la muerte jadeando en mi nuca” pero apenas puede emitir un débil:

* Llama a la enfermera...

Este síncope es más fulminante. Ya no ve nada, solo percibe la sensación de caída libre en un túnel negro cuyo centro iluminado se la traga.

La pérdida del sentido debió ser más profunda y prolongada. Se encuentra de nuevo en la cama rodeada de otro ejército de batas blancas, pasos que corren, murmullos excitados, y sobrenadando la voz de la anestesióloga.

* ¡Diluyan atropina en 10 mililitros de agua y aplíquele 2!; ¡pongan el oxígeno a presión! Tengan preparada la adrenalina, traigan el equipo rojo ...reacciona…pronto: ¡a Terapia Intensiva!, ¿Dónde está su familiar?

La llevan apresuradamente por largos pasillos. El elevador se atasca un momento. El camillero equilibra el peso y le da un trancazo al tablero…se mueven por fin.

Clarisa con lengua enredada pregunta:

* ¿Un elevador de dos millones que funciona a golpes?

**FRÍO**

Ventana de hospital gris: se entrevera

Surgiendo el sol sobre un volcán lejano,

¿Será prudente rendir mi arma guerrera?

No hay galardón por luchar en primavera,

o amar en lo ardiente de un verano,

el cuerpo esta flexible, ágil la mano,

un ímpetu juvenil nos abandera.

Más en la última estación, al ser decano

el cuerpo va desprovisto del avío.

Mérito real es luchar en el invierno.

Navegué otra noche - helado océano -

ahora despunta el sol, ya no hace frío

el sol infunde su calor sobre mis manos

como si fueran las tuyas, amor mío.

*Una novela es un espejo paseándose a lo largo de un camino*

**Anónimo**

En pláticas con una media hermana, me dijo que en su primer día en la Universidad de Psicología el maestro comentó: “Están aquí porque tienen algún problema psicológico”.

Desde mis lecturas de San Lucas quise ser médico para acabar con los males del mundo, descubrir el virus del cáncer, recuperar la sonrisa de un niño, pero mi objetivo principal fue la sentencia de Hipócrates: “Quitar el dolor es obra divina”.

Antaño me creí portadora de una alteración psicológica llamada algofobia: un miedo irracional al dolor físico, pero hace diez años me hicieron un estudio de las terminaciones nerviosas llamada electromiografía y resulta que tengo una hiperestesia, o sea: mi umbral al dolor físico es muy bajo. Para colmo en mí eso se hace extensivo también al dolor ficcional: sufro y lloro con películas o libros trágicos.

Mi fragilidad y torpeza físicas condicionaron muchas limitaciones desde la niñez: no cultivé ningún deporte por temor a una caída, un raspón o una fractura. Sólo aprendí a nadar porque no requiere ningún esfuerzo y además sirve para desconectarse del mundo. Mi santa madre me relevó de las tareas domésticas por temor a la lumbre, a los cuchillos, a las alergias, además ella decía que nunca tendría que hacerlo. Entre mis pendientes antes de hacer mutis de este mundo, está apuntado aprender a andar en bicicleta.

En cuanto a habilidades, sólo contaba con las innatas: memoria eidética y una extraña capacidad de adaptación. Mi trasplante del trópico a la altiplanicie fue perfectamente asimilado. Hice en vacaciones de fin de año el tránsito del Pacífico al Atlántico y el seis de enero enfrenté a los volcanes cubiertos de nieve por el invierno. La arena dorada, el rumor del oleaje, el olor salino, los raspados de tamarindo y el dejo costeño fueron sustituidos por cúpulas seculares, altares barrocos, campanas, chalupas y el cantadito poblano.

La Angelópolis desde épocas virreinales hasta el porfiriato disfrutó de liderazgo nacional en la rama textil, cerámica y agrícola que originó importantes núcleos de empresarios libaneses, franceses, pero sobre todo españoles; sustituidos en el Siglo XX por industrias metalúrgicas y automotrices. También es una ciudad universitaria que mantiene una población flotante de diez mil estudiantes, además de recibir anualmente otros muchos visitantes: turistas, viajantes de comercio y eclesiásticos, pues Puebla es considerada la Roma de Latinoamérica.

Cuando llegué a esta ciudad en 1964 los habitantes apenas llegaban al millón. Nosotras contribuimos con una tropa. Mi abuelita Rosa, al saber que mamá y yo nos trasladaríamos a Puebla para estudiar, decidió hacer lo mismo con mis tías y prima de la misma edad; así que llegamos a vivir seis mujeres a la 20 Poniente 313: una vecindad típica poblana a una cuadra del mercado 5 de mayo. Aprendimos el rito de poner combustible en el calentador (una bolsa de papel de estraza rellena de virutas de madera rociadas con petróleo) y a bañarnos rápido antes de que se congelaran de nuevo las tuberías (o nosotras).

Al ver lo dramático de la situación actual entre la oferta y demanda de lugares en las Universidades públicas, me da pena confesar que ni siquiera hice examen de ingreso; la llave de entrada fue mi diploma de bachiller expedido por la Universidad autónoma de Guerrero (los estados que no tenían facultad de Medicina eran admitidos en automático; ¡Viva la Revolución!),

Aún no amanecía cuando mamá me acompaño a tomar el camión Central que me dejó en la 23 poniente y 11 sur; caminé cinco cabeceras más una cuadra para llegar a la 33 y 13 Sur a la flamante escuela de Medicina.

Cuando ingresé a primero de medicina en la UAP (aún no ostentaba la B), formé parte del contingente más numeroso en los anales de la Facultad (360 alumnos) y también fue histórico por la gran proporción de mujeres. Solamente del cortejo de acapulqueñas fuimos cinco: Juanita Barrios Segoviano, Elizabeth Piza, Juana Celina Estévez Ramírez (esta es mi amistad más longeva, nos conocimos en 1960), Martha Muñuzuri y yo. Cuando nos juntaban a todos en Fisiología con el maestro Julio Glockner parecíamos manifestación.

La primera clase a las 7 de la mañana era Anatomía. Si hay duda de vocación médica, esta materia lo aclara rápidamente; no sólo por ser la más difícil y extensa, no por ser un reto a la memoria, no por los rigurosos maestros, sino por ser prueba de resistencia física.

Nos dividían en equipos de cinco para diseccionar un cuerpo y fuimos a la Morgue por él. Bajamos una escalera de caracol que desembocaba en una gran cisterna; flotaban en ella cadáveres ennegrecidos, fibrosos y parcialmente descarnados; a esa visión dantesca se aunaba el olor del formol que nos hacía llorar. El viejo cuidador maliciosamente nos dio una pértiga con gancho para pescar uno. Tras varios infructuosos intentos intervino:

* ¿Quieren que lo haga yo?, les cobro 50 pesos-

Cuando agradecidos asentimos, extrajo con destreza el cadáver y lo trasladó a la mesa de disección. Los “pelones” establecimos contacto frontal con esos infelices que se destinan a la fosa común… muchas deserciones se dieron en esa primera vez.

El maestro de Anatomía y Disección es el Dr. Rojas, destacado hematólogo poblano, de memoria prodigiosa, cumplido y puntual. Pronto reconoce la torpeza de mis pequeñas manos y me guía con infinita paciencia en la disección de músculos abductores y supinadores del antebrazo, mientras dicta su primera clase: “Todo el organismo es un edificio, decía Andrés Vesalio, padre de la Anatomía. Un médico debe estar en posesión de todas sus facultades mentales, motoras y sensitivas y saberse parte de un equipo. La medicina ya no es individualista: un *team* es tan fuerte o débil como el mejor o el peor de sus elementos” … deja claro que tengo que esforzarme si no quiero ser reprobada.

Vino en mi auxilio la memoria y el lenguaje aportado por las lecturas. Si como disectora tienen que ayudarme, para mi equipo soy valiosa como expositora. También el maestro Rojas lo percibe pues a pesar de que siempre llego tarde no me quita derecho a examen. Debido a mi predominancia nocturna estudio en altas horas de la noche. Mi eterna deuda con el sueño me hace correr, a veces sólo con la cara lavada y las greñas aplacadas con agua.

Creo que porque éramos tantos los exámenes consistían en pruebas orales. Entre los seis grupos de “pelones” había contiendas de Anatomía: cada maestro (recuerdo al Dr. César Yunes oncólogo y al Dr. Rafael Mendívil ortopedista), llevaban algunos alumnos representativos y se sacaban temas de una cajita, al que le tocaba tenía que describir el sistema u órgano que proponía el papel. Había compañeros como Eduardo Vázquez o Ivanhoe Gamboa que se sabían todos, pero para mi fortuna las tres veces que estuve en esas contiendas (una de ellas fue “base del cráneo” un tema largo y difícil) quedé bien. Eso también me ayudó en el examen final, porque el maestro Yunes (que fue uno de mis tres sinodales), me preguntó un tema sencillo y se dio por satisfecho a los cinco minutos.

De los mis compañeros del grupo B llegamos a recibirnos menos de la mitad. Pero los que seguimos en tiempo y forma hicimos amistades y alianzas para toda la vida: Haydeé Bonilla, Carlos Durand, Fany Cabrera, Aurelio Escobar, Romeo Escobar, Rosendo Carlos (el jefe de grupo: un norteño que tocaba en la estudiantina y siempre nos hacía reír con sus puntadas), Lupita Hernández y varios más que ya pagaron su deuda a la tierra.

En 1967 la solidaridad alcanzada se manifestó durante la enfermedad de mamá que solo duró dos meses aunque muy sufridos. Murió a los 38 años de un cáncer de estómago, cuando yo tenía 19 y cursaba el 3er año. Los compañeros de mi grupo se portaron increíbles*:* donaronsangre para su operación, los que tenía automóvil se turnaron para llevarla a radioterapia, los maestros me condonaron consultas y estudios…finalmente cuando murió cargaron su ataúd y nos acompañaron al Panteón municipal de Puebla, que fue la única propiedad que tuvo mi progenitora. La visito muy poco porque sé que no está ahí.

Seguí estudiando por inercia, pero también porque quedé como custodia de mi hermana siete años menor con la que había convivido muy poco. Ella estaba en secundaria y resintió la pérdida materna de otra manera: no sé si más trágica o menos consciente, pero Nelva me volvió adulta verdaderamente. Siempre ha sido y es una mujer fuerte, hermosa, trabajadora, bondadosa, cuidadora de todo el mundo viviente y nuestro mutuo cariño jamás se ha visto empañado por una discusión, ni siquiera por una diferencia de opiniones (nuestras hijas y nietas dicen que eso es todo un récord).

Nos quedamos solas un tiempo, hasta que -de nuevo- tía Carlota acudió al rescate. Solo que ella viajaba con frecuencia para ver a sus hijos adoptivos y nietos, pero se quedaba cuando veía que la necesitábamos.

Además de continuar en este mundo por mi hermana, tampoco había olvidado la fe maternal en que yo sería profesionista. Ahora desde mi óptica no entiendo cómo esa frágil muchachita que era yo pudo seguir adelante en tan precarias condiciones.

La práctica de los programas piloto nos obligaba a hacer guardias nocturnas en hospitales de enseñanza. Exponencialmente había más oportunidades de hacer relaciones (muchas parejas salieron de esos tiempos), pero yo tuve que discriminar entre los compañeros estudiosos y los que por mi origen costeño buscaban una “mujer de fuego”. A estos había que espantarlos a garrotazos.

Pasado el duelo exteriormente, hubo salidas con muchachos atractivos, que ameritaron un poco de carmín en los labios y vestido planchado, pero después terminábamosanalizando sobre una mesa de café la fisiología de la parálisis medular progresiva o dibujábamos el aparato de Golgi. Anduve dos años en esas lides y aprendí dos valiosas lecciones: los hombres son más de fiar cómo amigos que cómo novios; en las relaciones juveniles no cuenta el coeficiente intelectual ni los sentimientos, basta ser pechugona o nalgona. Cómo resultado de tan filosóficas conclusiones eclécticamente acepté como novio a mi mejor amigo. quien iba un año atrás que yo: nada mejor que tener a mano un camarada para tiempos difíciles.

VI

*Los sueños: esa patria borrosa de los muertos*

**Octavio Paz**

En la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) la espera un cortejo. Entre ellos está un doctor alto que claramente es el líder. Su rostro cubierto con el cubrebocas expone en la frente, alrededor de los ojos, en parte de las mejillas, una piel lisa y sonrosada. La colocan de manera que quede frente a una gran pantalla mientras el recién llegado le explora el área cardiaca con un transductor. Ella observa un corazón flotante en la pantalla que rota mostrando todas sus caras.

A Clara Isabel al final de su ejercicio profesional le tocó manejar ultrasonidos, pero en realidad nunca ha visto un fono ecocardiograma. Así como escuchaba el corazoncito de un embrión y le parecía proveniente de otro planeta, así este músculo que vela mientras los demás órganos duermen, parece flotar en una órbita extraterrestre: eficiente, solícito, infatigable.

* Señora: su corazón se ve muy elástico, no tiene fibrosis ni calcificaciones, las válvulas están muy suficientes, la circulación de los grandes vasos perfecta; es un corazón joven.

Ahora puede hablar con más fluidez.

* Que gran noticia. Entonces… ¿por qué amenaza con pararse?
* Debe ser una interferencia en la conducción eléctrica; no está recibiendo bien la señal.
* ¿Cuál es la causa?

El cardiólogo la mira dubitativo, ¿cómo explicar en forma sencilla el complejo sistema eléctrico del miocardio a un neófito? lo intenta…

* El marcapasos natural del corazón comienza en una zona en las aurículas que

se llama nódulo sinusal. Produce señales eléctricas que generan cada latido cardiaco. Lo trasmite al nodo auriculoventricular y luego al haz de His. En adultos sanos, el nodo sinusal descarga a una velocidad de 60 impulsos por minuto, que se traduce en igual número de latidos en esa unidad de tiempo.

Ella asiente: recuerda que en clase cardiología el maestro describió al haz de His como “un jinete cuyas dos piernas van montadas en cada uno de los ventrículos derecho e izquierdo”.

* En este caso sus latidos descendieron en picada de 80 a 30 y luego bajo la TA. Por lo general al descender la presión arterial, por ejemplo, en caso de hemorragia que fue lo primero en que pensaron los colegas, el corazón para compensarlo late a más velocidad, pero en su caso fue a la inversa, primero se bajó el ritmo y luego la TA. Eso habla de una desconexión brusca de la señal a la plataforma. Pero debemos saber con precisión en qué lugar de las tres conexiones está la interferencia.

… ¡¿Será que por joven hace tales jugarretas? El médico prosigue.

* Puede ser que el bloqueo sea por reducción de las señales eléctricas desde el nódulo sinusal, o que los otros dos no alcancen a estimular las cámaras inferiores del corazón. Hay causas externas que lo ponen a latir lentamente o incluso saltarse latidos y se resuelven sin que el paciente se dé cuenta. O puede ser un bloqueo permanente de alguna rama y requerir tratamiento.
* ¿Y cuál es el tratamiento?
* Poner un marcapasos.
* ¿Soy candidata a eso?
* No, porque le repito, no sabemos dónde está la interferencia. Cada sitio tiene un tratamiento especial. Hay un aparato específico para cada tipo de bloqueo.
* ¿Entonces?

Ahora el profesional adopta una actitud cuidadosa.

* Cómo no está documentado por ECG en donde se ubica la falla, tenemos que monitorearla y esperar otro síncope.
* ¿Que queeeé? ¿Van a esperar que me dé otra vez? ¿Y si no regreso?
* Por eso se quedará usted aquí con un Halter de 24 hs, en vigilancia constante, hay intensivistas de guardia, en cuanto se documente el evento lo podemos registrar y claro, darle tratamiento de inmediato.

Ella se queda silenciosa, medita las consecuencias.

* Supongamos que no me vuelve a dar y me voy de alta.
* Es una posibilidad muy remota. Dos eventos en menos de 24 horas predicen uno inminente. Además, fuera del hospital es muy arriesgado. No sabemos si su corazón se restablezca a tiempo sin daños. O la falta de irrigación lesione órganos muy importantes.
* ¿Entonces…voy a estar esperando como los condenados a muerte? Por un lado, deseando que me dé el soponcio para terminar con la incertidumbre y por otra muriéndome de miedo porque es horrible….
* No hay otra alternativa. Piense en las consecuencias si le da esto nadando, cruzando una calle o manejando…
* No manejo.
* ¡Vamos doctora! Usted sabe lo que quiero decir. Ni moral ni ética, ni profesionalmente puedo dejarla ir así- Tampoco puedo ponerle un marcapasos sin documentar donde está la falla.

La voz de su amiga - quien no se ha separado de ella ni un momento- se hace audible.

* Desde luego doctor que ella se quedará aquí para que le pongan ese Halter. Y cuando localicen el problema le colocarán justo el aparato que necesita. Yo lo autorizo, es más si la da de alta: ¡lo demando!

¿Es el mismo médico el que ahora ve concentrado en su lavado prequirúrgico el que le respondió a Xiomara hace 48 hs, con la mascarilla distendida con una sonrisa?

* No se preocupe, no se puede ir a menos que me firme una alta voluntaria.

Tras 24 hs de esperar en Terapia Intensiva un plan de “Expectación armada” como está anotado en su expediente, Clarisa no resiste una hora más. Está molida, contundida., demacrada, la larga permanencia en decúbito dorsal en ese lecho de piedra (debe ser así porque en el caso de aplicar masaje cardiaco en un paro, las manos se hundirían en un tórax inestable)le obsequió un ataque de lumbalgia.Lo único que la consuela es que en tal situación el soponcio le sobrevendrá en cualquier momento.

Pero el episodio no llega y con tres noches seguidas sin dormir está al borde de la histeria. Para colmo, el personal de enfermería de la tarde es un varón, y la operación del cómodo se torna además de complicada, vergonzosa. En su turno querría no orinar, pero a pesar de estar en ayuno, las soluciones que fluyen a través de sus venas la hacen llamarlo cada dos horas. Piensa que no es enfermero sino comodoro…No, el humor no aplica en Terapia Intensiva. Hace rato la bañaron y culminó su mayor obsesión: depender de los demás para todo.

Al paso de la visita suplica:

* Doctora por favor, no aguanto un minuto más.
* Volveremos a empezar el registro, la norma dicta que si no hay resultados positivos en 24 hs se repite el proceso 48 hs.
* ¡No! Ofrézcame una alternativa o me iré.
* Ya le dije que no puede irse a su casa. Aún si firma su alta voluntaria, la mandaré en ambulancia a su Institución con un resumen de su historia clínica.
* Sé lo que pasará: dirán que tiene que verificarse todo por el médico del patrón y empezarán con nuevos estudios y valoraciones, para finalmente enviarme a México. Y no lo soportaré, ¿Olvida que tengo 75 años y soy muy débil? Usted y el cardiólogo deben encontrar una solución para mí ahora.
* ¿Usted débil? Ha demostrado ser más fuerte que jóvenes de 30 años. Esta debe ser la situación más estresante de su vida y sin medicamentos se mantiene estable. Está en el tercer día de postoperatorio de su vesícula y nunca ha pedido un analgésico para el dolor. No ha comido nada sólido desde su episodio de pancreatitis en casi 26 días y no se ha descompensado de la glucosa ni los electrolitos. En realidad, de sus dos síncopes – y hablo de lo que yo observé aquí- se ha recuperado sola y sin secuelas, porque mantiene su oxigenación. No me presione diciéndome que es frágil.
* Entonces le diré otra cosa: he confirmado que el túnel, la famosa experiencia de los que van a morir, es verdad: lo he visto dos veces. Te dicen que no hay que seguir la luz, pero no la sigues voluntariamente: caes en ella en picada. ¿Y sabe qué es?: La pupila que va agrandándose conforme uno cae en agonía. Los ojos de los muertos se ven negros porque la pupila dilatada se ha tragado el iris. ¿Está usted segura de que resistiré otra experiencia pre mortem?: ahora mismo estoy a punto de derrumbarme. ¿Qué hará conmigo si me da un infarto?

La Dra. mira a Clarisa con expresión dubitativa.

* No hay por ahora esa posibilidad. Para entrar a la colecistectomía la anticoagulé y la acción del medicamento se mantiene en circulación. Sin embargo, dado que es usted una colega y paciente especial para mí, voy a platicar con el Dr. Corona acerca de los hallazgos de este Holter y trataré de persuadirlo de que hoy mismo le ofrezca una alternativa.

Se va dejándola en esa habitación de 3x4 metros, en que su cama es una isla minúscula rodeada de monitores que ocupan más espacio que ella. Si lo piensa bien solo gasta la tercera parte de los quince mil pesos que cuesta. En ese semicírculo parecido a las descripciones dantescas, hay una serie de cubículos alineados que convergen en la central de enfermeras.

Los cinco lugares restantes están ocupados: dos por enfermos terminales; una joven inconsciente después de convulsionar; un muchacho con una parálisis ascendente de Gillian Barré a quien tienen intubado; una adolescente que intentó suicidarse con raticida y cuyo sistema digestivo está tan corroído que solo la alimentan con catéteres de puerto: un conjunto de prácticamente muertos en vida, en medio de los cuales ella es la única consciente; pobre consuelo porque su lucidez le repite que a más de estar empantanada en esa situación, la cuenta diaria sube a cifras estratosféricas.

Sus hijos y amigos le repiten que dedique todas sus fuerzas a cooperar con los médicos, que el dinero saldrá de algún lado: de un tarjetazo, de un préstamo bancario, de cooperación entre todos para pagarlo después, que su vida no tiene precio…

Clarisa piensa en sentido más práctico: le acarreará más problemas a sus hijos muerta que viva: ni siquiera tiene un seguro de gastos funerarios.

Ella se aferra a una idea: “Mi corazón es joven y será valiente”.

**A RAS DEL MAR**

Te recobré un instante entre las sábanas

en la patria borrosa de los sueños:

en un paréntesis glaciar buceaba

buscando agujas en pajares gélidos.

Tu cuerpo cálido acudió al rescate

reanimando mi dermis con su fuego,

el agua densa dispersó burbujas,

gemidos, vientres, remolinos, ecos…

Estrella rota, terminal cerrada,

tú fuiste luz en todos mis senderos,

mi nao extraviada en ti echó anclas,

tras errar por mares de destierro.

Ahora tu cruz asoma a superficie

mástil de náufrago, mármol de silencio

a ras del mar te busco aún extraviada,

deshojándome con la Rosa de los Vientos.

*El viaje más largo empieza con un paso*

**Proverbio árabe**

En el último año de la carrera, supimos que la Universidad autónoma de Puebla proporcionaba un camión con chofer para el grupo que lo solicitara en un viaje final de estudios. Tradicionalmente todos iban a EU, pero en cinco años se habían integrado en nuestro grupo varios centroamericanos: nicaragüenses, hondureños, salvadoreños, ticos y panameños, quienes nos convencieron de viajar al sur e ir a sus países donde nos esperarían en fechas aproximadas- para recibirnos y guiarnos en las atracciones naturales de su nación.

Decididos nos organizamos en diferentes comisiones. Una fue a hablar con los maestros para pedirles una prórroga de exámenes finales y accedieron (excepto el maestro Labastida): tendríamos que presentar Infectología a extraordinarios, pero ya estábamos lanzados. Había en el grupo alumnos brillantes que se verían afectados en su promedio final, pero todos intuimos que una experiencia tal significaría enseñanza de por vida.

Tampoco nos arredró el ver que el autobús que daba la UAP, era una destartalada charchina en la que iríamos como Laika en el sputnik. Un contingente se desplazó a CdMX a entrevistarse con el secretario de turismo, el Lic. Miguel Alemán, quien nos concedió otro vehículo y dos conductores con gastos pagados para nuestro viaje. Otra comisión logró que la planta WV -recién instalada en Puebla- nos diera un vochito que rifamos y terminamos en una semana los mil boletos que dimos a diez pesos. Diversas personalidades políticas destacadas nos dieron apoyos y todo lo que obtuvimos lo cambiamos a dólares.

Una madrugada de julio frente a la escuela de medicina nos treparnos al autobús último modelo (no había aún aire acondicionado, TV ni música pero nos sentimos soñados) y se repartieron los beneficios: 48 dólares para cada uno de los intrépidos viajeros: 22 hombres y seis féminas: Lupita Hernandez, Haydeé Bonilla, Tayde Armenta, Fany Cabrera, Luz Ma. Cotero y su servidora. En la retina está grabada nuestra imagen abordando el camión en fila india con neceser en mano.

Jorge Inbargüengoitia dice que en México no te definen nombre y apellido sino el apodo, y en ese camión convivimos con fauna variada: *El guajolote, el avispón verde, La cochinita, el abulón, el cachalote, la barracuda, Chimbambo* el malhechor, *Supermán, Mxyzptlk* *et al.* Cooperamos para comprar una guitarra, una red, una pelota de básquet y una bandera mexicana para la trompa del camión.

Centro américa es un conjunto de pequeñas naciones que me hicieron sentir como en casa, puesto que el hablar, el ambiente y los sentires son muy parecidos a la gente del sureste de nuestro país. Tres sitios fueron los más memorables: Los Chorros en El Salvador: un volcán extinto cuyo cráter alberga un paraíso de arbustos, flores y manantiales prístinos que confluyen escalonados a un lago de transparencia diamantina; nadando de “muertito” parece uno suspendido en la atmósfera celeste. El Irazú un volcán iracundo y activo que puso en jaque a Costa Rica seis largos años (a su lado el Popo es solo un abuelito gruñón): en medio del verdor tico el volcán parece una muela cariada y subir a su cumbre y oírlo burbujear a los pies es impresionante. Punta Arenas con playas bellísimas e incontaminadas. También nos aumentó mucho la autoestima: los centroamericanos nos ven a los mexicanos cómo sus hermanos mayores; somos “el gigante del norte”, todos conocían el cine, la TV y artistas mexicanos, y en toda población grande o pequeña había bandadas de chiquillos que madrugaban para vernos pasar (creían que pasaríamos ellos vestidos de charros y nosotras de Adelitas).

Varios profesionistas establecidos y muy respetados por allá eran egresados de la UAP y al enterarse de nuestra presencia nos prepararon recepciones, paseos y días de campo. En San Salvador nos organizaron una comida en los jardines de la mansión de una doctora muy renombrada que hizo su post grado en Cardiología del DF: camareros de frac y con guantes. Uno de nuestros compañeros era flaquito y pálido, ese día llevaba una playera llena de agujeros y al verlos comentó:

* Es un recuerdo sentimental: herencia de un primo que murió en Vietnam – y puso cara de afligido.

Tuvimos otros desencuentros: creo que fue en Alajuela donde nos esperaban y nos pasamos de largo, de manera que repartieron entre el pueblo una barbacoa que nos habían preparado (y también las mentadas de los desairados). Y hay que reconocer que a pesar de la cercanía no hay comida como la mexicana, pero la pasamos comiendo pupusas, gallo pinto y plátano macho en todas sus variedades. Mis compañeras –todas poblanas- no conocían las cucarachas voladoras, y una de ellas una noche en un parque casi convulsiona cuando se le posó una en el brazo.

Donde quiera nos pedían canciones rancheras y nuestros compañeros *La cochinita Chimbambo y Chencho* (quien se reveló como tenor en la tesitura de ellos) cantaron “Caminante del Mayab” e hicieron vibrar las paredes del teatro de San José de Costa Rica (un sitio exclusivo del que nos franquearon las puertas). Yo esperaba que el público les dedicara una ovación, pero aplaudieron discretamente comentando entre ellos: “¿Te platiqué que allá en México todos cantan como Jorge Negrete?”. En la misma ciudad capital fuimos a bailar a una especie de palenque llamado “La Tranquera” donde las chicas iban elegantísimas con peinados de salón y estolas de piel, estaban en invierno (a 20 grados). En los trayectos Chencho tocaba la guitarra, cantábamos, y nadie estaba a salvo de sus bromas. Hasta compuso un “Corrido de los neceseres” que nos cantaba mientras las mujeres nos subíamos al camión.

Mxyzptlk debía su apodo a ser chaparrito, de larga nariz y cara peculiar; viajaba con un pesado baúl de herrajes, herencia de algún bisabuelo hacendado. Siempre alegador, ponderaba al milímetro los pros y los contras de cada gasto: avanzar a otra ciudad, pernoctar en un hotel, transportar a algún lugareño. Una vez pasamos por una especie de tianguis de libros y los bibliófilos hojeamos “Así hablaba Zaratustra”, “El lobo estepario”, “La colisión de los mundos”, pero Mixqui (como lo llamaban coloquialmente), gastó su capital para obtener: “Como hacerse rico sin trabajar”. No sé si le funcionó.

Un día que estaba de mal talante se volvió al grupo y amenazó:

* El que me vuelva a decir Myxyzptlk le tumbo los dientes a puñetazos.

Los varones –pareció que se habían puesto de acuerdo y dijeron – “1-2-3: ¡Mxyzptlk!” y Chencho remató: - ¡A que Mixqui tan guasón!

No llegamos a Panamá porque nos dijeron que las cosas andaban muy feas y no nos dejarían pasar a la zona del canal. En esa era previa al TLC varios compañeros suspiraban por comprar algunas cosas electrónicas. Así que retornamos a la patria después de un mes. En Talismán (frontera con Guatemala) no quisimos pernoctar en el poblado y nos venimos en una jornada de 20 horas de un tirón a Puebla. Al regresar al punto de partida rifamos nuestros bienes comunes.

El maestro Labastida nos hizo examen extraordinario a todos juntos a los siete días de nuestra llegada (pienso que fue solidario porque yo no tuve tiempo de estudiar y nadie reprobó); a la semana siguiente nos dieron nuestra boleta de sexto año para solicitar el pre internado.

Reseñando este viaje me entero de que nuestro jefe de grupo el Dr. Rosendo Carlos Martínez murió en la ciudad capital de Chihuahua de una neumonía. Había triunfado como médico y ahora se dedicaba a historiador: escribió una reseña histórica de la batalla del Carrizal. Imagino que muchos más compañeros se han ido y que quedamos muy pocos de aquel grupo B.

Chencho: cántale a la calaca el “corrido de los neceseres.

VII

*Mientras algunos escriben la novela que no han podido vivir, otros viven la novela*

*que no han podido escribir*

**Oscar Wilde**

El doctor llega a verla con su ayudante a las 7 de la noche. Toma asiento en un pequeño taburete y su vista va de la gráfica en que sigue anotando, al tórax de Clara Isabel, sin hacer alto en su rostro. A ella no le cabe duda de que sin monitor escudriña su “corazón joven”. Habla sin inflexiones.

* La dra. Juárez me ha comunicado la petición de que su problema se resuelva pronto, aunque sea de manera heterodoxa. Estoy aquí para ofrecerle la única alternativa que parece aplicable a su caso sin faltar a la ética médica.
* Por favor dígamela.
* No se registró en el Holter alteración alguna, salvo algunos episodios de arritmias mínimas. Ahora, no obstante que de los dos síncopes no existe registro electrocardiográfico, si lo existe clínico: la lentitud extrema del latido cardiaco, la baja brusca y peligrosa de la presión arterial, la pérdida del conocimiento sin reacción al dolor.
* ¿A cuál dolor?
* Usted no lo recuerda, pero cuando la Dra. Juárez vio que se iba le presionó el esternón con los nudillos y usted no reaccionó: sus nervios sensitivos estaban desconectados del cerebro; otra prueba de que lo siguiente era el paro cardiorrespiratorio -la voz seguía siendo monocorde- en tal caso y debido a que los dos episodios están bien documentados, con la presencia de numerosos testigos médicos y de enfermería, he decidido proponerle un marcapaso universal o bicameral; en cualquier sitio que falle la señal eléctrica, él tomará el mando y solucionará el problema….pero…
* ¿Pero?
* Bueno, en primer lugar, un marcapasos que cubre todas estas contingencias es el más caro: casi el doble de uno standard. En segundo aquí no hay una unidad hemodinámica, tendrían que trasladarla a un hospital que sí la posee, lo que incrementará la cuenta. Y en tercero, si usted quisiera recobrar el dinero invertido en el procedimiento no habrá lugar a un reclamo, puesto que -como le he dicho- no hay un fundamento en el Holter y hasta yo podría ser acusado de sobreactuar. Quiero que eso le quede muy claro.
* Un momento doctor: ¿Me está usted diciendo que luego que me solucione el problema, yo voy a poner una demanda para recobrar mis gastos?, No pienso complicarme lo que me reste de años en algo así. lo último que haría sería comprometer al médico que me devolviera a mi vida.
* Mire doctora, he tenido varios casos ya. El paciente después de recuperarse es influenciado o presionado por los familiares, sobre todo por aquellos que le ayudaron a pagar. No falta el que se siente que lo sorprendieron en un momento de apuro y ...
* Siento mucho que le hayan tocado pacientes ingratos. No pertenezco a esa categoría. Lo único que quiero es vivir y hacer lo que hacía antes; si son uno, dos, tres años habrá valido el precio, que además pagaré yo.
* De acuerdo. Pregúnteme lo que quiera.
* ¿Cuándo es lo más pronto que me puede operar?
* Mañana a las 8 de la mañana.
* ¡¿¡.Entonces, ¿cuándo me trasladarían?
* Yo dejo mis órdenes escritas, vendrá la ambulancia por usted, la recibirán en la Unidad de hemodinamia a las 6, la prepararán para pasar a Quirófano. Liquide la cuenta hasta hoy y de lo demás yo me encargo.
* ¿Quién me dará la anestesia?
* La dra. Juárez desde luego.
* ¿En cuánto tiempo calcula la Cirugía?
* Hay que instalarle dos cámaras, serían de 30 a 40 minutos.
* ¿Cuándo podría volver a mi casa?
* El precio de un día en Hemodinamia son 25 mil pesos y cubre 24 horas; pero si lo desea puedo darla de alta antes.
* ¿Aceptaría tarjeta de crédito?
* Por supuesto.
* Pues adelante. Mientras más pronto mejor.
* De acuerdo. ¿No va a preguntarme en cuanto saldrá la operación?
* ¿Para qué?, ya dijo que acepta tarjeta.

No quisieron desconectarla de los monitores, pero si le permitieron librarse del oxímetro digital y se lo pusieron en un ortejo, mientras ella frenéticamente envió un mensaje a una de sus mejores amigas pidiéndole apoyo financiero. Aunque Xiomara -testigo de su segundo síncope - mujer generosa y santa, referirá el costo del marcapaso y los honorarios médicos a su tarjeta: “Tú concéntrate en reunir fuerzas para lo que te espera mañana”, lo que urge en ese momento es liquidar la cuenta del hospital.

Su amiga a vuelta de mensaje le transfiere el dinero. Axel y Daniel hacen los trámites administrativos y ambos se quedan a acompañarla a pesar de que en Terapia Intensiva lo único que hay es una silla.

A su hija - que trabaja 10 horas diarias y atiende a dos niñas pequeñas- no la ha visto desde la primera operación. Acuerdan no notificarle el traslado. Los tres están conscientes que nada puede hacer, salvo angustiarse.

En su cuarta noche en vela, Clarisa atisba un rayo de esperanza en medio de la negrura. Llegará otra aurora.

**AMANECER**

Tanto lloré en amargas soledades

tan lejos estuviste en hora oscura

que estos ojos buscándote en la hondura

naufragaron en esas humedades.

Nos amamos sin importar edades

Nos dimos tanta pasión, tanta ternura

Qu fundidos en común locura

olvidamos nuestras duras realidades.

Pero en medio de muchos desatinos

prevaleció el amor como destino

y en esta nueva fe que ahora florece

reafirmando las cadenas y los lazos

sólo busco otra aurora entre tus brazos

pues tú eres mi luz cuando amanece.

*¿Vas con mujer? Lleva el látigo*

**Napoleón Bonaparte**

Fue Hipócrates el padre de la Medicina quien hace tres mil años llamó a la neurosis *Histerismo,* (de histeros = útero o matriz), porque relacionaba los desórdenes y enfermedades mentales con este órgano reproductivo. La abundancia de refranes y dichos misóginos de todas las épocas sustentan este concepto subliminal.

En quinto año en la Facultad cursé *Historia de la Medicina Mexicana*, enterándome de las vicisitudes de la Dra. Matilde Montoya, (primera mujer médico que hubo en el país). Esta vanguardista fémina, de oficio comadrona, en el año de 1890 le negaron la entrada en la Facultad Poblana, alegando que el formato de inscripción decía: *alumnos* y no *alumnas*. Apoyada por Carmelita Romero Rubio de Díaz fue finalmente admitida, y remando contracorriente (el que una mujer siguiese tal carrera sólo significaba que era una disoluta deseando ver cuerpos desnudos *sic)* pudo titularse, pero nunca ejercer en esa ciudad por su ambiente misógino. El vacío siguió largos años. En la época posterior a la Segunda Guerra mundial, con la escasez de varones la mujer pudo incursionar con éxito en todos los campos. Más en México, a pesar de que las soldaderas habían peleado codo a codo con los revolucionarios, el derecho al voto solicitado en 1915 al recién formado Congreso de la Unión, había sido reiteradamente denegado.

Hasta 1955 fue concedido el sufragio femenino. por la Cámara de Diputados. Coincidió la caída de tal barrera con la revolución sexual, apoyada definitivamente por “la píldora”, encaminándose a la consolidación de la equidad de género. Yo tenía cinco años en tiempos de tal noticia. Parecía que ese concepto que se consideraba una Utopía feminista: “El hombre y la mujer son iguales” podría ya aplicarse con éxito a todas las mexicanas. Esa era mi credo puesto que hasta 1968 en que terminaron los estudios teóricos de mi generación, yo aún no había estado expuesta a la misoginia. Mi grupo regresó de su viaje de estudios, hicimos exámenes finales y estuvimos listos para hacer el internado de pregrado. En ese 6o. año de prácticas empezaron los encontronazos. De suyo esa etapa significa que a los 22 años dejas fuera la vida normal y te conviertes en ratón de hospital; entonces se hace obvio que médicos tratantes, enfermeras y demás personal paramédico prefieren a un doctor.

Hombres y mujeres reaccionamos en forma diferente a la misma situación, pero también tenemos coincidencias infinitas, pues ambos sexos poseemos en nuestro cerebro neuronas bisexuales, memoria ontogénica de aquel ser acuático que se fecundaba a sí mismo y cuyas huellas quedan en bacterias y virus que se reproducen tomando el material de otras células. Un embrión de seis semanas aún es ambiguo. Aunque los cromosomas X y Y son responsables del sexo genético, para desarrollar adecuadamente la correspondencia del cuerpo y sus funciones necesita el refuerzo de las hormonas que el mismo feto empieza a producir a las siete semanas. Estas correspondencias fundamentales suelen ser correctas en un 99.8% de los casos.

Los sexos binarios se fundamentan en este principio genético y se traducen en las diferencias anatómicas y fisiológicas del cuerpo masculino y femenino. Como género la idea es más compleja: se tratan de los roles psíquicos, sociales y culturales que asume un individuo, e Identidad de género es el sentimiento que tiene de si misma una persona el sentirse mujer o varón, o ni lo uno ni lo otro, o algo intermedio.

Yo aconsejo que antes de los 18 años, un individuo no debe tomar una decisión tan terminante como una Cirugía para cambiar de sexo. Y en el caso de duda, siempre será mejor atenerse al sexo genético. ¿De verdad creen que la vida -sea uno hombre o mujer- es fácil?: cada sexo carga con problemas propios del género que cada vez se ponen más espesos. Habrá que hacer acuerdos antes que la grieta que nos separa se vuelva abismo infranqueable.

Hace poco le escuché a un cura católico el siguiente planteamiento: “Adán a la inversa se dice Nada, y Eva Ave: Dios creó a la mujer para ser libre”. Una amiga me comentó que su tío sacerdote le dijo: “Todos los pecados capitales llevan una connotación femenina: LA pereza, LA lujuria, LA gula….todo lo placentero es femenino” me sorprende este cambio de discurso patriarcal.

Ningún hombre puede presumir de ser cien por ciento masculino: su testículo y suprarrenales producen pequeñas cantidades de estrógenos, igual que todas las mujeres en los ovarios elaboramos testosterona. La tarea principal de dichas glándulas es proporcionar las características distintivas del sexo en edad fértil. En la senectud, cuando declinan las funciones frenadoras de los opuestos, a las ancianas les sale bigote y se vuelven regañonas, y a los ancianos les crecen los pechos y se ponen sentimentales.

El ente masculino a través de los tiempos nos fue dando un nimbo erótico-místico manifestado en pinturas, esculturas, poemas, tratados y leyendas hasta polarizarse en símbolos. La verdad subyacente de lo que el hombre piensa, sea obrero, artista, filósofo, médico o escritor es: “Todas las mujeres son putas, menos mi madre”.

Las cosas empiezan a cambiar. Lo demuestra el movimiento mundial “Me Too”, pero para hacer un proceso sólido, positivo y perdurable hay que guerrear sin importar trinchera ni cuando se vean resultados. Yo tuve un esposo machista; puse en juego todo -principalmente el ejemplo- y resultó que mis tres hijos son machistas y mi hija y tres nietas feministas: la cuarta es tan inteligente que las ideologías la tienen sin cuidado.

No quieren que enseñes los calzones. No quieren que uses pantalones.

No quieren que te manches la falda. No quieren darte tampones gratis.

No quieren que vayas a la escuela. No quieren que sobresalgas.

No quieren que juegues futbol. No quieren dejarte de pegar con la pelota.

No quieren que bebas. No quieren que les rechaces los tragos que te invitan.

No quieren que seas fácil. No quieren que te hagas la difícil.

No quieren que andes de noche. No quieren que vayas sola.

No quieren dejar de acosar. No quieren que uses gas pimienta.

No quieren que trabajes. No quieren que pidas. No quieren que ganes lo mismo por hacer igual trabajo.

No quieren que los friendzonees. No quieren que los presentes con tu mamá.

No quieren que tomes la iniciativa. No quieren dejar de violar.

No quieren dejar de hacer chistes misóginos. No quieren que te molestes cuando los hacen.

No quieren que los exhibas. No quieren hablarte de educación sexual.

No quieren usar condón. No quieren que te embaraces. No quieren que abortes. No quieren venderte el misoprostol; mucho menos regalártelo.

No quieren dejar de burlarse. No quieren que amamantes en público.

No quieren que seas madre luchona. No quieren encargarse de los hijos. No quieren pasar pensión alimenticia.

No quieren dejar de pegar. No quieren darte el divorcio.

No quieren que des en adopción. No quieren adoptar.

No quieren que te cases con otro hombre. No quieren que te enamores de una mujer.

No quieren darte el empleo. No te quieren mantener.

No quieren que te rías muy fuerte. No quieren verte llorar.

No quieren darte permiso de maternidad. No quieren pedir permiso para encargarse ellos.

No quieren que le pidas ayuda a ellos. No quieren que le pidas ayuda a tu mamá, ni a tus amigas. No quieren que le pidas ayuda al gobierno. No quieren ayudarte.

No quieren limpiar lo que ensucian. No quieren cocinar lo que comen.

No quieren encargarse. No quieren que te quejes por encargarte tú.

No quieren cuestionarse sus privilegios. No quieren que los cuestiones tú.

No quieren que estés cansada. No quieren que estés desarreglada. No quieren que estés deprimida. No quieren tu dolor de cabeza cuando tienen ganas de coger.

No quieren que estés vieja. No quieren que te hagas cirugía. No quieren tu celulitis. No quieren tu liposucción ni tus implantes.

No quieren darte derechos. No quieren que tú los exijas.

No quieren que luches. No quieren que te organices. No quieren que seas feminista. No quieren que pintes bardas. No quieren que marches. No quieren que protestes. No quieren que destruyas los monumentos. No quieren que quemes todo...

No quieren dejarnos vivir. No quieren dejarnos de matar. - Artemisa Téllez

Cómo dijo Lewis Carroll en su onírico cuento de “Alicia en el país de las Maravillas”: *Reina de corazones a Alicia: “Bueno, como ves es necesario correr mucho para permanecer en el mismo lugar”*

VIII

*¡Qué obra maestra es el hombre!, ¡Cuan noble por su razón!, ¡Cuan infinito en sus facultades!*

**William Shakespeare**

*16-VI-202*

Después de dejarla en el área de Urgencias del Betania media hora, es trasladada a La Unidad de Hemodinamia: un recinto amplio como de seis metros por doce, con amplios tragaluces en el techo por los que se insinúa el amanecer. Al pasar en la camilla observa pantallas, antenas, intercomunicadores, y omnipresente en todo un corazón activo, ¿es el suyo?

Clarisa medita en un libro que leyó como información general cuando estudiante de Medicina que le resultó apasionante: “El Siglo de la Cirugía”, donde se hablaba de los órganos aun intocables en el siglo XIX, que eran el cerebro y el corazón. Muy presente tiene la frase de que “Se necesitaron casi dos mil años para avanzar los tres centímetros que separan la piel del pericardio”. Y justamente en esta membrana que recubre al corazón, se llevó a cabo la primera intervención en 1815, efectuada por un cirujano español llamado Francisco Romero en un varón de 22 años quien recibió una puñalada que no llegó a interesar al músculo cardiaco, pero hizo sangrar lentamente a su cubierta ahogándolo poco a poco. Después de 36 horas viendo entrar al paciente en agonía, el cirujano se decidió a intervenir. Los libros decían que en el momento en que una mano humana se posara sobre este órgano dejaría de latir. Sin embargo, no fue así. El cirujano abrió el pericardio, drenó la sangre que lo ahogaba, reparó el vaso sangrante y volvió a cerrar los bordes con suturas continuas. El corazón nunca se detuvo. El paciente se recuperó y en diez días regresó a su casa. Aunque este doctor reportó su operación en sociedades médicas, no fue creído y pasaron varios años para que otro se adentrara en ese terreno prohibido.

Ahora las cirugías abiertas de corazón son rutina en centros especializados en todos los países; lo suyo es *pecatta minuta.*

En ese momento le dan a firmar una hoja de consentimiento informado de la cirugía propuesta:

“Instalación de Dispositivo de apoyo cardiaco Bicameral bajo sedación y anestesia local”.

¿Anestesia local? El dolor punzante al moverse le recuerda la anestesia general de hace tres días para extirparle la vesícula.

Pasada a antesala quirúrgica le hacen las mismas preguntas, y cuando rectifican el nombre puntualiza:

* Me llamo Clara Isabel, pero prefiero que me digan Clarisa: no Marisa, ni Maritza, ni Larissa, sino Clarisa.

Ahora la depositan en una mullida colchoneta cálida, piensa que es especial para mantenerla monitoreada en el acto quirúrgico. Recuerda que una de las técnicas en Cirugía cardiovascular era bajar la temperatura corporal al mínimo para que todas las funciones se abatan y el cuerpo requiera menos oxigeno circulante. Agradece los avances de la Medicina; como buena hija del trópico es muy friolenta.

De inmediato un técnico la tapiza del cuello hacia abajo con parches redondos de 8 cm de diámetro adherentes como calcomanías. Después de cubrir el 70% de su superficie corporal ella le dice:

* ¿Ya no voy a necesitar vestirme?

Una semana después al bañarse, hará el hallazgo de un parche inadvertido en un muslo, en la cara posterior del hombro, en la zona gemelar, en el tobillo. Conservó uno en su cajita de las medicinas.

La anestesióloga le pasa una dosis de algo mientras salmodia:

* Aquí estoy aquí estoy, van a desinfectar la piel y le van a cubrir el rostro, pero yo le estaré hablando debajo de los campos quirúrgicos e informando cómo va la operación.

Después de tres noches de insomnio y el tormento en decúbito dorsal en la Unidad de Cuidados Intensivos, está bastante cómoda. Hasta da cabezadas, pero no se duerme. Parecen pasar intervalos de segundos cada vez que la Dra. Mariana le comunica: “Ya le pusieron el segundo cable, “Ya le instalaron la primera cámara”, “Ahora colocó el tercer cable, todo está bien”; “Están cerrando, todo marcha perfecto”.

De hecho, se hicieron varias pausas en medio de la acción. Después le explicaron que aunque no es Cirugía a corazón abierto, las conexiones eléctricas se introducen por la vena axilar izquierda, pasan a la subclavia y luego a la vena cava superior que desemboca en la aurícula (cavidad superior del corazón); cómo este continúa latiendo, los cuatro cables tuvieron que esperar el instante entre sístole y diástole para introducirlos, pues el miocardio tiene células nerviosas muy sensibles, y si percibe el cuerpo extraño en un latido puede volverse arrítmico (*thriller*), o quedar tembloroso (*flutter*) y hay que restablecer el paso. No sucedió tal incidente.

Después de 40 minutos, es llevada a su habitación totalmente estable.

La enfermera mayor le entrega una almohadilla de arena indicándole:

* Póngaselo sobre la herida para que no le salgan moretones. No utilice el brazo izquierdo para nada. Si hace un esfuerzo los cables se pueden mover.

Otra vez encamada boca arriba, pero al menos puede mover libremente el brazo derecho y las piernas sobre esa cama suave en comparación con la de la UCI. También le disminuyen la concentración de oxígeno al ver que su saturación sube a 96%: la misma que tenía antes de internarse. El marcapasos ha mejorado la eficiencia del corazón.

Su amiga y su hijo menor la acompañan, le ayudan a comer, la vigilan y luego -al verla dormitar- se acuestan en el diván; han estado pendientes de ella todo ese largo día.

El doctor se presenta a las seis de la tarde. Otra vez no es posible verle el rostro, pero su actitud es de satisfacción. Le dice que ya no necesita la almohadita. Pregunta por el dolor natural interno de la cirugía abdominal (“Es tolerable”); el de la herida quirúrgica reciente (“Mínimo”). Le extiende una receta; le dice que dejen el pago para otro día porque no trae sus “terminales” y lo mejor: ¡Que puede irse a su casa!

Es un momento glorioso cuando la enfermera le quita la venoclisis y la ayudan a vestirse. Está débil por tantos días en cama, y le piden una silla de ruedas. Su primera reacción es rehusarse, pero no, debe ser prudente. Si para regresar hay que ir en silla de ruedas, en ambulancia, en camilla, ella lo aceptará: ahora sí, definitivamente a casa.

*En medio del invierno, descubrí que había dentro de mí un verano invencible.*

*Y eso me hizo feliz*

**Albert Camus**

Lo conoció el sábado 12 de febrero. La pandemia daba saltos y coletazos como un salmón arponeado. Seguían las medidas de sana distancia (¿qué podía calificarse de “sano” a estas alturas?).

A través de un amigo cercano, concertaron presentarla con un personaje que podía recomendar su último manuscrito a una importante editorial especializada en textos didácticos. Compareció con su hija. El licenciado Félix Fernando Arizmendi iba de paso a Veracruz, pero les concedió un tiempo para almorzar juntos mientras le exponía la idea general.

Se reunieron en un restaurant. Intercambiaron saludos de cortesía, chocaron simbólicamente sus puños en el aire: el recién llegado tenía el cabello completamente cano y unos ojos aceitunados relampagueantes que ella miró brevemente. Sintió un calor que le subió a la cara y su corazón se aceleró: “Ahora sí -pensó- ahora sí me llegó la edad. Voy a decir en medio de una negociación: “Esperen, tengo que checarme la tensión arterial”.

Colocados en extremos opuestos de la mesa, guarnecidos de cubrebocas, que además de cubrir facciones y expresiones impostaba las voces, su magnetismo personal se saltó todas las barreras.

Clarisa ya vivió una vez el enamoramiento y no creía que esa experiencia intangible, inexplicable, mística, casi sagrada que desafía las leyes de la Naturaleza y escapa al escrutinio de la ciencia pudiera repetirse, menos a su edad.

Si alguien dice: “me enamoré” a los 20 años, todos sonríen y replican: “¡Que romántico!” A los 30 la sociedad deduce que conlleva un ejercicio activo de obligaciones y prerrogativas sociales, morales, sexuales. A los 40 se desconfía del amor en sí como sentimiento, pero los adictos siguen probando suerte. A los 50 -quizá- ya se han curado de tales ensoñaciones y dicen que el amor es un sentimiento inventado por los poetas para encubrir su verdadera intención sexual. Pero decir esas dos palabras en la “edad de oro” provoca calificativos cómo “senilidad”, “segunda infancia” cuando no “imbecilidad”.

Él se quita el cubrebocas y resuena su voz de bajo profundo:

* ¿En qué le puedo ayudar?
* ¿Qué le parece si ordenamos primero?

Ya es suficiente vivir la tercera edad en la era tecnológica para darse cuenta diariamente de la declinación de los sentidos, torpeza de movimientos, lentitud del entendimiento; pero enamorarse suena ridículo, patético, cuando no obsceno. ¿Será posible que ella reaccione con la misma intensidad y efectos de cinco décadas atrás?: entrañas retorciéndose, pulso acelerado, secreciones lúbricas y el corazón abriéndose como un capullo de rosa en primavera mientras finge repasar el menú.

Observa de reojo ese rostro: tiene una tez morena donde destacan sus ojos castaño-verdosos, facciones correctas y una sonrisa auténtica, confiable. Ilusoriamente percibe que a ambos los rodea una atmósfera especial, cómo si tuvieran esas antenas vibrátiles que poseen algunos insectos para identificar a sus similares en kilómetros a la redonda.

Cuando se sobrepone trata de plantearle la idea del libro. Él le hace preguntas pertinentes y comentarios incisivos con claridad y lenguaje sencillo. Clarisa por experiencia literaria sabe que pronunciar las palabras justas en una determinada situación, requiere estudio, práctica y corrección.

Tiempo después, cuando cotejaron mutuas impresiones él le dijo: “Primero tu rostro me inspiró gran ternura; después, cuando te oí hablar, tus palabras engendraron un sentimiento de admiración y me dije: “¿Por qué ya no hay damas como esta en ningún lado?”

Su voz se vuelve hipnótica cuando les refiere una anécdota personal. Ella cierra los ojos un momento: recuerda al maestro de Otorrino que en la clase descriptiva del oído interno dijo: “Y, en el sexo femenino, entre el martillo y el caracol se encuentra el punto G: hay que estar muy atento a lo que dicen y cómo lo dicen si quieren cortejar a una mujer “. En ese tiempo Clara Isabel lo tomó como un comentario misógino, pero ahora esa voz le mantiene las mejillas cálidas, le eriza el vello, le endereza el cuerpo. Inclina la mirada ante el temor de que los demás lo noten.

Terminado el almuerzo prometen mantenerse en contacto. En un impulso ella le entrega un ejemplar de su última novela: quiere alargar el momento. El licenciado pegunta al examinar la cubierta retractilada de plástico:

* ¿Me lo va a dedicar?
* No, cuando lo lea y me comparta su opinión lectora lo haré.
* Bien. Me aplicaré.

Se despiden.

Todo el mes de febrero aquella voz resuena en sus oídos y sus ojos radioactivos aparecen en sueños.

Un día de principios de marzo recibe una llamada de un número desconocido. En esos casos no responde, pero su intuición la mueve a contestar.

La voz es inconfundible:

* Habla el licenciado Arizmendi, ¿Cómo está la señora hermosa?

**TU VOZ**

Tu voz es vibrante tañido de campanas

que a diario en mi lecho me despierta

tu voz se cuela cantarina por la puerta

o toca suavemente en mi ventana.

tu voz llena de regocijo mis mañanas

sus ecos ponen a mi piel alerta

tu voz apunta a mi corazón y acierta

como la flecha de Tell en la manzana.

Tu voz ordena mis horas en semanas

canta al oído en mi habitación desierta

de mil deleites abre la compuerta

con los recuerdos que de ella emanan.

Pauta mis noches con el aliento tuyo

así del viento imita resonancias

oraciones, suspiros y murmullos.

Y a veces la escucho a la distancia

como una dulce canción de caracolas

pacificando mis dudas con su arrullo

entonces duermo y canta con las olas.

*Lo que tenemos que aprender, lo aprendemos mejor haciendo*

**Aristóteles de Estagira**

Cómo alumna de sexto año en la Facultad de Medicina de la UAP, fui destinada al Hospital Universitario. Empezamos en el servicio de Medicina Interna un equipo de cuatro: Tayde Armenta Salazar, un tico-chino apellidado Acon Fu, y otro compañero muy alto y de cuello largo que le decían la cigüeña, no recuerdo su nombre.

El pre internado es durísima prueba destinada para foguear al futuro médico; subsiste con una disciplina similar a la castrense: los jefes de Servicio equivalen a militares de alta graduación, y hacen ásperas reconvenciones en público, que a veces no tienen nada que ver con lo médico: califican hasta la postura “joven: ¡prohibido recargarse en las camas!, y para que lo recuerde este fin de semana se queda sin salir”.

Tres días seguidos en el hospital nos hacen sentir más confinados que los pacientes del pabellón Noriega, cuya sala tiene barrotes de hierro y guardias en la puerta; en Obstetricia los diminutos cubículos de parto en donde vemos salir y meterse el sol, hacen que designemos al 5º piso como “El apando”.

Los pre internos son el último escalafón en los médicos: por debajo de supervisoras, enfermeras especializadas o simplemente las veteranas. El acervo científico de cinco años previos se aplica en instantes; no siempre los mejores alumnos son mejores médicos: hay que añadir buen juicio, decisión y entereza; tal etapa significa el Waterloo de muchos magníficos promedios.

Nuestras guardias son A, B, C o sea una noche de guardia por dos de descanso. Firmamos un contrato- beca que dice: *Este hospital de enseñanza proporcionará durante un año alojamiento y comida los días de guardia, lavado de ropa de trabajo, cuatro uniformes anuales y una beca de $600.00, mensuales. El alumno se compromete a hacer todo lo requerido para su entrenamiento, observar buena conducta y apegarse a la ética.*

Los “AIR” Iniciales de Alumno de Internado Rotatorio, más conocido por IBM: (“y veme a traer un expediente al archivo”), pronto entramos en las rutinas, aunque no hay nada menos rutinario que un día de Hospital. Los médicos de grado superior, internos de post grado, residentes y tratantes de diversos servicios, conscientes de nuestra novatez nos calibran cómo aperos de trabajo; “Y a ti: ¿cuántos AIRes te tocaron?, “Cinco, pero se ven bien pendejos”. Se supone que aún no tenemos responsabilidad médica y sin embargo de entrada nos ponen a cargo de 25 camas, si nos pescan fuera de área en días de guardia, nos practican juicios sumarísimos con castigos que van desde quedarnos encerrados una semana, hasta a ser dados de baja inmediatamente; somos “carne de cañón” al más puro concepto castrense.

. El turno empieza a las siete de la mañana: hay que estar antes en Piso para revisar los expedientes de los enfermos internados la noche previa y hacer notas de ingreso para que estén listas al paso de la visita, pasar notas de evolución y órdenes, sacar las muestras antes de las ocho, correr a desayunar porque cierran a las 9; los de cirugía y maternidad tienen que ponerse o quitarse el piyama quirúrgico cada vez que entran o salen de su área; a las diez empiezan las actividades del Piso: curaciones, poner sondas urinarias, rectales, nasogástricas, cáteteres, punciones, tomar biopsias, acompañar a los pacientes a sus radiografías o estudios especiales, etc. Frente a las enfermeras, pacientes y demás compañeros somos reconvenidos duramente por el cirujano, tratante o jefe de servicio; los demás internamente damos gracias a Dios porque es otro el pararrayos de su mal humor. Somos designarlos despectivamente cómo: “separadores automáticos”, “tijeras ambulantes” o “cachadores de niños”,

Atendí un parto en la madrugada y al extraer la placenta hubo una inercia uterina: la matriz queda floja como una bolsa y sangra desaforadamente, tras maniobras manuales y farmacológicas, aún con guantes y bata le ordené a la jefa de enfermeras del turno de la noche que se asomó por ahí:

* Tómele la presión.
* Estoy muy ocupada, DOCTORCITA.

El tono era desafiante: ¿una interna de pregrado dándole órdenes a una supervisora? tras el sobresalto pasado, no estaba yo para diplomacias.

- Sucede que aunque yo sea el último peldaño en la jerarquía médica y usted el más alto en la de las enfermeras, yo soy doctora y usted enfermera: ¡Tómele la presión a la paciente!, si no lo hace la reportaré con el Director.

La dama aludida se ajustó la cofia, se acomodó su elegante prendedor en forma de linterna y se dio la vuelta olímpicamente diciendo:

* Veré si hay alguna compañera desocupada, si no tómesela usted.

Me cambié, le tomé la presión a la paciente y luego fui a la máquina de escribir y tecleé furiosamente un reporte, llevándoselo al otro compañero de guardia para que firmara como testigo, mientras le refería el incidente; el paisano se echó a reír.

* ¿El último peldaño?, ¡Ay, ni eso, ¡somos un tapete para limpiarse los pies!

A pesar del comentario firmó; lo entregué a la secretaria del Director y jamás se investigó el asunto ni recibí respuesta; uno de los residentes, que andaba en amoríos con una enfermera, me dio un consejo paternalista:

* No seas conflictiva, aquí no puede uno darse el lujo de enemistarse con nadie.

Hacia las doce, hora que se calma un poco el tráfico, acudimos a sesión clínica, revisión de casos o exposición de tema, los que salen de guardia prefieren permanecer de pie porque sentados se duermen apenas se apaga la luz; a los nuevos pre internos nos extrañaba que pudieran hacerlo así: rodeados de gente y con ruidos; pronto nos acostumbramos a dormir acostados en el piso, en una camilla sin colchoneta, con luz y… hasta de pie.

A las dos, si todo está “bajo control”, hay que irse a comer y estar preparados a las tres para dar informes a los familiares, recabar algunos datos clínicos que quedaron incompletos, pronósticos, tratamientos, pedir autorización para ciertas maniobras o estudios especiales; cuando algún pariente se pone áspero y reclama mala praxis, negligencia o dilación hay que dar explicaciones, mantenerse ecuánime y controlar la situación sin molestar a mandos medios. La visita termina a las seis; los que velaron la noche anterior se retiran a sus domicilios para descansar….si dejan todo en orden; los que se quedan de guardia reciben salutaciones cómo los gladiadores en la arena: “Salve: que la guardia te sea leve” y ellos contestan en el mismo tono: “Ave César: *morituri salutant est*. Con suerte se puede tomar un respiro para ir a cenar a las ocho. Los que vigilan un trabajo de parto encargan a la paciente con otro compañero “Te apuras ¿eh?”. Tras doce horas de estar metido en Quirófano o en la toco (área de atención de partos), la simple tonada de una canción de moda en el radio portátil de las cocineras, o atisbar un tatuaje bajo el overol de un camillero nos recuerda que existe otro mundo paralelo.

Por la noche y hasta las siete de la mañana, los pre internos asignados según el servicio, tenemos que bajar a Urgencias para hacer notas de ingreso. La noche transcurre atendiendo partos, suturando heridas, ayudando en apendicectomías, embarazos extrauterinos rotos, vesículas estalladas, hidratando niños o extrayendo cuerpos extraños del oído, narinas, recto; en medio de una de esas guardias en que la enfermera habla cada hora, el cerebro se conecta con un piloto automático que tiene la capacidad de poder despabilarse en dos segundos y recordar que la niña de la cama tres es alérgica a la penicilina, que la hemoglobina de la recién parida es de ocho, que hay que guardar la orina de 24 horas de la cama 19 y que seis y media hay que pasar a Quirófanos al quemado; recitándolo y volviéndose a dormir. Si ningún enfermo grave muere, si ninguna parturienta da “el camazo”, si se puede suturar a un ebrio descalabrado sin que nos vomite encima, decimos que la guardia fue tranquila.

Se sacrifica el baño por dormir treinta minutos más y se baja al Piso o a Quirófanos para reiniciar el ciclo disimulando las greñas con el gorro quirúrgico.

La alimentación, que la beca dice: *será variada suficiente en calidad y cantidad* consiste día tras día en lo mismo, el desayuno: un vaso de jugo comercial, dos rebanadas de queso de puerco o galantina, un café con leche tibio con natas dudosas sobrenadando, una torta de agua y un plátano; después de una noche tormentosa saben a gloria. Poco a poco se va generando una tolerancia del cuerpo llevado a su límite: nada hace daño. Comparamos récords: más horas de pie sin dormir, sin comer; quien recibió más regaños, quien hizo más ingresos.

Un residente de Traumatología llamado Baldomero decía con su tono norteño:

* ¡No hombre!, cuando veo a doña Tere bonita (la elevadorista decana), me doy cuenta que llevo muchos días encerrado.

Este proceso tan duro nos convierte en médicos eficaces o se renuncia: tres compañeros desertaron en el primer mes, otro en el cuarto, al pasar a Cirugía. Las minucias como bañarse, alimentarse y mantener un pequeño sentido del decoro, son las últimas de nuestras prioridades: ser lacayo de internos y residentes no deja mucho espacio para la autoestima. Empero, tal vez el presenciar sangre, pus, llagas, y muerte diariamente nos hace vulnerables. Varias parejas que duraron muchos años juntos se originaron en el Hospital.

A mi desde el principio me atrajo la obstetricia, cuando se lo comenté a mis compañeros de grupo los tres la denostaron: “Es muy sangrona”. Uno de los jefes de servicio lo corroboró al darnos una clase: “Los enemigos del obstetra siguen siendo los mismos de la antigüedad: las infecciones, las eclampsias, pero sobre todo las hemorragias”.

Conocí a mi esposo en medio de la sangre.

IX

*Una tecnología avanzada es indistinguible de la magia*

**Arthur C. Clarke**

28-VII-2022

Acude a su cita de control cardiológico para retiro de sutura subdérmica y reajuste de dosis para bajar la presión. El doctor Corona tiene una Unidad Cardiológica que abarca medio piso en un moderno edificio de especialidades médicas.

Acostada en la mesa de exploración llega un técnico a conectarle unos cables en el brazo izquierdo. Clarisa reconoce a quien le puso las calcomanías en sala de operaciones.

* Oiga, ¿la colchoneta de transmisiones no es necesaria aquí?
* No – el joven no pierde el ritmo- es parte del equipo de la Dra. Juárez.
* ¿Cómo?
* Sí, ella considera a sus pacientes. Dice que los quirófanos están fríos, los sueros y el instrumental también y que a veces tiene que revertir hipotermias. Es la que usa ese colchoncito.

Tal declaración reafirma la alta opinión que tiene de su anestesióloga. Enérgica y decidida pero humana.

El doctor Corona y el técnico la conectan a una especie de radar y escrutan los registros de su marcapaso. Es una minicomputadora que almacena su funcionamiento en una memoria. En la pantalla aparecen cifras, trazos, relampagueos, de repente el Dr. exclama:

* ¡Ahí! ¡Detenlo!

Imprime las cifras y le enseña:

* Graduamos el alternador a 60. Aquí le iba a dar un síncope, el marcapaso lo detectó y tomó el mando.
* ¿Cuándo fue eso? Porque yo no he sentido nada.
* A ver…hace tres días.

Hubiera seguido esperando en Terapia Intensiva: se estremece de sólo pensarlo. Seguramente hubiera pedido su alta y …su maestro de literatura dice que el “Hubiera” es la conjugación de un tiempo “Pluscuam pendejo”. Está aquí, tiene su caballero medieval defensor “Lancelot du Lac” como lo bautizó Eloísa. Ahora él combatirá por ella.

Alegremente dice:

* Entonces ya probó que sirve ¿no?
* De eso no había ninguna duda, es el más moderno y efectivo.
* ¿Cuándo hay que cambiarle la pila?
* En 25 años.
* Bien, seguirá emitiendo señales desde mi urna… ¿puedo tomar café?
* ¿Café?, sí, por supuesto: descafeinado. La cafeína acelera el corazón.

Sus dos médicos han descalificado su única adicción. Seguro que la Dra. Juárez también. Desilusionada, enfoca su atención al discurso técnico.

* No puede nadar.
* ¿Ni tomar un baño de tina?
* Eso, sin problema. No es sumergirse en el agua lo que le afecta, sino bracear. Tampoco puede viajar en mínimo 90 días: sería someterse al riesgo de un accidente, y aún no encarnan los cables que van al corazón.

No tomar café, no nadar, no viajar… ¿le negarán también la emoción de las presentaciones?

* ¿Después de tres meses podré trasladarme en auto?
* Sí, solamente deberán tener cuidado con los baches: un movimiento brusco puede descolocar el aparato. También evite pasar entre las antenas repetidoras que por lo general se encuentran en lo más alto -colinas, cerros- de cualquier ciudad: pueden alterar su programa personal. Si se trata de viajar en avión, más adelante le indicaré el momento oportuno.
* No pienso volar más.
* Llegará el momento en que podrá y querrá hacerlo. Cuando suceda, advierta al personal que trae usted un marcapaso porque puede confundir los comandos de la aeronave. En la caja viene el número de serie y hay que sacarle una copia y plastificarla. Debe traerla siempre consigo para mostrarla ante cualquier sistema de radar.

Clara Isabel asiente.

* He bajado de peso, ¿debo seguir con dieta?
* Yo le aconsejo que de por vida procure una alimentación sana: verduras y frutas en abundancia; azúcar, sal, carne, grasas y carbohidratos lo menos posible. La veo bien, manténgase así.

Como para reafirmar su opinión, llama a una guapa chica que es la fisioterapeuta del equipo y le ordena:

* Mídala y pésela.

Clarisa se contempla en el espejo de cuerpo entero que tiene el consultorio en el área de Rehabilitación; la joven dictamina:

* 52 kilos. Para su edad y estatura es el peso ideal.

Ella no contesta. Observa que hay que achicar su traje sastre cuando menos una talla. Sí: perdió grasa del vientre y de glúteos, pero más que nada masa muscular. La piel del rostro está apresada en una fina redecilla de arrugas que rodean sus ojos y mejillas como trazadas por tinta invisible: a la menor gesticulación se vuelven perceptibles. El contorno de la mandíbula y el cuello han perdido por nocaut ante la ley de la gravedad. Sus antebrazos, muslos, la espalda y el resto de su cuerpo están igual: todo lo que antes brillaba se ve marchito, lo que podía caerse se cayó. Sólo el indomable mechón de su coronilla se mantiene tercamente levantado. No se enfrentaría a ese despiadado espejo sin ropa.

Hace años que dejó de fijarse en su apariencia. Al inicio de la primavera le volvió a importar. Fue la primera ocasión en que él la vio desnuda.

*Nunca el ser humano está tan indefenso como cuando se enamora*

**Segismundo Freud**

En junio de 69 yo era AIR (Alumno de Internado Rotatorio), asignada al servicio de Medicina Interna y encargada de un ala. En la cama 7 estaba un chamaco de 14 años proveniente de Cuetzalan, con diagnóstico de “Anemia de IV grado secundaria a Uncinariasis”. La uncinaria es un parásito que se introduce por las plantas de los pies en el organismo humano y literalmente chupa la sangre. Es una enfermedad endémica de esa región de la Sierra Norte y los casos de anemia, junto a todos los males de la pobreza se dan ahí cómo en maceta.

Este chico en especial tenía 5 gramos de hemoglobina; esta proteína captura el oxígeno y lo distribuye en el cuerpo; la cifra normal es de 14. No podía ni caminar por la fatiga, sin embargo, acostado en ángulo de 45 grados no se sofocaba. Lo manteníamos así para administrarle paquetes globulares y un tratamiento con hierro dextrano para que se repusiera con lentitud: si se le aventaba toda la sangre que le hacía falta en una sola transfusión corría el peligro de una descompensación cardiaca.

Ese día de la semana tocaba tomarle análisis de control, y un maestro llegó con sus alumnos para practicar el interrogatorio clínico. Justo en ese momento aparecí para tomarle la muestra y lo hice ante la mirada de todos. Me retiraba ya con mi tubito que parecía agua de Jamaica, cuando el maestro Fernando Osorio me dijo:

* La felicito porque no se puso nerviosa ante nosotros y sólo le dio un piquete.

Él fue el gastroenterólogo que había operado a mi madre cuando su enfermedad y sé que lo dijo por animarme, recordando el día aciago en que lo fui a buscar en medio de una cena del día del médico por el certificado de defunción. Mi futuro esposo formaba parte de su cortejo de alumnos.

Nunca fui de las que pierden el tiempo arreglándose y menos estando en el hospital y de guardia. Creo que Miguel Ángel en lo que menos se fijó fue en mi cara porque tiempo después me confesó:

* La primera vez que te vi, inclinada sobre ese chavo muy seria y a él muy cooperador ofreciéndote su brazo para que lo picaras, me dije: “Pues cómo no va a estar feliz con una doctorcita tan rebuena”.

El caso es que averiguó mi nombre y después cada vez que podía, se dejaba caer en el servicio que yo estuviera y saludaba para hacerse notar. Era muy atractivo: alto, delgado, facciones finas; su tezlisa muy sonrosada lo hacía parecer casi un adolescente y su voz pueril reforzaba esa impresión. Practicaba el beisbol y aquellas ligas juveniles le habían dotado de gracia en la actitud y fluidez en los movimientos. Siempre andaba impecable con filipinas bordadas con sus iniciales; llegaba en carro propio y exudaba confianza en sí mismo. Todos estos puntos a su favor los noté después. La verdad es que yo, entre las vicisitudes de un periodo tan comprometido y mi novio con el que llevaba tres años y estaba haciendo planes para casarnos, ni lo notaba. Tiempo después me reclamó:

* Yo saludaba y todos contestaban menos tú, me hacías sentir como el licenciado Vidriera.

El momento de conocerlo llegó cinco meses después: entraron los nuevos pre internos y él fue parte de ese grupo. Yo estaba en sexto piso en la penumbra, platicando con el residente de gíneco obstetricia acerca de mi inminente partida al servicio social en marzo, cuando se acercó él y le espetó sin siquiera saludar: - Oye, ahí está una paciente con un aborto incompleto, hay que hacerle un legrado. - Hazle su nota de ingreso y luego la valoro. - Pues la verdad no está como para preguntarle de que murieron sus abuelitos; tiene la presión en 90/60 y la hemoglobina de 8, está sangrando mucho – señaló sus botas quirúrgicas manchadas de sangre- le puse un suero fisiológico y la pasé a legrado. Aquí está la solicitud de sala: fírmala. - Después. Avísale al anestesista que ahorita voy. Me apresuré a despedirme de Gonzalo Toruño: una hemorragia siempre es una urgencia. Pero él residente se volvió sonriente a mí - Tomémonos un minuto más. Este AIR me cae bien por abusado, pero tengo que hacerle sentir la jerarquía. Si dejo que me maneje me va a ganar las jugadas. Exactamente. Por principio me ganó a mí. Nunca más fue el licenciado Vidriera.

¿Cómo nos hicimos novios en dos semanas, dejé a mi prometido plantado y acepté a un perfecto desconocido?, ¿Cómo hizo él para conquistarme en medio de la vorágine del preinternado? misterio insondable. El caso es que -para sorpresa de mis compañeros que siempre me vieron como novia de Germán, para consternación de mis amigas que lo consideraban un excelente partido y para mi propia conmoción que consideré a los hombres cómo iguales, en esta relación hubo emociones reveladoras de que somos distintos y entre más diferentes la atracción es mayor.

Los queremos decididos, resolutivos, protectores, con autoridad, proveedores, organizadores, buenos amantes, todo lo cual traduce altos niveles de testosterona. Nos disgusta la otra cara de la moneda: celosos, posesivos, autoritarios, invasivos, egoístas, narcisistas, enemigos de los quehaceres domésticos y el sentimentalismo. Germán decía: “Confío totalmente en ti”, Miguel Ángel una vez me dijo: “Te mataré si me engañas” y jugándome todo por el todo lo acepté. Nada hay más seductor que un auténtico macho.

Nos casamos en un “civilazo” un 19 de diciembre porque el 20 cerraban los juzgados, y yo me iba al servicio social. Nuestros testigos fueron dos secretarios del registro civil y al terminar nuestra luna de miel fue de una noche porque entraba de guardia larga el fin de semana.

Yo me regresé al departamentito donde vivía desde la muerte de mamá con mi hermana Nelva, y adonde llegaba a hacer sus paradas-guardia mi tía Carlota. Papá -mediante sus contactos con la cúpula del poder en Pemex, me había gestionado el Servicio Social por parte de esta Institución en un lugar remoto. Don Heberto decidió poner a Nelva en una pensión cercana durante el pre internado y así seguiríamos funcionando en el siguiente año. No le dije nada a nadie y empecé ese mismo día a tomar anticonceptivos.

**X**

*El dolor que no habla gime en el corazón hasta que lo rompe.*

**William Shakespeare**

Esa primera noche duerme de un tirón seis horas seguidas: ¡qué bendición!

Los siguientes días están pautados por una pequeña victoria cotidiana: se levanta con ayuda, la bañan sentada, hace ejercicios respiratorios, musculares y de meditación espiritual.

El dolor es tolerable en sitios quirúrgicos, toma líquidos a discreción, medicamentos con horario. Al final de la semana puede bañarse sola. Casi olvida las indicaciones de no alzar el brazo izquierdo y se lo recuerda un tironcito cada vez que se enjabona la cabeza, intenta peinarse, o toma el celular para interlocuciones indispensables.

Sus demás horas transcurren plácidas mientras contempla desde su ventana el perfil arbóreo renovado por lluvias primerizas. ¡Lo extrañó tanto!*:* ahí permanecen las copas de cinco frondosos árboles y cuatro afilados cipreses que se balancean como péndulos en las ráfagas de noviembre, los robles se recortan sobre el azul del cielo en un perfil nítido; sus copas ondulan perfectamente alineadas. A veces una rama rebelde demitifica su peinado perfecto; las aves anidan, trinan, se balancean y brincan en sus ramas y buscan la más delgada; cuando esta se dobla, se lanzan al aire cantando a toda voz. Al ocaso el sol se tamiza entre sus hojas dotándolas de un halo amarillo, ambarino, naranja, rojizo, en tonos nunca iguales. Cuando llueve, el temblor de sus hojas precede al martilleo pluvial. En diciembre los folios se vuelven amarillentos, escasean y se desprenden, para recobrar su población y tono clorofílico en marzo.

Lo más promisorio es la luna nueva, surge directamente frente a ella recordándole la renovación de la vida. Su filo de cimitarra se trenza en combate con las hojas lanceoladas contra el telón azul medianoche. Rememora un verso de Omar Khayam: “El cielo es el jardín de Alá” … ¿ella tendrá tiempo de cultivar su propio jardín?

Cuando por tomografía encontraron quince metástasis en el cerebro de su esposo, sólo esa vegetación ejerció un efecto sedante sobre su desesperación. Diez minutos de contemplación le infundieron fortaleza para comunicarles la fatídica noticia a sus hijos.

Ahora con siete kilos menos y privada de energía, debe tratar de ser la fuerte de antes. No, será mejor, ya no la matriarca sacrificada, sino aquella que captó el mensaje de que vivir no es suficiente, hay que ser feliz.

Su mano derecha palpa el redondel metálico subdérmico que tiene al lado izquierdo, parece el mollejón de ferrocarrilero que tenía la abuela en su recámara: no es un marcapaso cualquiera, éste ostenta el nombre de *Lancelot du Lac:*  fiel servidor que mantiene la casa habitable y funcional, en espera del amo viajero. ¡Qué bien que la ciencia le otorgó un relevo en su labor!; tal vez tuvo que replicarse para aguantar la doble tarea de velar por su dueña y además, amar. Los dedos descienden para percibir el choque de la punta del corazón…

20 de diciembre 1964

*Se percibe cierta tensión en el ambiente por parte de los grupos de quinto año. Son unos 120 (de los 360 originales, y se acomodan en las bancas semilunares del anfiteatro, mientras los últimos tienen que permanecer de pie: escucharán unas palabras de despedida del Dr. Barrios, director de la Facultad de Medicina, dando por terminado el período lectivo de cinco años. La próxima semana entregan las boletas finales.*

*Un alumno retrasado forza a la primera fila a apretujarse para que él se siente. Después de la parranda de anoche apenas puede estar parado. Recuerda que su primer día de clases empezó en ese mismo sitio con la cátedra de Anatomía a las siete de la mañana (madrugada para él) de hace seis años, y que reprobó la materia. El hecho de haber ingresado a la carrera tardíamente (tenía 20 cuando la mayoría de sus compañeros frisaba en los 18 años), y perder uno lo situó como “fósil”. Pero logró regularizarse y egresa en este periodo, aunque de la generación saliente conoce a muy pocos.*

*Espera una arenga tipo: “Vayan y demuestren donde quiera que son dignos hijos de su alma mater” y abur. Pero el director también es titular de la cátedra de Cardiología, y cómo excelente médico militar y maestro, famoso por sus exposiciones, decide –en lugar de un discurso politizado- darles una última clase.*

*Con su voz de general inicia su exposición:*

*“En memoria del insigne médico que transformó el arte de la cardiología en una verdadera ciencia, hoy hablaremos de William Harvey, quien en 1628, en su opus magna La circulación de la sangre, fue el primero en describir el choque de la punta; muestra perfecta de que un médico utilizando solamente sus sentidos: vista, tacto, oído, puede darnos datos determinantes de la presencia, frecuencia, ritmo y fuerza del latido cardiaco: podemos percibir entre nuestros dedos dicho latido sin tener a mano un estetoscopio. Es igualmente importante situarlo para puncionar la víscera cardiaca en casos extremos que seguramente verán en el ejercicio de la profesión. Así que fíjense bien: normalmente en el adulto, el choque de la punta se encuentra en el quinto espacio intercostal izquierdo, cuarto en el niño, y sexto en el anciano sobre una extensión reducida, que abarca aproximadamente la yema de un dedo, y que no es mayor de 2-3 cm de diámetro… “*

*“Para ejemplificarlo mejor, vamos a hacer una fila de cinco entre los compañeros varones y otras cinco doctoras percibirán este fenómeno físico… señaló a los primeros cinco que estaban sentado en la fila de enfrente: quítense la ropa de la cintura para arriba y cualquier cosa que estorbe la exploración del tórax.*

*Gabriel - al ver al maestro avanzar hacia él- se quita presuroso su playera, filipina, cadena y las entrega a una compañera que parece adolescente, quien las guarda en una mochila.*

*Siguiendo las instrucciones del maestro la jovencita le explora el hemitórax izquierdo. Bajo sus dedos la tetilla y la areola se erizan. La muchacha – aunque concentrada en obtener los signos clínicos- le dice consideradamente:*

* *¿Tengo las manos demasiado frías?*
* *No, supongo que es un reflejo.*

*La joven prosigue las maniobras suaves pero eficientes. Mientras apoya su dedo justo sobre el choque de la punta, le da al maestro la frecuencia y ritmo cardiaco. El maestro traza con su pluma fuente una X sobre el tórax de Gabriel para mostrar el sitio de punción con adrenalina en caso de paro cardiaco.*

*- Las dos pruebas supremas que el médico tiene que pasar alguna vez son: la punción cardiaca y la incisión de la tráquea en caso de obstrucción por cuerpo extraño. Hay que estar preparado para esas dos eventualidades…*

*Extrae de su bolsillo una jeringa de 5 centímetros, cargada y un mini bisturí con su funda y se los muestra a todos, al tiempo que dice con voz conspiratoria:*

* *Bienvenidos al ruedo colegas.*

…ella se resistía. Recuerda aquella conversación telefónica personal que tuvo con Félix:

* No puedo querer a nadie. Ni siquiera me he dado el lujo de tener un gato porque sé que voy a sufrir cuando se enferme, o desaparezca o muera: no aguantaré otra pérdida.

Su respuesta fue pronta:

* Seré tu gatito mi amor y te duraré toda la vida.

Sin embargo, no fue sincera. Lo que no puede soportar es otra traición. Recuerda cuando su esposo tuvo una larga relación con una amante que trabajaba en su misma área laboral: todos estaban enterados y la compadecían, incluso sus propios hijos que oscilaban de los 17 a los siete años. El comentario general fue: “Creímos que lo sabías, no es posible que no te hubieras dado cuenta”.

Él siempre lo negó y ella terminaba por confiar de nuevo. Hasta que alguien (probablemente el revelador de las fotos a cuya esposa atendía), le hizo llegar unas fotografías. No supo que le dolió más: si la prueba irrefutable de su relación, o el rostro radiante de felicidad de su esposo abrazando a aquella joven. Aunque en Medicina la divisa es: “Saber siempre donde está uno parado”, el desengaño la derrumbó: tuvo una crisis que estuvo a punto de acabar con su salud mental.

Luego enfrentó un mundo hostil: no sólo en casa con discusiones diarias, sino también en la telaraña de poderes que él había entretejido a nivel sindical, administrativo y de incondicionales que lo rodeaban: todos le reportaban sus movimientos, conversaciones y hasta secretos bancarios.

Con mentalidad típicamente masculina, él buscaba reconciliación a través del sexo, mientras ella lloraba en medio de esos actos sintiéndose degradada y miserable, puesto que el otro poderoso aliado de su marido vivía en su propio pecho: se acostaba odiando lo que amaba y se despertaba amando lo que odiaba. La falta de recursos e influencias fue un buen pretexto para no marcharse ni renunciar a su puesto: no podía irse sin sus niños: ni siquiera el auto estaba a su nombre. Tuvo que seguir adelante como lo hizo al morir su madre: ahora no era una hermana a quien tenía que cuidar, sino tres hijos pequeños. Perdió la capacidad de condolerse ni siquiera de ella misma.

Fue mejor así. Si en esos momentos críticos se hubiera ido, su corazón se habría quedado con él. Pero la convivencia cotidiana desvaneció el amor: se volvió discapacitada para sufrir y también para amar. Tal vez desde esa época su miocardio empezó a agrietarse; tal vez, a semejanza de su dueña, se había vuelto refractario a señales muy evidentes como autodefensa. El desamor tuvo el poder de fragmentarlo en pedazos tan menudos que su reconstrucción fue superficial: apenas un débil pegamento. Bastó el impacto de una mirada, la resonancia de una voz para que ese viejo corazón estallara.

Palpa de nuevo a su caballero de metálica armadura mientras lee la carta de aquella extraña tan cercana:

*Amiga mía: ahora tu corazón late más fuerte y seguro que nunca pues ha sido reforzado, acorazado. Es una suerte de Lancelot du Lac, con su armadura de plata bruñida. Surcarás los vientos y no arreciará ninguna tempestad sin tu ánimo, capaz de las más valerosas hazañas. No serás un caballero, pero si una Dama, ecuestre o de infantería, empuñando tu pluma, dejando volar esa imaginación tuya, embelesándonos en tu andadura desde el conocimiento de causa, más apabullante por tu condición profesional.*

*Esta peregrinación por el desierto abre paso a una eterna primavera en la que Flor de México, brota renovada, bendecida …No es el final, es el cambio de ciclo vital. Te envío una bocanada de aire puro y limpio con el aroma propio de la Sierra de Guadarrama en verano*.

¿Es posible que en este corazón reconstruido tenga cabida un amor nuevo?

*El hombre nace para que después nazca un hombre mejor*

**Máximo Gorky**

Hice mi Servicio Social en una comunidad muy aislada literalmente: la isla Juana Ramírez. Los días eran largos y planos, apenas atemperados por mis libros y algunas cosas que aprendí de la fauna y flora que me rodeaba. A veces me sentía como Robinson Crusoe. Dejé de tomar “la píldora”. y mi esposo me hizo una visita sorpresa en septiembre: por Dios que la aprecié mucho porque tuvo que hacer parte del trayecto en hidroplano, él que no había volado ni navegado y nunca quiso aprender a nadar, se echó esas dos nuevas experiencias juntas.

Regresé con tres meses de embarazo. En 1971 me dediqué a hacer mi tesis y titularme. Mi hijo nació el 25 de junio de ese año y yo presenté mi examen profesional en agosto. No hubo oportunidad de celebrar nada porque en casa me esperaba mi bebé para su tetada de las 9 pm., mi marido estaba de guardia. La gorda -cómo me llamó siempre- tuvo que esperarse al siguiente día para notificarle haber aprobado por unanimidad. El güero -como lo llamaba yo- sólo asintió y se echó a dormir. No teníamos teléfono.

En 1972 ingresé al internado rotatorio de post grado al hospital Universitario. Se ha quitado ese paso oficial, aunque creo que era muy útil pues dota de una visión panorámica de la Medicina con un criterio más amplio. Me decidí finalmente por la gineco obstetricia e inicié mi residencia en el mismo nosocomio en marzo de 1973. Sin embargo, al cuerpo de becarios (internos de pre, post grado y residentes) nos impactó el artero asesinato de nuestro jefe de Enseñanza el Dr. Tello, estando en su oficina en pleno día. Muchos de nuestros maestros más renombrados (entre ellos varios jefes de Servicio) renunciaron y quedó como interino el Dr. Moisés Bautista. Ante una asamblea general yo decliné seguir en el Hospital Universitario y aunque la competencia para hacerse especialista no es la desaforada carrera de hoy, sí me consideré afortunada porque me aceptaron para Gineco Obstetricia en el IMSS, al que ingresé el 1º de marzo de 1974. No me importaba perder un año si a cambio iba a recibir una alta calidad de Enseñanza, no estaba sujeto a las politiquerías del Consejo Estudiantil Universitario, y -principalmente- por mi seguridad. Tenía una familia en que pensar: mi hijo, mi esposo, mi hermana Nelva y mi tía Carlota.

Me tocó un domicilio itinerante histórico: El Portalillo, una construcción colonial a un lado del teatro Principal, y frente a la Capilla de Dolores. Utilizado sucesivamente cómo escuela, seminario y oficinas públicas. El IMSS lo habilitó cómo hospital de concentración de Gíneco. El modernísimo nosocomio de San Alejandro se construía a marchas forzadas, pero el atestado hospital de especialidades San José, explotó antes.

Proporcionar en el Portalillo atención adecuada significaba jaque perpetuo. Carecía de elevadores, los camilleros subían y bajaban incesantemente en parihuelas a embarazadas cuyo peso oscilaba entre 60 y 120 kilos. Fue en una época de austeridad energética y la luz eléctrica fallaba con frecuencia. Los becarios nos turnábamos para dormir tres horas en su azotea con un techo improvisado. En la primera guardia me despertó una disputa gatuna, suscitada por las placentas depositadas en el contenedor para incinerarlas al otro día. Temblorosa, me acosté junto a otra interna en la litera superior.

Una noche caótica en que hubo 32 partos y tres Cesáreas de urgencia, tuvimos que alinear a las pacientes de dos en dos en las camillas. Cuando les pasamos visita matutina a la pregunta: “¿Está usted sangrando mucho? La paciente respondió: “Pues ya no sé si estos coágulos son míos o de la señora de a lado”.

El Dr. Rangel tratante de la mañana, llegó y organizó una peregrinación: le dio a cada puérpera una cobija y las mandó formar en fila india; a las pacientes les faltaban manos para cerrarse la bata, cubrirse con el cobertor y sujetar la toalla sanitaria, mientras bajaban las escaleras a las estancias de Puerperio cómo chiquillos de kínder: cada una con la mano en el hombro de la precedente.

En uno de tantos “apagones” la enfermera circulante trajo una vela para suturar a la paciente, anestesiada de la cintura para abajo con un bloqueo peridural: en su afán de proporcionarme iluminación y yo abismada en reparar el corte vaginal, no nos dimos cuenta de que la llama quemaba el muslo de la joven madre hasta que se incendiaron los campos obstétricos; la señora permanecía insensible. Tuvimos que trasladarla de sala de Expulsión a la Unidad de Quemados.

En aquella atmósfera de carencias el personal médico y paramédico se crecía al castigo. La calidad de atención junto a nuestras actividades académicas, eran citadas cómo ejemplo por el Dr. Edgar Arvea. director general de enseñanza.

La palabra Ginecología proviene del griego y significa Tratado de enfermedades de la mujer; la Obstetricia estudia sus órganos en la etapa de gestación y significa: “El que va adelante”, manera simbólica de declarar que el feto biológica y literalmente goza de más privilegios que la madre en su condición prenatal.

El gíneco-obstetra es un médico capacitado especialmente para atender al sexo femenino: una mezcla de médico general, cirujano, internista, sexólogo, psicólogo y hasta terapeuta matrimonial. Las etapas pre y post menopáusicas –tan tormentosas que dan origen a crisis existenciales y de salud- son manejadas diestramente por él sabiendo a que experto y en qué momento derivarlas. De la pubertad a la senectud la mujer debe contar con un ginecólogo de confianza.

Los demás especialistas suelen ser despectivos con esta rama, acusándola de “raquítica”, pero para mí que rehúyen su carácter dramático. Cuando hay sangre, hay sangre en serio; cuando va mal, los decesos son fulminantes; cuando muere un bebé siempre se enfrenta un litigio; cuando muere una madre -aún y cuando todo mundo está consciente de que un embarazo y parto tienen factores imponderables- el médico es satanizado. No es casualidad que las primas de seguros contra demandas médicas sean más caras para los ginecólogos: su riesgo es doble.

La especialidad estaba en plena transformación asimilando conceptos de ultrasonido, fisiología uterina, sufrimiento fetal y descubrimientos bioquímicos del binomio feto-materno. Los avances en cáncer de seno y técnicas de soporte para problemas de vías urinarias multiplicaron las indicaciones quirúrgicas. Aún no se consideraba a una mujer un cirujano capaz de tomar decisiones rápidas ni resolver problemas sobre la marcha; apenas se estaba aceptando en un ejercicio teórico, y era amenazador tenerla hombro con hombro dentro de un territorio eminentemente masculino cómo quirófanos.

Esto último fue lo que me inclinó por la especialidad (lo reflexioné después): el único lugar donde todos los hombres ejecutan órdenes femeninas sin ninguna discusión.

La mujer es el núcleo alrededor del cual se cohesiona una familia, las XX de su código genético la dotan biológicamente para la supervivencia: es más resistente, más tolerante al dolor, más adaptable y –aunque parezca contrapeso de la balanza- más compleja psicológicamente. Pero eso mismo hace su trato con el médico enriquecedor y gratificante, una madre nunca olvida el nombre del doctor que le ayudó a traer su hijo al mundo.

Pasando los tres periodos anuales que contemplaba el programa, sería especialista a buena edad para ejercer. Muchos compañeros míos ya se habían repartido en las principales ciudades del país. Juntos consumaríamos el sueño de todo médico: revertir las cifras de morbilidad y mortalidad, a través del cuidado de la salud de los mexicanos.

Mas el arranque no fue con buenos auspicios: el 1º. de marzo de 1974 en la primera guardia en Admisión el cascarrabias del Dr. González Cuesta, al conocer a la única integrante femenina de los ocho nuevos residentes de primero, dijo:

* Una vieja, ¡usted!: ¿tiene complejo de vieja?

Azorada pregunté:

- ¿Cuál…cuál es el complejo de vieja?

- Chillonas, huevonas y ¡pendejas!

Naturalmente me puse a llorar.

En septiembre de 1975, nos trasladamos a San Alejandro. Yo, durante el año y medio previo, y pese a todas las amenazas del Dpto. de Enseñanza, llevaba dos eventos obstétricos: un embarazo ectópico roto y un parto normal.

Llegar a San Alejandro fue en verdad hospitalario: era acogedor, bello, funcional, moderno. Una amplia rampa conectaba directamente a las gestantes con Recepción de Urgencias, ésta a su vez se comunicaba a Labor: veinte cubículos para trabajo de parto con camas móviles, un aislado para eclámpticas (gestantes que convulsionan con el embarazo o el parto). Al igual que Recuperación, Terapia Intensiva, Laboratorio, Rayos X y Quirófanos, estaban equipados con los últimos adelantos. Se tenía acceso inmediato a todos los departamentos por un pasillo interno, se crearon nuevas plazas de enfermería y médicas, de manera que todos estaban dispuestos para entrar en acción inmediatamente: ¡nunca más esperar que se desocupara una sala para poder hacer una cesárea!

Los ocho pisos, (cada uno con dos alas de 20 camas) estaban encristalados de manera que la luz solar purificaba diariamente a las pacientes: Terapia Intermedia y Neonatología, Ginecología, Puerperio quirúrgico, Puerperio fisiológico, Patología de la gestación, Embarazo de Alto riesgo; el séptimo piso alojaba Planificación Familiar y el módulo de Cirugía ambulatoria (se hacían seis ligaduras tubarias y dos vasectomías diariamente). No había que derivar recién nacidos con problemas a San José: ahí funcionaba un pequeño equipo de pediatras y residentes que manejaban los cuneros. En consulta externa, recepción y salas de espera de la planta baja había cestas de mimbre con auténticas plantas de hojas perennes y alrededor pequeñas áreas verdes que bastaba mirar para sentirse relajados.

Y el octavo piso era el Paraíso: ahí se situaban los dormitorios reservados a los residentes. Las camas eran mullidas, cubiertas con sábanas blancas cómo nubes y con un interfono a la cabecera, los residentes poseíamos lockers y en las cuatro duchas fluía agua caliente y vapor a raudales para borrar rastros de cansancio, hambre, desveladas, regaños y olor a loquios. Disponíamos de áreas privadas para poner notas en máquinas de escribir nuevas, a las once de la noche pasaba un carrito con lonches para los que no habían podido ir a cenar. Había amplios divanes en que podían darse una cabezadita de media hora. Comparado con el atestado San José o el proletario Portalillo, San Alejandro era un palacio.

Y congruente con el recinto, el cuerpo médico bajo cuya tutela desarrollaríamos las destrezas clínicas y quirúrgicas que acreditaban la especialidad pertenecían a la realeza: el Dr. Arellano Director General, profesor maravilloso y una autoridad en fisiología uterina (se había formado con el investigador Caldeyro Barcia en Montevideo Uruguay); el Dr. Juan Alonso Pérez jefe de Ginecología cuyo hablar parsimonioso se contradecía con sus habilísimas manos; el Dr. Jaime Chargoy as de la cirugía vaginal que podía extirpar un útero en 35 minutos, el Dr. Celestino Beristáin quien “en lugar de dedos posee sonar”; el Dr. Roberto Rivera de Urgencias cuyo tacto podía diagnosticar un cordón umbilical antes de romperse las membranas, el Dr. Tapia que reunía todas estas cualidades y era fraterno con los becarios... junto a tales astros alfa había una constelación de estrellas en cada turno y servicio; todos experimentados médicos o jóvenes provenientes de la Gineco I cuyas enseñanzas y desempeño formaban criterios.

Ahí se destacó el buen quehacer profesional de dos ginecólogas extraordinarias: las Dras. Ma. Dolores Huerta y Raquel de Anda Cisneros. Seguidora de su escuela (y con la gran fortuna de ser amiga mía), estaba la Dra. Haydeé Bonilla. El ambiente no lo propiciaba, pero aquel *team* femenil destacaba en el reinado patriarcal con poderosos individualismos.

Tenía ya la manía de coleccionar aforismos, refranes, sentencias y frases célebres, desde los hipocráticos: *Primun non nocere* “Lo primero: no dañar”, “Quitar el dolor es obra divina”, “no hay enfermedades, sino enfermos” y cuando podía- apuntaba los cazados al vuelo entre maestros y compañeros, enfermeras y resto del personal. El subtexto de tales perlas literarias a veces revelaba más de las personas o situaciones que las biografías o tratados de historia.

Ahora el agresivo Dr. González Cuesta era mi mentor. Una vez me dijo supervisando unos fórceps:

* Doctora: en lugar de jalea lubricante póngales mayonesa, porque se necesitan muchos huevos.

Inmediatamente después de hacer las revisiones de rutina, en lugar de decirme: “¡Bien hecho!” se burló de la expresión que yo usaba con frecuencia diciendo que el cuerpo era un edificio perfecto:

* Pues yo no hubiera puesto el parque de diversiones tan cerca del drenaje.

Disfruté a mis compañeros: un potosino, un oaxaqueño, dos veracruzanos, un toluqueño, un regiomontano y dos poblanos; médicos jóvenes, todos casados felizmente y receptivos: mentes lúcidas, cuerpos ágiles, manos hábiles, sonrisa a flor de labios y bromas intercambiadas a las tres de la mañana en una Cirugía: “tenemos que dejar de vernos así, mi esposa empieza a sospechar”. Embarcados en la misma nave con inminencia de naufragio teníamos conciencia de tripulación.

En las sesiones académicas sobresalí desde mi primera ponencia, y mis compañeros solicitaban que le diera un vistazo a sus presentaciones. Siempre ayudé de buena voluntad y no tomé de pretexto tales apoyos para no hacer mi trabajo. En el adiestramiento la teoría sólo es útil llevada a la práctica.

A pesar de que mis tres eventos obstétricos se realizaron en los tres años de residencia, nunca los XY que me rodeaban lo resintieron. Yo sonreía cada vez que el extrovertido tabasqueño Martínez, residente de 2º. año y apasionado del futbol, gritaba con entonación de Ángel Fernández cuando lo relevaba en las guardias: “Y entra por la pelota Licha Flores: ¡coraje y pundonor en el centro delanteroooooo!”. Al amainar la tempestad, a veces terminabas acostada en una camilla con tu compañero de guardia: juntos roncábamos sonoramente con el piyama quirúrgico y el cubre bocas cómo antifaz.

Transcurrieron dos años. En una ocasión un residente me dijo:

* Cuando llegas a pedirles la autorización de Cirugía consuelas a las pacientes: “Ya no sufra señora, lo vamos a solucionar”, ¿por qué siempre dices eso?

- Pues si no es para evitar el sufrimiento, ¿para qué estamos?

**XI**

*¡Qué de sombras finge el miedo!*

**Lope de Vega**

Clara Isabel asiste la siguiente semana acude al gastroenterólogo para retirar puntos. Le hace las preguntas que apuntó cuidadosamente.

* Doctor, y ahora que me exploró por dentro, dígame que es lo que tengo en el páncreas.

El doctor Ordóñez esboza una sonrisa.

* El páncreas está adosado a la columna dorsal, es como un platanito lleno de verrugas. En el momentáneo vistazo que le di parecía una cicatriz. Seguramente tuvo otra inflamación similar que después se retrajo.
* Sí, hace dos años me pegó un dolor tan fuerte que me desmayé. Pero volví luego y no me volvió a dar. Dijeron que fue una alergia a algún alimento o especias.

Le expresa que de la dieta a base de vegetales, carnes blancas sin condimentos y bebidas no carbonatadas, lo único que extraña es el café…¿puede tomar un poco?, el especialista la mira parpadeando.

* Una taza y descafeinado. Después de un mes podrá comer del menú diario, claro que en porciones pequeñas y anotando lo que no tolere. Ud. misma podrá diferenciar lo que si puede comer de lo que le hace daño.
* Dentro de un mes es mi cumpleaños, ¿para esas fechas puedo brindar con alguna bebida?
* Sí, claro, pero no más de dos copas de vino, dos cervezas o dos caballitos, de preferencia wiski.
* Tengo un miedo enorme de que vuelva a dolerme. De hecho, el primer día que tomé leche, aunque deslactosada y descremada sentí un como cólico en el epigastrio y me espanté.
* No tema. La bilis se deposita en la vesícula para tenerla disponible, pero en realidad la produce el hígado. Los pacientes describen ese malestar que sólo es una fijación psicológica, cómo otros dicen sentir dolor en el miembro amputado. Es el subconsciente quien extraña su órgano porque se cree incompleto.
* Qué raro subconsciente -contesta Clarisa - extrañar algo que dolió tanto…
* Y que dio tanto trabajo ubicar y quitar. Aquí está el resultado de anatomía patológica y es normal: nada de tumor maligno o la otra patología en que pensamos…

De un golpe retrocede a las dos semanas anteriores cuando exigió su alta voluntaria del primer hospital… ¿De verdad han pasado sólo veinte días?

Luego de ver a un cardiólogo para volver su tensión arterial a límites normales, buscó un internista que le aclarara la causa de su pancreatitis.

La Dra. Mariana Juárez fue un verdadero hallazgo y una fortuna que aceptara atenderla. Mujer decidida, enérgica y honesta. Desde el principio le hizo una historia clínica completa, y le explicó:

* Usted solo tiene diez días de su cuadro de pancreatitis, aún no ha salido de él. Si le tomaron estudios internada en el Hospital, no tiene caso que se los vuelva a ordenar. Mejor es conseguir esos resultados y a su luz hacer más claro el origen de su problema.
* Perdón Dra.: salí de mala manera de ahí, dudo mucho que me presten los estudios.
* Entre los derechos del paciente está esclarecido que, en cualquier hospital institucional o privado, puede pedir los resultados de Laboratorio o Gabinete y tienen que proporcionárselos. Dígale a su hijo que los solicite a la dirección del Hospital con un oficio. Para su caso es básico hacer un diagnóstico de presunción. Ud. misma dice que la radióloga se veía muy preparada y fue minuciosa, ¡necesito esos resultados!

Bajo tan perentoria admonición, hizo lo necesario. Ante su sorpresa Daniel regresó en seis horas con los resultados de su internamiento. Quien sabe a qué medios persuasivos recurrió, no quiso averiguarlo. Hizo otra cita con la Dra. Juárez.

Al llegar a su consultorio la estaba esperando con un médico joven a quien presentó como el cirujano gastroenterólogo, Dr. Ordóñez. Por esas redes profesionales que existen en todos los gremios, el doctor conocía a la radióloga y esta le permitió ver sus estudios originales en el hospital de su Institución.

* El doctor y yo revisamos las placas y el video. Sucede que -ya lo había reportado la radióloga- el páncreas está inflamado efectivamente, pero hay otra imagen que no debía estar ahí. No sabemos que es ¿Cómo se siente?
* Me siento recuperada: el dolor, la ictericia y la coluria no se han vuelto a presentar. ¿Qué sugiere hacer?
* Tomarle una tomografía más precisa. Va a ingerir medio de contraste y además se lo vamos a poner endovenoso. Veremos por todos lados ese páncreas para ver qué pasa. Y también le haremos un ultrasonido de vesícula: la causa de pancreatitis en un 70% son cálculos en este reservorio. Yo creo que estaba usted tan inflamada que no pudieron enfocarla debidamente. Y unos análisis de funcionamiento hepático y del riñón.
* Lo que Ud. diga doctora, estoy dispuesta a lo que sea.

Así se hicieron las citas, se tomaron los estudios, y dos días después estaban revisándolos en el consultorio, ante la presencia del gastro. El talante de ambos no indicaba nada prometedor.

* El ultrasonido confirma presencia de micro cálculos que ocasionaron el cuadro de pancreatitis aguda, leve, puesto que se repuso en menos de una semana…pero seré sincera: la imagen extraña vuelve a aparecer ahí, es algo indefinible y desconocido para nosotros. Usted tiene antecedentes heredo familiares muy intensos y ….

No es habitual que la Dra. titubee.

* Dígame la verdad: ¿están pensando en un tumor?

Interviene el Dr. Ordóñez.

* No parece tumor doctora. Pero no podemos arriesgarnos a quitarle la vesícula sin definir qué pasa con su páncreas.
* ¿Qué sugieren?
* Que se haga marcadores tumorales específicos de cáncer de páncreas y vías biliares.

*La memoria es el espejo donde vemos a los ausentes*

**Joseph Jouber**t

Cuando llegué a estudiar a Puebla, visité la casa de un compañero, quien tenía su sala decorada con artesanía popular de diversas partes de la república. Lo que más me llamó la atención fue una especie de cunita armada con carrizo y tejidas con mecate, similar a los remos que usan los pescadores de Janitzio que parecen alas de mariposa. Su papá me explicó que venían del tianguis de Cuetzalan, un pueblito en la Sierra Norte de Puebla que por su ubicación geográfica se mantenía aislado de los centros urbanos y conserva su tradicional lenguaje náhuatl, tejidos, bordados, vestimenta; además situado en unas estribaciones montañosas parecidas a los Alpes suizos e italianos.

- ¿Y qué quiere decir Cuetzalan? - pregunté.

- Tiene varios significados, pero el principal es “Voladores del Quetzal”: se dice que de ahí provienen originalmente los voladores de Papantla.

De manera que desde entonces ese nombre anduvo dando vueltas en mi imaginación. Siendo “estudihambre”, pues ni manera de hacer el viaje -que era una verdadera expedición- y menos adquirir uno de esos maravillosas bolsas-cunas que me habían fascinado. De vez en cuando veía acuarelas pinturas, grabados y fotos, todos de extranjeros.

Me fui al servicio social al norte de Veracruz, me enteré que mi amigo Ivanhoe Gamboa lo estaba efectuando en Cuetzalan y escrito un poema: “Cuetzalan o tus diez nombres”. Mi expectación aumentó.

En 1974 le tocó a mi esposo ir a la rifa de plazas para el Servicio Social y le dije impulsivamente:

-Si entre las opciones está Cuetzalan tómala: te la vas a pasar súper.

Él asintió pensando que yo conocía el lugar.

Al día siguiente volvió con el papel que lo designaba “Médico Pasante en Servicio Social asignado a la comunidad de Cuetzalan Puebla”. Lo vi dudoso.

* Oye: me dijeron que está distante 300 km y el camino es muy abrupto.
* Pero a ti te gusta manejar. Yo cada vez que pueda te iré a ver el fin de semana.

El 2 de enero agarró su vetusto Valiant Duster (ya había pasado por tres propietarios), sus libros, pertenencias y se lanzó. Yo -que estaba en primero de la residencia- lo despedí apresurada. A los tres días me llamó por teléfono al estanquillo de enfrente. Me adelanté ansiosa:

* ¿Llegaste bien? ¿Verdad que tiene paisajes preciosos?
* ¿Cuáles paisajes?, ¡maldita sea: no se veía nada! Manejé cuatro horas por unas curvas que parecían culebras. Me tocó lluvia, neblina y no funcionaba el desempañador. En la mera cumbre los camiones de abajo parecían cajas de cerillos. Ya estaba desesperándome cuando llegué. Fui al centro de salud ¡y resulta que era Zacapoaxtla! Yo les pregunté: “¡¿Cuetzalan queda más lejos?” ... “Si -me dijeron- pero sólo son 60 km.” No me aclararon que eran las curvas más empinadas y estrechas de todo el trayecto, por el retrovisor veías la cola del carro y en algunos sitios tenías que orillarte al precipicio para hacerle sitio al que venía de bajada. Y al llegar conocí todo el mugroso pueblo empujando el carro que se me descompuso al llegar.

- ¿Se descompuso el Valiant?

- Pues después de tal joda, hasta uno nuevo las hubiera dado. Un taxista me ayudó a llevarlo al taller y van a tardar semanas en entregármelo.

Hubo un silencio incómodo, hasta que balbuceé:

* Pero, pero, el lugar es muy bonito ¿verdad?
* Pinche gorda, para ti hasta los alacrancitos son bonitos. Es un pueblo dejado de la mano de Dios. Pintoresco para el turista que viene unos días, pero… ¿pasarse aquí un año? Si pudiera renunciar lo haría ahora mismo.

En fin, no parecía muy contento. Traté de animarlo:

* Mira, tengo el fin de semana libre y te iré a ver.
* ¿Con el niño?, ni se te ocurra..., vomitaría en las curvas. Además, no hay transporte directo: tienes que bajarte en Zaragoza, de ahí tomar un camión a Zacapoaxtla y luego un taxi o Combi colectivo. Tardarías todo un día.
* Ya veré, por ahí te caigo.

No contestó y colgó. Estaba molesto. Yo eufórica: “¡Por fin conoceré Cuetzalan!”

Salí de Puebla a las ocho de la mañana del sábado. Hice tres trasbordos porque una zona estaba desgajada por las lluvias. Sí, el paisaje era maravilloso, tenía ganas de romper a cantar como Julie Andrews en las montañas tirolesas.

Daban las siete de la noche cuando los escasos pasajeros que llegamos hasta el final, desembarcamos en una explanada frente a la plaza principal del pueblo. Cada uno tomó su rumbo y yo me quedé sola.

Por un momento me sentí transportada hacia el Londres del Siglo XIX, entre una neblina cerrada y llovizna, interrumpidas por charcos de luz alrededor de unas escasas farolas. El lugar estaba desierto y la temperatura debía andar por los 8 grados. Una racha de aire despejó la niebla y entreví el atrio de una iglesia. Hacia allá me dirigía para preguntar por el centro de salud, cuando entre la niebla cerrada surgió un grito:

* ¡Tomahua!, ¡Veniste!

Era mi esposo, aun con maletín y bata, que venía del consultorio. De más está decir que se puso tan contento al verme que se le olvidó regañarme por ser la factótum de su destierro.

* ¿Porqué *tomahua?*
* Quiere decir gorda en náhuatl.
* ¿Y cómo se dice flaco?
* Sabía que me la ibas a revirar: se dice *pitzahua.*

Luego me enseñó otras palabras que en esos cinco días había aprendido para sobrevivir: *Imayanaya* (tengo hambre), *Chilta molta* (quiero salsa); *Taxcal totoni* (tortillas calientes), *Amo tegui tomi* (no tengo dinero) y *Chiimismaka mehuelqui* (Pásame a tu hermana) … nos reímos mientras me cubría con su bata al verme temblando de frío.

En medio de aquella oscuridad y llovizna, me lleva al único mesón del pueblo donde pernocta: una posada llamada “Las Garzas”, que subsiste gracias a viajantes y comerciantes del café, turismo jipi europeo, uno que otro nacional y el pasante de medicina. A este último, en lo que se acomoda y aclienta le fían el primer mes.

El hostal tiene un comedorcito y tres personas diligentes para atender a los huéspedes: doña Hermelinda la cocinera, Concha que sirve las mesas y hace los cuartos y Quincho, un mozo mil usos. Después de un café con leche en taza y unos pancitos parecidos a campechanas se vuelven a reunir en mis adentros el alma con el cuerpo.

Subimos al segundo piso, donde hay seis cuartos, en el principal está instalado mi esposo y tiene una ubicación estratégica: vista completa hacia la plaza principal por medio de un enorme ventanal con balcón. (Claro que a esa hora no se ve nada). Hay dos camas y un ropero decimonónico; todo huele a humedad. El baño es comunal en el pasillo, y otro especialmente para bañarse en la planta baja: hay que avisarle a Quincho pues es el encargado de prender el calentador de leña.

* ¿Quiere bañarse patroncita?”
* ¡¿?! “Noooo gracias”).

La decoración corre a cargo de unos macetones de ciertos troncos reticulares labrados en forma de garzas, en los cuales crecen profusión de helechos cuyos ojos vegetales chorrean lágrimas (literal). Caigo sobre la cama dispuesta a descansar y esta se “hamaquea” de tan vencidos que tiene los resortes; rápidamente me levanto.

* ¡Los cobertores están mojados!
* No, es la humedad.

Me platica que el pasante anterior al entregarle el centro de salud con el informe anual, le informó que el sostén de la comunidad era la agricultura, de la cual la más rendidora era el café, pero había terratenientes acaparadores que utilizaban solamente la mano de obra barata.

* Existen todas las enfermedades de la pobreza: cirrosis, desnutrición, anemia, tuberculosis, parasitosis, debido a que los nativos acostumbran a andar descalzos. Dada la altitud sobre el nivel del mar y lo escabroso de la región, es asombroso que individuos anémicos cómo aquel chiquillo de la cama 7 donde te conocí, suben y bajan estos cerros cargando su mercancía. Hay mucho que hacer.

Por el tono me doy cuenta que ha recobrado el entusiasmo y que está impaciente por empezar…

* ¡Qué bien! – dije- y me quedé dormida.

Al otro día desperté a las 6 de la mañana por un pregón que salía de una bocina sujeta en la esquina de nuestra ventana:

* ¡Levántense pecadores a escuchar la palabra de Dios!

Luego los estruendos de una campana.

* Es el padre Aurelio. Así llama a misa.

Al acabar el perifoneo se oye como un abejeo amortiguado, que a pesar de ser totalmente ajeno a mi oído tiene inflexiones musicales que me estremecen. Salgo al ventanal y veo la explanada toda alfombrada con petates: inditos con vestimenta propia del lugar ofrecen variados productos.

* Hoy domingo bajan muchos de los cerros aledaños por ser día de mercado.

Las mujeres lucen un huipil blanco exornado en el escote con bordados y listones, un quesquémil de hilo fino, casi transparente, falda negra de telar con su refajo. Una que otra porta *matzahualt* (adorno de la cabeza que usan las jóvenes célibes): un tocado barroquesco de estambre e hilo que se entreteje con el pelo, en una espiral ascendente cómo de 30 cm de alto, realzado en las sienes y la cúspide con un pañuelo bordado. Paradójicamente esas reinas indígenas van descalzas. Los hombres con sombrero de paja, camisa y pantalón de manta de jareta y huaraches ralos. En este suelo pedregoso y frío que exuda restos de lluvia, caminan sin ningún apuro.

Pululan cestas de jonote en todos tamaños y para diversos usos: transportan bebés, mercancía, mandado, frutas y flores (eso me sorprende: los cerros son auténticos vergeles y sin embargo se venden o por medio de trueques se intercambian ramilletes florales). Flota un aroma sui generis mezcla de vainilla, café, nardos, frutas, pinole, piloncillo, tierra mojada y estiércol de caballo. No hay rastros de niebla ni lluvia: cómo un palio principesco nos cubre un cielo azul Tiépolo. La atmósfera parece no solo lavada, sino pulida por los rayos solares.

Yo he estado en otros Pueblos Mágicos como Papantla, Zacatlán, San Miguel de Allende, Tepoztlán y Jerez de Salinas por nombrar algunos. Son bellísimos también, pero no creo demeritarlos al decir que la magia de Cuetzalan viene directamente hacia uno– cual lo dice el poema de Ivanhoe- “Cómo un pájaro de plumaje bordado a clavarse en el pecho muy adentro”.

Mi esposo reanuda la información del día anterior.

* El 80% de la población aún habla náhuatl y el 75% permanece analfabeta, por eso no hay mucha afluencia a la iglesia ni al centro de salud. El único medico establecido acá es el Dr. Morante, quien llegó igual al pueblo hace unos 25 años, y se casó con la chica más bonita del pueblo, heredera de grandes plantíos de cafetales. Construyó una casa señorial con su consultorio y farmacia -me señala un edificio de tres pisos al costado derecho de la iglesia, pulcramente pintado de blanco con vivos rojos- es un hombre humano y amigable que siempre apoya al pasante. Aquí los verdaderos enemigos son la falta de caminos, la pobreza, el hambre, la ignorancia y los curanderos.

Interrumpo su perorata.

- De veras? A mí me parece un paraíso.

- Ay gorda, vamos a desayunar.

XII

*Las palabras más dulces en cualquier idioma no son “Te amo” sino “Es benigno”*

**Stephen King**

Clarisa siente que los 160,000 kilómetros de sus redes arterio - venosas se contraen al percibir el iceberg en que se ha convertido su torrente sanguíneo; Daniel también se pone lívido. En todos los lances pasados ella no ha llorado. De hecho, después de derramar lágrimas a mares por la muerte de su madre, su padre y su esposo (los tres por problemas oncológicos) decidió que había llorado suficiente para toda una vida. Ahora querría poder derretir esa isla gélida en su corazón, pero las lágrimas no fluyen.

* ¿Cuándo me los puedo tomar?
* Ahora mismo, entre más pronto mejor.
* De acuerdo.

Después de tomarle la muestra la secretaria dice:

* Deme su correo electrónico, le mandaremos el resultado.
* No -replica Clarisa- envíeselos a la Dra. Juárez. Sea lo que fuere, quiero oírlo de ella.

En la mesa con Daniel y sus nietas, las mira largamente y el corazón se le expande de amor: ¡que hermosas, que vida tan tierna late bajo esas dermis sonrosadas y frescas!, ¿Marcará sus infancias y adolescencias viendo a la abuela secarse como a su compañera Leonor?, ¿Qué será de ellas si Clarisa falta?

Al otro día a las ocho de la mañana la despierta el timbre de su celular. Es la Dra. Juárez quien le comunica jubilosa:

* ¡Salieron negativos! ¡Está usted normal!, perdón si la desperté.
* Dra.: este el despertar más dulce que he tenido desde hace 50 años.

Después de tal conmoción, prácticamente corre a ver al Dr. Ordóñez.

* ¿Ahora si me puede operar?
* Sí, claro. Solo hay que tomarle una colangio- resonancia retrógrada. Tenemos que estar seguros de que no hay un cálculo residual en el esfínter de Oddi.

¿¡Otro estudio!?... pero ya no protesta. El expide la orden mientras Clara Isabel observa sus manos parecidas a las de un pianista: posee uñas a ras de piel, dorso flexible, dedos largos y ágiles que se mueven sin pausas ni prisas.

* Es indispensable para determinar si solo necesita la colecistectomía o si debemos canalizar el colédoco porque haya quedado una arenilla; el estudio las reportó con tamaño de dos milímetros, pero el calibre de su conducto es también muy pequeño: el equivalente a un niño de diez años.

Revive en su mente el segundo encuentro con Félix. Le habló por teléfono para informarle que la pancreatitis había remitido, pero que la semana siguiente le tomarían estudios de complemento.

* Necesito verte para tomar decisiones. Nos vemos en el mismo hotel mañana.

Escuchó su acento perplejo:

* ¿No debes estar en reposo?
* Reposo relativo. Sólo quiero que hablemos en un lugar donde no nos molesten. Le dejaré un mensaje a Daniel diciendo que voy a la iglesia para una unción de enfermos.

Se ha acostumbrado a decir mentiras pequeñas, pero ésta casi suena a herejía: tiene miedo de no volver a verlo.

Apenas cerrada la puerta tras ellos, sin correr las cortinas ni desconectar su teléfono, se lanza sobre su cuerpo con tal ímpetu que arrolla al varón con su impaciencia. Después de explotar en minutos, él la abraza con dulzura torpe y murmura a su oído.

* ¿Qué tienes que decirme?
* Nada. Te necesitaba para resistir lo que se me venga encima.

Las manos masculinas la repasan con delicadeza. Parecen calibrar su magro cuerpo, la prominencia y levedad de sus clavículas, sus costillas, sus rótulas, como si en medio de ellas hubiera una avecilla a punto de volar. Besa sus manos que ostentan moretones y venopunturas.

* Manos de niña buena que hace caligrafía de monjas.
* Tengo que regresar, por favor ayúdame…

Félix se hinca para abrocharle las sandalias, acaricia sus pies. De nuevo murmura:

* Piecitos de niño Dios que nunca caminaron mucho.
* Parece que mañana recorrerán todo lo que no conocieron.

Él alza la mirada con expresión dolorida.

* En cuanto sepas algo de tus resultados me avisas. Oraremos por ti.
* ¿Oraremos?
* Yo y la comunidad entera de Santo Domingo de Guzmán, somos la Hermandad del Santo Rosario.
* ¡Oh!, ¿y ya conoces la Capilla del Rosario?, queda aquí cerca, los guías dicen…

Su voz -que ella siempre escuchó tan animosa, tan resonante- ahora tiene un timbre deslustrado:

* Sí; “Aquí todo lo que brilla es oro”.

Al levantarse ella le acaricia el rostro.

* Que te quede bien claro: pase lo que pase me hiciste muy feliz.
* Aun no entiendo cómo. No puedo estar contigo cuando me necesitas.
* Ese fue el pacto y lo cumpliremos. Dame quince minutos para salir.

Se cubre la cabeza con una pañoleta, los ojos con gafas de sol y se ajusta el cubrebocas. No mira atrás y sale rápidamente. Si se apresura puede alcanzar el final de la misa.

Ayer le envió un mensaje:

* “Todo salió benigno. En la tarde me verá el gastro porque tal vez amerite cirugía”.

Otra vez está frente a ese joven médico que espera sus palabras atento y nervioso.

* Dr. Ordóñez: mis glándulas lacrimales deben ser más pequeñas, porque no pude llorar cuando la Dra. Juárez me dijo que todo salió negativo.
* Fue un duro trance para todos, pero indispensable por su seguridad. Le agradezco la confianza que ha puesto en mí.
* No es solo en su capacidad profesional. No cualquiera se toma la molestia de ir a un Hospital y pedirle al radiólogo que le muestre los estudios de un paciente. Habla de verdadera vocación.
* Eso lo hice por la Dra. Juárez, pero después por usted. Ha sido una paciente muy paciente….
* ….para ser doctora ¿verdad?
* No, para su edad. Ha soportado muchas cosas sin quejarse. Imagino que su motivo de vivir es el amor de sus hijos y nietos.
* SÍ doctor: amo también los libros, los viajes, los amigos. Es un amor proteiforme.
* ¿Qué es proteiforme?
* Proteo era un dios del mar, que podía cambiar de forma a voluntad y convertirse en cualquier otro ser vivo.

**FORMAS DE AMAR**

¿Me preguntas cómo te amo

En la polifonía de las formas de amar,

Puedo asegurarte que pulsé todas las notas…

Te amo con fuerza telúrica

Como el sol ilumina el mundo

Como lluvia prisionera en su ciclo hidrológico

Se condensa, cae, se evapora, se dispersa en arco iris.

Como los ríos irretornables que corren al mar

este amor es violento, antinatural

surgió al atropellarme tu mirada.

Te amo también de manera casual, irreflexiva

Pude no conocerte nunca

ignorar por completo que existías

mi corazón te vería pasar y guardaría el secreto para no mortificarme

igual que mariposa monarca sin fuerzas para emprender el vuelo de origen.

Mas te amo como dogma de fe

Como destino ancestral, inevitable profecía

estaba escrito que te amara

tú estabas, tú existías en mi desde hace siglos

en algún polvo estelar de mis memorias.

vocación de mar que muere en la playa

mansa persistencia de abeja que lleva néctar al panal

camino selvático exornado de colosales piedras

como sacerdote que da la extremaunción.

¿Ahora preguntas cuanto te amo? No lo sé

Es inconmensurable, inabarcable, indefinible, indescriptible, inenarrable

un amor medible no es amor.

*La lluvia cae como algo que se deshoja*

**Amado Nervo**

Miguel Ángel pronto se adaptó a la comunidad cuetzalteca. Aprendió a hablar un náhuatl eficaz para comunicarse con sus enfermos. En “Las Garzas” Concha y Quincho le entretenían a los pacientes para que pudiera comer en paz. Una comisión del consejo de ancianos le pidieron que fuera el acompañante oficial de la reina del café. Con el único que no hizo amistad fue con el padre Aurelio, tras cortarle los cables de su bocina porque lo despertaba muy temprano.

Cuetzalan siempre ejerció su fascinación sobre mí. Sus casonas tipo colonial mexicano, con su cimbra de vigas y tejados rojos de dos aguas. Sus calles empedradas y resbaladizas por la humedad o la llovizna. El perfil de la iglesia de los jarritos entrevista en medio de la neblina atrás del cementerio. Su olor a pan recién horneado por las tardes. Su abejeo en sus tianguis. El sabor del café con tlacoyos de alverjón … el año del Servicio Social de Miguel Ángel se fue muy rápido.

Recuerdo nuestras discusiones de cada quince días por teléfono (había una cabina en el pueblo), alegábamos porque yo quería irlo a ver a Cuetzalan (“¡Aún no me has llevado a Yohualichan!”), y él quería venir a Puebla. Por fin pactamos una y una.

Una de sus incondicionales era la asistente del centro de salud llamada Ninfa, la cual no hacía honor a su nombre porque medía como 1.70, morena, de facciones indígenas recias y una musculatura en brazos y piernas que envidiaría Ana Guevara. Para llegar a su Centro de Salud, mi marido subía diariamente una empinada callejuela de un kilómetro, cargando su maletín y el stock de medicamentos que Salubridad le surtía bajo su responsabilidad. Viéndolo Ninfa llegar jadeante y sudoroso, empezó a ir por él a “Las Garzas” para librarlo de su impedimenta. Alguna vez comenté que su autosuficiencia masculina iba a quedar lesionada viendo a la susodicha dama subir cargada de cajas y material de curación con ligereza y él sudando atrás de ella. Me contestó muy sonriente:

* No me carga a mí porque no me dejo.

Pero su gran amigo era un taxista apodado Loncho. Con frecuencia había que trasladar pacientes a Zacapoaxtla, donde había hospital para casos urgentes de cirugía. Loncho -que regularmente amanecía crudo - le dijo un día a mi esposo:

* Mira, la verdad estoy muy cansado, pero si quieres llevarlo te doy el taxi.

Miguel Ángel se había quejado de las curvas de Cuetzalan y terminó chafireteando esas rutas. Al principio sólo por urgencias, pero cómo siempre le gustó manejar, ya no lo hacía sólo con los enfermos, sino también con algunos que les urgía la “dejada”. Llegó a establecer un récord de ida y vuelta a Zacapoaxtla de una hora y media, de noche, con lluvia y niebla. Yo repetía que iba a enviudar en uno de esos lances, pero me replicaba:

* Es un buen ingreso. A veces me pagan más por la dejada que por la consulta.

Procuraba evitar hacer traslados el fin de semana. Pero una vez, próximos a Cuetzalan, nos rebasó raudo y veloz (supongo que para estar a tiempo de recibirnos). Yo ni me fijé, pero mi hijo mayor -en ese tiempo tenía tres años- me dijo muy orgulloso:

* Papi no es doctor, es chofer.

Sin duda le parecía una profesión más prestigiosa.

Lo bueno que sacamos de su nueva destreza, fue que se aprendió los sitios turísticos: las cascadas, las ruinas de Yohualichan, la explanada de Tlatlauquitepec (decían que bajaban Ovnis); la poza “Pata de perro” …

* La bauticé así en tu honor- me dijo burlándose de mi afán por conocerlo todo.

Un fin de semana que bajé tarde a desayunar, me encontré con una novedad: estaba de visita la dueña del mesón que vivía en Teziutlán: Estelita. Era una anciana muy arregladita, con voz zalamera y ojos de lince. Estaba en una mesa especial, pero me instó a sentarme con ella. Después de las presentaciones y preguntas de rigor (cuanto tiempo de casados teníamos, cuantos hijos etc.), me dijo a boca de jarro:

* ¿De verdad es usted la esposa del Dr. Miguel Ángel? Porque hace poco vino una señora que dijo que también lo era. Se quedó a pasar la noche en su cuarto.

Cuando me recuperé de mi estupefacción le pregunté:

* ¿Y cuándo fue eso?
* Pues tiene cómo quince días, ¿verdad Concha?

La pobre chica enrojeció, inclinó la cabeza y se fue sin contestar nada. Yo subí al cuarto, hice mi maleta y bajé para alcanzar el autobús que salía a las diez de la mañana.

El camión recogía pasaje por el camino. Llevaríamos unos 10 km recorridos cuando el chofer frenó bruscamente: era mi marido en el taxi de Loncho y con él de copiloto, que le hacía de señas al chofer que se parara. El camino no tenía acotamiento, y el chofer siguió. Pero en una curva muy cerrada lo rebasó y se atravesó literalmente en el camino. Subió y me ordenó tajante:

* ¡Bájate!, te voy a explicar todo.

Había pocos pasajeros que nos miraban hieráticos.

* ¿Cómo me vas a explicar que te vino a visitar una ex y se quedó a dormir?
* No era una ex, sino mi prima Pilar que me trajo una carta de mamá. Necesitaba ayuda porque está enferma, se le hizo tarde, y para que no pagara cuarto, se quedó a dormir en el mío.
* ¡Ah sí?,¿Y a ti como te caería que en estas mismas circunstancias te dijera: “vino mi primo a visitarme y como se le hizo tarde se quedó a dormir conmigo”?

Se me quedó mirando con unos ojotes como si él fuera el ofendido y exclamó:

* ¡Te mato!

Lo bueno que muchos pasajeros no hablaban español.

* ¿Ya viste? ¡Que te lo crea tu abuela!

Al verme decidida cambió a una actitud conciliatoria:

* Gorda: bájate. Vamos a “Las Garzas” y te enseño la carta.

En medio de la discusión el camión empezó a rechinar y a irse para atrás en la empinada cuesta. El chofer me suplicó:

* Señora por favor bájese, nos podemos ir al barranco.
* ¡Que no me bajo! Ya pagué mi boleto.

Loncho- quien seguramente fue el del pitazo- salió del taxi para decir muy alarmado:

* Hay que despejar el camino, viene subiendo un camión. Doctora, después lo arreglan, va usted a provocar un accidente.
* ¿Yo? -le rezongué al traidor- pues mueva usted su carro y de paso llévese a su amigo.

El güero ya no dijo nada, juntó sus manos en ademán de súplica, tomó mi maletita y de la mano me hizo bajar. No me jaloneé, sino que me apeé muy digna.

La carta existía: la suegra decía que le enviaba a la prima Pilar “para que la revisara porque tenía un cálculo en la vesícula y a ver si él la recomendaba para que la operaran en Zacapoaxtla porque andaba escasa de recursos etc., etc”.

Años después él contaba su versión a nuestros hijos.

* ¿Pueden creer que su madre es bien terca?, después que le comprobé que estaba equivocada, siguió enojada conmigo. Me tuve que cambiar de cuarto porque no quiso dormir en el mismo donde yo “no le di su lugar”.

¡Ah, los arrebatos de la juventud!

El Dr. Morante y mi marido se hicieron amigos. Todas las tardes jugaban dominó en el mostrador de su farmacia.

Una vez llegó un aborigen solicitando consulta.

-Espérame que estoy ocupado.

- No es contigo, quiero a *ixtli cualtzin.*

El Dr. Morante se echó a reír.

* ¡Ay, ya te pusieron apodo!: te dicen “cara bonita”

Ciertamente, él era muy bien parecido.

Los sábados que estaba allí los Morante nos invitaban a cenar. Al lado del edificio principal (que fue una beneficiadora de café y años después lo hicieron Presidencia Municipal), se ascendían cuatro escalones de la explanada mayor y *voilá,* estábamos con ellos. La mansión tipo colonial mexicano estaba decorada con muebles, tejidos y lanas de la región. Su sala y comedor ostentaban ruedas de carreta que hacían las veces de candelabros de techo y los pisos recubiertos de duelas de palisandro.

Los varones se quedaban en la sala fumando y hablando de los enfermos del pueblo. Su esposa Emma y yo nos subíamos al tercer piso. Ella era una mujer de unos 50 años (20 menos que el doctor); muy culta. Le gustaban la historia, la literatura, las artes y los viajes de modo que teníamos plática.

Su biblioteca era original. Se entraba a una especie de gran chimenea redonda con escalera de caracol, alrededor de la misma había estantes en espiral repletos de libros de todos los géneros. Uno podía subir y revisarlos, echando mano de algún ejemplar que le interesara. La parte inferior de esa chimenea era subterránea y redonda: una cava llena de botellas de vino.

Salíamos a una terraza en el tercer piso, donde había una especie de invernadero: ahí pintaba miniaturas y cultivaba orquídeas. Tomábamos café disfrutando del panorama.

* Mire doctora -me dijo señalando hacia el oriente - pasando esa serranía se llega directamente a Papantla. El origen de los voladores aún se disputa con este pueblo, pero creo que ellos tienen razón, porque aquí nunca he visto un quetzal.

Emita era viajera contumaz y habían visitado (hablamos de 1974, antes de aquellos tours masivos), todas las capitales europeas, hasta Rusia, el Oriente y las islas del Mediterráneo. Tenía pequeños recuerdos de cada viaje. En ese recóndito lugar a 1,500 metros arriba del nivel del mar y rodeado de montañas, yo conversaba con una ciudadana del mundo.

* Al principio -me confió- me era difícil convencer a Manuel de viajar, pero ahora cada año me pregunta: “¿Y ahora adonde nos toca ir?”

La generosa dama me regaló un libro llamado “África Virgen”: un tesoro. Me animó a hacer una acuarela de una postal de Cuetzalan y conservo ambas. Conservé también a mi segundo hijo, después de tener un embarazo ectópico, pues en ese año me embaracé dos veces.

Un sábado en la acostumbrada cena, al enterarse que era el cumpleaños de mi esposo, el Dr. Morante nos invitó a celebrar con un brindis.

* Yo soy alérgico al alcohol -dijo mi marido (en realidad era abstemio)- pero la gorda brindará por mí.

Yo me disculpé.

* Perdón, no sé la manera adecuada de hacerlo.

Entonces Emmita se propuso enseñarme algo “que toda anfitriona debía saber”: fue a su cava y escogió los licores apropiados para los platillos.

Finalmente, quien dijo el brindis espumoso fue el doctor con una sonrisita cómplice: “*Ixtli Cualtzin*: recuerda que primero hay que darle champaña a la dama, y luego le das lo que quieras”. Después le tocó al aperitivo regional Yolixpa: un licor hecho con hierbas aromáticas de la región que sabe a anís. Ya en la mesa tomamos un caldo de perdices con epazote y “hongos de lluvia” acompañados de un Chablis frío; la pieza de resistencia fue un filete miñón con puré de alverjones, regado con un vino tinto de Tesalónica (me supo a sangría rancia); después el café con copitas de Oporto, éste si estaba dulce y rico. Ya empezaba a ver doble.

Emita nos describía la ruta de viñedos en el Mediterráneo cuando al Dr. Morante se le ocurrió:

- ¡Vamos a abrir el coñac Napoleón que tenemos guardado!

La señora dudó unos instantes:

* ¿No va a ser para nuestras bodas de plata?
* Una copita, para que la doctora no se empache. Sirve para la digestión

Dije que no, pero es posible que con lo mareada que estaba le haya dado al revés a la cabeza, el caso es que el Dr. ascendió triunfante con la botella y tres “copitas”. Doña Emma procedió a la instrucción:

* Se vierte el coñac hasta la cintura de la copa….
* ¿Cuál cintura, si parece embarazada?
* Bueno, justamente a la mitad, lo mira a contraluz para disfrutar su color dorado, lo mueve para que despliegue sus aromas y vea en el vidrio de la copa líneas que dan fe de su densidad; lo calienta con ambas manos un minuto y luego se toma a pequeños tragos: ¡salud!

El Dr. Morante se saltó el ceremonial e ingirió dos tandas seguidas. Sin duda siguió al mismo ritmo, porque al terminar mi ración, la valiosa botella estaba vacía y yo ya no sentía los labios.

Cuando regresamos a la posada, mi esposo tuvo que subirme cargando las escaleras. Vomité y vomité en los macetones de las garzas porque no alcanzaba a llegar al baño del pasillo. Esa noche Emmita y Miguel Ángel estuvieron a punto de pasar al status jurídico de cónyuges supérstites…un cumpleaños inolvidable.

Hace unos cinco años volví a ir a Cuetzalan. La casa de Emmita es ahora un hotel; Las Garzas también se amplió y hasta cuenta con servicios de wi-fi, pero los macetones con helechos siguen ahí y creo que son los mismos. Ellos no se murieron.

XIII

*Quien pierde la fe, ya no puede perder más*

**Pubilio Siro**

17-VI-2022

Su primera acción al llegar es poner el rosario restaurado en la imagen que conserva en su recámara. En realidad, es un pequeño altar de muertos porque la flanquean imágenes de las personas queridas que ha dejado en el camino. En el 2020 hubo tantas despedidas que no queda sitio, sólo existen en un álbum memorioso.

Clarisa tenía 19 años cuando faltó su madre. Trata de no pensar en que si a esa edad para ella significó un shock ¿Cómo lo habrá vivido Alba, su hermana menor? Ella siguió en la Facultad, cumpliendo sus asignaturas cómo si no hubiese pasado nada. No había otro camino: se había convertido en mamá sustituta. Su hermana hizo lo mismo, pero sólo ellas saben que nunca superaron su orfandad. Las heridas físicas cicatrizan, hasta se pueden mostrar como medallas de guerra, pero las emocionales son invisibles y ahí quedan: ¿Puede borrarlas el amor?

Se tiende en su cama con dificultad, no tiene lado sano: del derecho le molestan las incisiones de la colecistectomía; del izquierdo la recientísima herida quirúrgica trasmite un dolor urente, a más de exhibir un moretón inmenso (parece que no se puso adecuadamente el cojincito); de la espalda la lumbalgia; de los brazos las punciones y hematomas; de las piernas tiene en el ortejo medio una laceración producida por el pellizcamiento del oxímetro digital ...sin embargo se siente libre, agradecida de haber retornado, alerta, lúcida, viva como no lo ha estado en ningún momento de su existencia.

Cuando internada, miraba a diario un mensaje que redactó antes de que invalidaran todos sus miembros; ahora, por fin lo manda al ciberespacio.

“Ya estoy en casa, ¿puedes hablarme?”.

**ORFANDAD CONJURADA**

Tú tomaste color con tu pincel

y alumbraste las penumbras de mi entorno,

con tus huellas grabaste sin retorno

nuevas caricias en mi ajada piel.

Tú llenaste de versos mi anaquel

moldeaste sabiamente mis contornos

forjándome como masa para el horno

me hiciste hermosa, juvenil y fiel.

ya no quiero escribir sobre otras vidas,

sino vivir la nuestra y sumergida

En estos versos hacerte muy longevo:

Un dique de contención, mi ceiba fuerte.

Para poder a mi lado retenerte

Y nunca ser huérfana de nuevo.

*Si crees que eres capaz de vivir sin escribir, no escribas*

**Rainer María Rilke**

Con frecuencia en las presentaciones de mis libros, el anfitrión abre el evento con la frase: “Nuestra autora empezó a escribir a los 58 años”: más que referirse a mi obra alude al ejercicio literario con el mensaje de “Se puede empezar a escribir a cualquier edad”. Interiormente pienso: “Debía completarlo con “Empezó a leer a los cinco años”: todo ese acervo se guardó en una especie de manto freático, que derramó su contenido cuando el continente estaba repleto.

En efecto: empecé a escribir casi en el sexto piso. Mi primer poemario fue una elegante edición de autor de cien ejemplares; no recuerdo cuánto costó cada libro, pero si tengo el dato que todos los regalé. Después publiqué una novela por capítulos en un periódico local.

Un programa PACMYC financió mi segundo poemario y varios ayuntamientos municipales me incluyeron en antologías. ¿Yo? Sintiéndome soñada. Hay una emoción muy particular el que veas tus ideas plasmadas en letras, parecida a la de tener un hijo. Cómo estos, uno los echa al mundo y ellos emprenden su propio viaje.

Dos años después de empezar ya había sido ampliamente publicada. Pero la vida se encargó de bajarme las ínfulas. La primera vez fue cuando vi a aquel vástago de mis entrañas en la mesita de teléfono de una prima: tenía una retahíla de recados apuntados. La segunda cuando vi otro donado en el rincón de una biblioteca escolar, con las hojas pegadas por la humedad: nadie lo había abierto.

Sin embargo, hasta que me involucré en el proceso de la génesis de un libro –de la cual escribir es solamente el 25% del trabajo y por cierto el único gozoso- abordé en serio revisión, corrección, tachar ideas, frases o rediseñar situaciones “políticamente incorrectas”. Luego de buscar recursos, trabajar con el diseñador editorial, el de la portada, el de la cuarta de forros, el prólogo, las dedicatorias, el número de páginas (“múltiplos de ocho”).; viene el verdadero viacrucis: publicación, distribución –en la que hay reales mafias entre editoriales y librerías- promoción, cerciorarse de la existencia de ejemplares que estén a la vista.

Después de todo este trabajo el autor se lleva un 10% de las ventas del libro, el otro 90 % es para la editorial y los distribuidores (diga usted que le fue bien porque alguien creyó en su obra y encontró quien se lo financiara). En las ediciones de autor es obvio que todo lo que se invierte nunca se recupera. Si uno no tiene recibo de honorarios y le pagan con ejemplares, piensa: “al fin y al cabo no puse nada de mi bolsa” y gozosamente obsequia un libro cuando alguien compra uno. Pregúntenme cuántos ejemplares tengo de La Retratista: uno porque me aferré a él con uñas y dientes.

Escribir es consecuencia natural de leer, como sudar es consecuencia de hacer ejercicio o un embarazo es consecuencia de copular. En nuestro país, sólo una persona de cada quince lee, y estas lecturas se limitan a dos libros al año, de preferencia “best sellers”. La idea de la cruzada federal de Fomento a la lectura es hacer lectores; con ello vendrá otra generación de escritores, ¿será posible?

Laescritura es un oficio solitario. Suena paradójico que, al plasmar nuestras ideas, sentimientos, emociones y búsquedas, acortemos las distancias que nos separan, mas así es. Habitamos una la pecera a través de la cual vemos al mundo y nos reconocemos comohumanos, aunque seamos todos diferentes. Las diferencias nos unen, pues en la diversidad encontramos la unidad.

Las letras significan lo que la balsa al náufrago. La lista de escritores que se aferraron a esa tabla de salvación incluye a Marcel Proust recluido por el asma y buscando el tiempo perdido; Alexander Solzhenitsin sobreviviendo en su archipiélago Gulag; Anna Frank asomada a la ventanita de 20x20 cm, a Philip Roth desde un diván froidiano lanzando su lamento, o a Isabel Allende intentando con Paula medicinas alternativas; aunque el supremo representante de los salvados del naufragio es el caballero andante Miguel de Cervantes Saavedra quien gestó a don Quijote en una prisión musulmana.

Escribir es principalmente hablar consigo mismo. Todos reconocen como padre del ensayo Michel de Montaigne, y él escribía soliloquios. Muchos escritores escucharon en sus páginas su voz propia en boca de otros personajes. Cuando Oscar Wilde emitía por medio de lady Windermere réplicas de genial sarcasmo, dinamitó a la hipocresía burguesa en su mismo centro: se reía de sí misma.

Existen muchos autores y textos desconocidos, un sinfín de escritores anónimos que sólo pudieron salir adelante escribiendo experiencias desoladoras, cómicas, científicas, exploratorias. Los cazadores ingleses que se adentraron en el África virgen llevaban un poemario, un cuadernillo en que apuntaban diariamente sus vivencias, fusil y pólvora.

¿Cuántos exploradores regresaron a dar fe de la majestuosidad de las cataratas de la luna?, ¿Cuántas víctimas de abuso nos han narrado sus desgarradoras historias? ¿Cuántos rescatados del Holocausto volvieron para dar testimonio de los campos de concentración? Todas esas personas tienen en común que, para no enloquecer, suicidarse, sucumbir a la enfermedad, divorciarse o ir al psiquiatra, tomaron la pluma y escribieron. No fueron genios, sino simples hombres y mujeres que dialogaban consigo mismos a través de la pluma. Que deconstruyeron y reensamblaron su yo interno para dar cabida a la esperanza, o aceptar las pérdidas. Que alzaron la voz cuando todos callaban.

De manera similar a los cirujanos barberos de la época medieval que bajo la sentencia: *Ubi pio, ubi evacues* (“donde hay pus hay que evacuarla”), canalizan las miasmas pútridas de la humanidad para sanarlas, las heridas cicatrizan, las llagas se curan, se expulsan las infecciones de la sociedad y de sí mismo. La lucidez, la pasión, el tiempo que el escritor emplea en eso es energía sanadora, pues en la medida en que se reconcilia con el mundo, se cura.

Las grandes obras literarias al mismo tiempo que estéticas pueden ser críticas y por eso, los dictadores han coartado la libertad de expresión y aún llegado al extremo de quemar libros: suponen que eso incinerará también los ideales. Voltaire escribió cuando prohibieron la Enciclopedia: “Nada es más poderoso que una idea, cuando ésta llega en el momento oportuno”, y la Revolución Francesa llegó en 1789.

Yo no concibo la vida sin la escritura. Mi modo de capear las tormentas o de recrear éxtasis es escribir. Así como en Instagram nada existe sino es fotografiado, para mí lo que pasa a nuestro alrededor no sucedió si no lo escribo. Un momento trágico, una alegría sublime, un paisaje mágico, una situación cómica, todo eso sólo se integra formalmente a mis vivencias cuando llego a casa y las escribo. Es capturándolo en letras que realmente se incorporan a mi ser, las siento mías: nadie me las puede quitar. Lo atesoro y recreo cuantas veces lo necesito tanto para auto flagelarme como para gozarlo de nuevo.

Tengo amigos que leen y escriben. Consumen y producen literatura de temas convencionales, armoniosa, bien redactada; digerible e inofensiva como un jarabe edulcorado. Cuando me platican tremendas historias que me dejan boquiabierta les pregunto: “¿Por qué no escribes sobre eso?”, responden: “Porque tengo padre, suegra, esposo, hijos”. Si eso les satisface, adelante. No es que sea malo, pero como Paulo Coelho o Dan Brown, repetir la misma fórmula nos limita. Ahora más que nunca necesitamos escritores que denuncien los errores en que estamos inmersos para que sus lectores miren a su alrededor e intenten cambiar las cosas: no de esos lectores o escritores que hacen o consumen literatura chatarra porque es lo que vende aunque saben que no vale nada: se parecen al cliente de prostitutas que paga para gozar de ellas pero se siente superior a lo que le proporciona placer.

En la escritura debemos comprometernos. También compartir silencios para que el lector construya su propio universo. Decir todo en los pasajes de sexo nos hace añorar aquellas novelas victorianas, donde en tales situaciones colocaban puntos suspensivos, que el lector interpretaba en su forma personal e íntima.

Yo no hubiera podido resistir la dureza de mis peores momentos sin la opción de escribir. Los diagnósticos, las quimioterapias, el confinamiento, las filas para los tanques de oxígeno, las listas de espera en alas de COVID, las esquelas de los amigos más queridos, la zozobra familiar, las cremaciones sin plegarias, la agonía de los aislados, el cansancio de los colegas, sus muertes, la ineficacia del gobierno, la carrera contra reloj de la vacuna…todo esto que parece indescriptible, se vuelve tolerable al escribirlo, porque pueden incorporarse cosas entrañables como la solidaridad del pueblo, el sacrificio del personal de salud y añadir nuestra indignación. Puedo cambiar el nombre de mi amor secreto y proclamar que amo a ese hombre.

Carl Sagan dice que estamos hechos del choque de dos estrellas. El escribir significa chocar con nuestra realidad, pero al tratar de entenderla, cambiarla y hacer habitable nuestro mundo nos volvemos polvo estelar. Tal vez alumbremos la noche cuando otro ser humano nos lea: un solo lector vale todo este trabajo.

**SENSUALIDAD Y EROTISMO EN LITERATURA FEMENINA**

El artista es testigo y cronista de los tiempos que le tocan vivir. Recordemos que toda obra de arte es más comprensible en el contexto histórico, político, social y religioso que se enmarca.

El impulso sexual desde tiempos inmemoriales se reconoce como fuerza motriz ineludible en la literatura. Adaptado a los tiempos reinantes y a la moral religiosa, sublimizado como amor romántico, platónico, o hasta místico como lo disfrazaron los sonetos de Petrarca, los versos de Dante Alighieri, San Juan de la Cruz, de Sta. Teresa de Jesús aunque destilaban erotismo: solo hay que recordar la pasión que exuda el verso de Sor Juana: *Pues ya en líquido humor viste y tocaste, mi corazón deshecho entre tus dedos.*

Por siglos los escritores hombres mantuvieron al género femenino permanentemente húmedo: por lágrimas, menstruación o lubricación, sudor, saliva o semen.

¿Cuándo las escritoras erigieron un bastión desde la cual escribieron literatura erótica femenina (no confundir con feminista)? Pocas quienes se atrevieron a desbordar de aquellos tópicos tradicionales que fueron nuestras asignaturas: pureza, virtud, debilidad, indecisión, sufrimiento, maternidad, abnegación, conflictos emocionales. No en balde la palabra histerismo proviene del griego histeros = útero, porque ahí situaba la Medicina antigua el núcleo de los conflictos. Virginia Woolf, Silvya Platt, Doris Lessing, Rosario Castellanos, Alfonsina Storni, Anais Nin, Ninón de Lenclos, George Sand, Clarice Lispector, han recibido el calificativo de neuróticas en un juicio que tiene más que ver con factores genéticos, desencadenantes y de medio ambiente, que de la condición feminista en sí.

La sensualidad es descrita como las sensaciones percibidas del mundo exterior a través de los sentidos. Con frecuencia sensualidad y sexualidad son utilizadas como sinónimos; es comprensible dado que no hay una actividad humana que combine tan intensa y profundamente todos los sentidos cómo el acto sexual.

El erotismo, palabra que remite a Eros dios del amor, se define cómo: “Excitante del apetito sexual”. Implica que nuestros sentidos (sobre todo el visual) se orientan hacia una reacción sexual y en este punto–parafraseando a Margo Glantz- podríamos decir que una obra erótica provoca una reacción de tipo genital”. Pornografía es el carácter obsceno de obras artísticas articuladas explícita y mayoritariamente en torno de la experiencia sexual.

¿Dónde puede decirse que termina lo erótico y empieza lo pornográfico?: dicen que la línea es muy fina: yo creo que la diferencia es grande y que es fácil encontrarla: ¿nos interesan más las descripciones explícitas que lo que sucede con los personajes?... aunque se argumente que son cuestiones de gusto, cultura o reacción personal, pienso que una configuración estética hace la diferencia. Un texto bueno lo disfrutamos entero, como el cuento de “Una señorita” del Marqués de Sade. La buena pornografía se encuentra más cercana al arte que un pretencioso erotismo.

Caemos en terreno minado al revisar conceptos clericales. Ahí se alza demasiado el listón. La Iglesia sólo permite el erotismo que implica a una pareja de adultos realizando contactos sexuales sanos y naturales. Esto deja afuera la infidelidad, el homosexualismo, el voyerismo, el fetichismo etc. etc, pero para caer en lo q se llama pornografía son necesarias prohibiciones duras y estas engloban las posibilidades en la sexualidad humana que incluso se consideran ilegales: sadomasoquismo, incesto, violación, necrofilia, bestialismo, pederastía etc.

En el arte no hay fronteras. El más grande escritor de la antigüedad, Sófocles con “Edipo Rey” nos narra la más prohibida de las relaciones sexuales, la que desde el principio de los tiempos se ha censurado: la historia de un hombre que cohabita con su madre. Pero al irnos más atrás, encontramos que entre los egipcios los matrimonios solo se celebraban entre hermanos; y si retrocedemos a la época de las vacernas, será lógico concluir que el clan primitivo sobrevivió en medio de relaciones incestuosas.

Así, el espinoso tema del sexo y sus tabúes se volvió un rico filón para los escritores y lo volvieron un coto de caza eminentemente varonil. El erotismo femenino desfiló como objeto accesorio, más que como personaje. Textos como *el Decamerón* de Bocaccio, la *Justine y Julienne* del marqués de Sade y los *Cuentos de Canterbury* lo demuestran.

Si en la aureola de William Shakespeare hubiera cabida para una estrella más, pondríamos la del primer escritor que incorporó a sus personajes femeninos elementos complejos en su personalidad al par que fascinación sexual: Cleopatra, lady Hamlet, Porcia. Pero genios como el bardo de Staford-on-Avon no se dan en ramillete. Tres siglos después las grandes protagonistas transgresoras de la moralidad sexual son creaciones masculinas: Flaubert con *Madame Bovary*, DH Lawrence con *El* *amante de Lady Chaterley*, François Mauriac con *Therese Desqueiroix*, que llevan su penitencia en el pecado. La misma *Ana Karenina* en la pluma de un novelista tan cumplido cómo León Tolstoi, muere bajo las ruedas del tren, suicidándose con el estigma de su culpa.

En el Siglo XIX Sigmund Freud declara que el instinto sexual es el más poderoso de la especie humana y origen de toda conducta posterior. A pesar de sus innumerables detractores, sus ideas han permeado hasta nuestros días y no es obra de la casualidad que brillantes escritores y poetas surgieran tras sus controvertidas teorías pansexualistas, y sus plumas evolucionaron haciendo explícito lo implícito. Podemos nombrar a James Joyce, Arthur Miller, Philip Roth y Charles Bukowski. Naturalmente las escritoras europeas y norteamericanas abrevaron en esa corriente, desarrollando temas completamente fuera de los tópicos de femineidad, pureza, virtud, debilidad, indecisión, sufrimiento, maternidad, abnegación, conflictos emocionales. Nombraré a dos que abordaron el erotismo y lograron hacer anti heroínas y literatura: Erika Jong y Alice Cooper con Miedo a Volar y El color púrpura. Los críticos, autores y lectores varones no pudiendo ya ignorarlas la llamaron “Literatura Femenina” (cómo si la literatura pudiera tener género), dejando implícito su intrascendencia. Aquí podríamos apuntar una diferencia básica -según Laura Freixas- “en los textos eróticos femeninos predominan la fantasía, los símbolos, las sensaciones; y en los masculinos, los actos”.

En México las tradiciones indígenas concedieron gran importancia a la vida sexual como experiencia poética. Entre los otomíes, abundan textos narrativos que relatan encuentros sexuales, como el canto de las mujeres de Chalco: “Ven amado mío aquí traigo mis cantaritos floridos, aquí está la flor de mi vulva”.

En la Antología del Centenario, editada en 1910 la única mujer que aparece es sor Juana Inés de la Cruz. ¿Una sola escritora es reconocida por la crítica oficial?: sí, y la razón no es que las poetas siempre van a la vanguardia, sino porque con metáforas y alegorías se pueden decir cosas prohibidas sin ofender a la doble moral (Quien sino la Décima Musa podía decir en el Siglo XVIII: “¿La que peca por la paga o él que paga por pecar?”). Tras la Revolución, en las décadas posteriores del siglo XX y sobre todo la generación del Medio Siglo ha dado ya frutos. Tengo una amiga feminista y bibliófila a ultranza, cuya vasta biblioteca sólo contiene autoras mujeres: en novela, ciencia ficción, ensayo, poesía, crónica y dramaturgia, nuestras hermanas XX cubren todos los frentes con holgura

El tema erótico por fin encuentra a medio siglo a autoras como Enriqueta Ochoa (1928-), de quien la primera edición de *Las vírgenes terrestres* (1950) fue condenada desde el púlpito y Amparo Dávila. Rosario Castellanos (1925-1974), fue la primera escritora feminista importante en México, bordando la sensualidad femenina en *Lección de cocina*. Hubo un cúmulo de seguidoras que unieron simbólicamente erotismo y comida. Inés Arredondo (1928-1989) tiene *La sunamita*, un texto erótico que se ha clasificado como de los mejores cuentos en general de la literatura mexicana.

Después Esther Seligson, Margo Glantz, Sara Sefchovich, Ethel Krauze y Sara Levi Calderón son autoras que abordan temas de incesto, lesbianismo, sadomasoquismo, escenas sexuales explícitas, voyerismo. *Los viajes de mi cuerpo* de Rosa Nissan narra el sexo de mujeres maduras con hombres jóvenes: cuarentonas obesas, aventureras y burguesas en escenarios provincianos.Cecilia Urbina en *Firme compañer*a narra una historia pasional entre hermano y hermana. Josefina Estrada es pura y dura entramadora de escenarios en prisiones con personajes adúlteros, amores clandestinos, prostitutas y homosexuales: *Te seguiré buscando* es una intensa historia de amor entre lesbianas.

Adriana Díaz Enciso, Edmée Pardo y Eve Gil son escritoras contemporáneas que escriben ficción erótica con numerosos lectores de ambos sexos que siguen sus obras de gran valor literario.

La literatura erótica femenina ha debido vencer gran número de obstáculos sociales, editoriales y propiamente literarios para llegar a donde está, pero aún no ha llegado su momento: hay que ayudarla a llegar al clímax.

Cómo dice Cornelia Arnhold: *En literatura erótica las mujeres han producido hasta ahora sólo un collage inconexo, pero el futuro de la misma reside en las plumas femeninas.*

**XIV**

*Para ti sólo hay tiempo, no hay palabras, y el tiempo es infinito ahora que te amo*

**Maruja Vieira**

* ¿¡? … Bien, ¿a qué debo el gusto de su llamada?
* Sólo quería saber cómo estaba. Trabajo en una oficina de gobierno y los días se pasan sin sentir porque siempre hay algo que hacer. Pero recuerdo que usted se dedica a la escritura y me interesó su libro... ¿sabe?, mi fuerte es la oratoria y siempre es necesario ampliar el léxico.
* ¿Leyó mi libro?
* Claro, lo terminé en tres días. Me gustaron mucho las descripciones y los diálogos.

Reflexiona: “Interesado en la escritora con fines profesionales, no te ilusiones”.

* Pues para eso lo mejor es conversar con personas de diversos orígenes. Yo he construido mis diálogos escuchando pláticas en cafés, transportes públicos, en el súper; en hospitales también, desde luego.
* ¿De veras?, ¡que interesante! Me gustaría mucho oír sus experiencias. A ver qué día de estos que yo pase por Puebla, o usted venga a México aprovechamos para tomarnos un café y conversar. De paso me dedica su novela.
* La verdad lo veo bastante complicado. Como a todo provinciano el DF me da dolor de cabeza y procuro evitarlo. Y usted oigo que viaja mucho, ha de disponer de poco tiempo.
* Nada es imposible cuando uno se lo propone, Y si usted está de acuerdo…

Suena tan impreciso, tan ocasional.

* Claro. Usted me avisa.

Le invade una extraña inquietud: “Me citará cerca de la autopista en una parada para comer…si es que lo hace. Le diré que no”.

Para su sorpresa empiezan a aparecer salutaciones todos los días y noches. Luego mensajes. Ella los contesta con ciertas reservas. Si fuera joven hasta parecería un cortejo, ¿No la confundirá? Pero no, ahí está muy claramente escrito: “¿Cómo amaneció la escritora hermosa?”, ¿Quién le dice hermosa a una mujer de 70 años?, debe ser una de tantas palabras que usan como moneda corriente los políticos.

De vez en cuando la llama con algún comentario trivial. Mas la frecuencia aumenta con el correr de los días. Empieza a aguardar sus llamadas y mensajes que llegan en cualquier momento. No quiere borrar estos últimos y su historial se torna kilométrico. Él siempre tiene una salida interesante o graciosa. Sabe que su mejor carta es la voz porque suele enviarle audios con alguna cita célebre, una frase ingeniosa, un chiste. Ella contesta con fragmentos de sus artículos, textos y hasta poemas personales. Puede ser que el señor le gane en discursos, pero a escritura amena, no. Ahora confía en que la invite al café; si viene a Puebla aceptará.

Pasa un mes y tiene que hacer un viaje para visitar a su amiga Naomi quien se encuentra convaleciente. Cuando se lo comenta, él pregunta solícito:

* ¿Y en qué se va?, ¿Quién la va a acompañar?, ¿Alguno de sus hijos?
* No licenciado, yo soy muy independiente. Tomo mi autobús y cargo mi maleta con libros hasta para giras de una semana. En este caso no, porque voy a visitar a una amiga que está enfermita. No la he podido ver en toda la pandemia.
* Pues cuídese mucho y abríguese bien, ¿eh?, ya ve que las mañanas están muy frescas.

Recomendaciones para viejitas. Pues eso es ¿verdad?... parece que oye sus pensamientos.

* Yo seguiré enviándole mensajes y llamándole mientras usted me lo permita.
* Y yo contestándole mientras pueda. Con mi amiga el tiempo se nos va a hacer poco para ponernos al corriente.

Supuso que se desanimaría. Pero no, sigue marcándole hasta tres veces diarias. Cada vez que suena el teléfono y ella hace un aparte para contestar, Naomi la mira con curiosidad.

Al tercer día llama muy temprano. Su amiga y ella aún están acostadas poniéndose al día.

* ¿Cómo amaneció hoy la hermosura?

Se sofoca. Su voz resuena en el pequeño cuarto como si hubiera puesto el altavoz. Contesta automáticamente:

* Aquí, platicando con Naomi; aún no nos levantamos.
* ¡Que envidia!, ¡Cómo quisiera estar en el lugar de su amiga!
* Perdón, tengo que colgar. Después hablamos.

Naomi la lleva a comer a mediodía. Van camino al restaurante cuando le vuelve a hablar.

* ¿Qué anda haciendo la hermosura?

Contesta claro y fuerte.

* Como buena abuelita ando buscando regalos para mis nietos. Tengo seis: los dos mayores tienen 18 y 19 años respectivamente. Ellos me dicen……

Continúa en ese tenor hablando de canas, tintes, prótesis, lentes, bastones, males y medicinas durante varios minutos. Su amiga la mira con ojos de platos. Da por terminada la conversación.

* No sé aun cuando regrese. Estoy armando un taller literario aquí.

Naomi -prudente y discreta- esboza una sonrisa.

* Presiento que aún vamos a oír hablar mucho de este licenciado.

Están tomando café, cuando a las seis de la tarde vuelve a llamar. La tutea intempestivamente.

* ¿Tienes algunos minutos para que hablemos a solas?
* Sí, claro, saldré al jardín.

Recuerda claramente esa tarde de abril. La temperatura -que a medio día fue sofocante- se atempera bajo el exuberante arbusto de jazmines a cuya sombra se acoge: la fragancia que sube de la alfombra de pétalos a sus pies, literalmente marea… ¿O es su apresurada circulación? En sus oídos resuenan simultáneamente su corazón con ritmo de tambor africano y el chirrido de las cigarras: tiene que taparse una oreja para escuchar mejor. Siente su lengua torpe, con resabios de café cargado. Se toma unos segundos mirando a través del tupido follaje al poniente: el sol encaminado al ocaso tiñe el horizonte de aquel color purpúreo que sólo se ve en las togas romanas imperiales. La naturaleza y ella presienten un momento trascendental… inspira largamente y contesta:

* Dime…
* Quiero que sepas que me flechaste cuando te vi. La verdad ya no estamos como para juegos de chamacos. Quiero pasar contigo el mayor tiempo posible.
* Pero ¿estás seguro de lo que dices? ¿No tendrás una imagen equivocada de mí?, yo no soy joven, ni hermosa, ni rica…
* Siento que tú eres la mujer que esperé toda mi vida, quiero de todo contigo…a menos que no quieras tú.
* Yo también –(¡Sorpresa, sorpresa, salió muy natural!)- pero tengo unas condiciones que debes saber.
* Apúntalas, ¿estarán para la noche?, te vuelvo a llamar.
* No, te las digo –(Otra sorpresa ¿ya lo había preparado?); primero: siempre decirnos la verdad; segundo: respetar a nuestras respectivas familias para poder respetarnos nosotros y tercero: no hacer promesas ni imponer prohibiciones.

- Desde ya te digo que sí. Coincide perfectamente con lo que te iba a proponer.

- ¿Que me ibas a proponer?

- Yo trabajo en México. Ya me dijiste que tú nunca vendrías por acá.

- Correcto, es perjudicial para mi presión.

- Yo iría a Puebla. Podemos vernos allá, tal vez dos días por semana.

- Está bien, pero que no sea ni sábado ni domingo, ¿Y qué más?

- Nada más.

- ¿Seguro?

- Para empezar sí. Nos dedicaremos a pasárnosla bien.

- Siiií -dice ella entusiasmada- iremos al cine, a museos, a conciertos, presentaciones…

- Bailaremos, brindaremos, amaneceremos en bares bohemios…

- Iremos a Cuetzalan, a San Cristóbal, a Roma…

- A Roma no, ya fui.

- Pues pasaremos por la Puerta del Perdón dos veces.

Los dos ríen en el teléfono.

* ¿Entonces es un trato?
* No me presiones, déjame pensarlo…ya lo pensé ¡Siií!

Cómo le recordaría varias veces:

* Debí decir: “dame tiempo para pensarlo”, pero no: facilita como la tabla del uno.
* Estás equivocada, un solo día es valioso. Ya te dije que no estamos para perder el tiempo.

Ahora los largos diálogos no sólo son divertidos, ingeniosos, sino también románticos. El tiempo que antes ocupaba para investigar, leer y escribir lo ocupa esperándolos. Y las palabras llegan: a través de canciones, mensajes especiales, salutaciones dulcísimas: “¿Cómo está la dueña de mi corazón?”, “Te amo”, “Eres hermosa”. Clarisa cree no ameritar tales frases, pero le encanta leerlas. También cruzan información y comentarios de todo tipo. Tienen sus diferencias de opinión, debaten y concilian. Llegan al punto que el simple tono de voz, o el contexto del mensaje dan idea de sus respectivos estados de ánimo.

Un día ella comenta:

* ¿Dónde estabas en aquellos tiempos en que lo único que deseaba era que alguien me dijera: “Buenos días, ¿Cómo estás?”.
* Esperando tu llegada mi amor. Por cierto, esperé bastante.
* Hasta la gripa me contagiaste por celular. Un milenial diría: “¡Modernos estos antiguos!”. Solo nos falta hacer vida marital por aquí.
* ¡Ah! En eso soy muy anticuado mi vida.

**OYAMEL DE OTOÑO**

Fúlgida presencia que rompe el silencio

Y con gran ternura esparce palabras

túnel de mis ecos de paredes cóncavas

por el que atravieso la pétrea montaña.

Oyamel de otoño de folios desnudo,

ya no eres arbusto ni yo soy crisálida,

pero aún cubrir quiero tu ramaje oscuro,

con besos-follaje: mis trémulas alas.

En tan largo viaje mi único aliciente

es volver tu estío primavera cálida,

después que te arrope yaceré rendida,

dejando a tus plantas alfombras naranja.

Más tú no eres aire que eleva mis alas,

eres tú mis alas elevando el aire,

ni eres tú mi sangre que destila versos,

porque eres mi verso destilando sangre.

Si esta tarde miras nubarrones de oro,

y te lleva el céfiro murmullos que viajan,

abre bien tus brazos oyamel de otoño,

por fin he llegado: ¡soy yo, tu monarca!

*Soy parte de todo aquello que he encontrado en mi camino.*

**Alfred Tennyson**

*1º. de marzo de 1977*

La manecilla del segundero es la varita mágica, que, a las doce de la noche, me transforma de Cenicienta (residente de tercer año) en especialista. Me quito en el transfer el piyama quirúrgico y los zapatos reglamentarios.

Mientras me arreglo para recibir mi diploma (el director estuvo de acuerdo en esperarme) en el Casino Mexicano-Libanés a muy corta distancia, pienso en los once años que tardé en hacer ese trayecto; en las pioneras que abrieron brecha para que eso fuera posible; en los dos hijos que me esperan en casa y el que llevo dentro que tardará en llegar solo tres semanas… Aprovecho un taxi que arriba a la rampa de Urgencias, con una gestante de facies dolorosa y dos familiares afligidos que contemplan la larga fila de embarazadas que aguardan ser valoradas en Admisión. Al cruzarnos digo:

* No se preocupen: la atenderán muy bien.

Me miran intrigados: ¿Una gestante peinada, maquillada, con vestido de noche y zapatillas? Sí, esta noche será trascendente en el futuro de mis hijos.

El juramento de Hipócrates es bastante extenso y por eso lo pronunciamos los médicos en forma abreviada al recibir el título de Doctor en Medicina: “A nadie daré una droga mortal aun cuando me sea solicitada, ni daré consejo con este fin. De la misma manera, no daré a ninguna mujer supositorios destructores; mantendré mi vida y mi arte alejado de la culpa. No operaré a nadie por cálculos, dejando el camino a los que trabajan en esa práctica”. Así nos comprometemos a no practicar la eutanasia, no provocar abortos y a respetar los límites de cada especialidad. Admira que siga vigente después de 5 mil años.

De 25 años pronuncié el primer juramento. y de 29 cuando lo renové cómo especialista. Ya había vivido en tercer año de la residencia, en el San Alejandro algunas experiencias ético-morales.

Tuve un jefe de servicio en Planificación familiar, tan fanático que los días de salpingoclasias abría el vientre de la paciente y me ordenaba que yo hiciera la esterilización, bajo la premisa de que “La Iglesia prohíbe cualquier método anticonceptivo. De que me condene usted a que me condene yo…” Menos mal que las vasectomías las practicaba el urólogo, porque no hubiera podido con tanta chamba.

Para mi fortuna tuve de jefe en Ginecología al Dr. José Antonio Tapia. Cuando le pregunté si no consideraría el aborto ante ciertos factores psico-socio económicos en casos especiales, el maestro sonrió.

* Licha: claro que el aborto tiene muchas más indicaciones de las que establece la ley. Yo soy partidario de él y lo practico aquí mismo en la Institución si el caso lo amerita. Vea usted las muertes maternas por abortos clandestinos, los infanticidios, abandonos y maltratos de hijos no deseados, la sobrepoblación de generaciones sin ninguna esperanza de movilidad social. La invito a que me eche una mano en mi consultorio privado: tengo mucha clientela que luego se queda esperándome cuando hay Urgencias. Con gusto pasarán con usted si no puedo llegar yo.

Lo asistía por las tardes y en efecto: varias veces lo sustituí y conocí la otra cara de la moneda. De las cosas que me sorprendieron fue enterarme que en la sociedad poblana (con gran fama de conservadora), una de cada cinco adolescentes, hijas de familia clase media y alta, recurren al método en clínicas particulares (estoy hablando de 1977) y también que hay un alto porcentaje de parejas casadas que recurren al procedimiento.

Yo pensaba que un feto es pluripotencial: puede ser un Pasteur, un Newton, un Holbein, un Leonardo da Vinci. Proporcioné a todos los pacientes métodos de planificación familiar sin pedir consentimiento al esposo o a los padres en caso de adolescentes, pero nunca practiqué un legrado “profiláctico”.

Jorge nació el 23 de abril de 1977. Pasado el puerperio tardío y con el apoyo de mi mentor, obtuve una plaza en Ferrocarriles. Significó estar en casa a las tres de la tarde, seguro médico para los niños y un ingreso digno. Empecé a tener pacientes particulares y contemplé el siguiente paso: poner un consultorio privado por las tardes.

A mi marido le faltaba un año para terminar su residencia de medicina interna, misma que cumplía en Oaxaca capital, impartiendo la cátedra de Cardiología, por parte del Hospital Universitario: un intercambio entre ambas universidades que se identificaron con ideas socialistas. Nos veíamos menos pues venía un fin de semana de cada quince días. Yo ya no podía viajar con la soltura de antes: Oaxaca me quedaba a seis horas en autobús y era complicado moverse con tres chiquillos. Mi hermana Nelva se había casado ese año y aunque llegaba a ver a tía Carlota y a mis niños (siempre dijo:” Toño es el bebé que tú me quitaste”), tenía sus propios problemas domésticos.

En ese año que ejercí en Puebla aprendí que el diploma de especialista sólo significa un permiso oficial para verdaderamente aprender. En la clase alta poblana las mujeres sólo confiaban en los hombres. Su ginecólogo era un símbolo de *status.* No ser complaciente acarrea pacientes e ingresos modestos. El Evangelio: “El Porcentaje de partos sobre Cesáreas habla de calidad obstétrica y debe mantenerse en un 12 a 15%” se practica convencido. Mi adiestramiento me confirió suficientes recursos para manejar eventualidades y conseguir una madre y un recién nacido saludables por parto normal.

Sin embargo, en este medio se piensa que los partos son para campesinas y obreras y que una cesárea es más limpia, indolora, elegante y todo está bajo control. Escuché entre colegas que ejercían en los diversos sanatorios privados: “La paciente teme que, tras un parto, el sexo no sea satisfactorio para el esposo”, “es el día de su cumpleaños”, “Quiere estar libre para una boda”.

Alguna vez que me atreví a cuestionar tales intervenciones con mis colegas, los aludidos respondían lo mismo:

* Si me niego, encontrará otro que la opere, a lo mejor no tan preparado cómo yo.

Les hubiese creído sino fuera porque los oía pronunciar otro Evangelio cuando creían no ser escuchados: “Las de la priva: ¡por arriba!, las del trabajo: ¡por abajo!”

Con los grandes avances del siglo XX llegó el especialismo y fue ya imposible abarcar todas las ramas de la medicina. Los médicos de zonas rurales eran de la pasada generación y lo mismo atendían un parto a domicilio, que suturaban una herida, quitaban un apéndice o unas amígdalas, y se quedaban en la cabecera de sus pacientes cuando el paso a la otra vida era inminente. Llamados despectivamente “Médicos de pueblo”, cumplían una valiosa labor equivalente ahora al médico familiar en las Instituciones. Pero en la década del 70 la medicina dejó de ser un individualismo de pioneros. Un doctor especializado, sin capital para ejercer la medicina privada, precisaba de una Institución para desarrollar su labor y fortificarse.

Así que seguí la conducta de: “Salvo contraindicación absoluta, hay que dar siempre oportunidad de parto vaginal”. También rechacé a todas las pacientes que me solicitaron un aborto con argumentos religiosos, éticos, morales y hasta impactos dramáticos: un recurso infalible era mostrarle por ultrasonido la gestación (en esos tiempos el método era poco accesible, pero todas rectificaban al ver el saco gestacional). A veces pienso en como habré afectado las vidas de muchas mujeres a quienes les cerré el camino. Sólo espero que esos niños no deseados finalmente fueran amados.

El ultrasonido es un instrumento maravilloso, se ha vuelto imprescindible para la especialidad. Se diagnostica el crecimiento folicular, quistes mínimos, casi microscópicos. Hay algunos en tercera dimensión que parecen la primera foto del bebé. Pero todo ginecólogo debe interrogar, palpar, tocar, auscultar, no sólo por enseñanza sino por confortar a la gestante; los obstetras modernos ya ni siquiera hacen tactos. Añoro aquella comunión íntima que tenía con mis pacientes cuando ambas escuchábamos por primera vez el latido fetal embrionario, y esa otra cuando al nacer el niño me preguntaban ansiosas: “¿Qué fue doctora?”; ahora tales primicias le corresponden al ultrasonografista

A 50 años de distancia mi óptica ha cambiado. Celebro la despenalización del aborto. Apruebo el uso de misoprostol domiciliario en gestaciones hasta de ocho semanas bajo supervisión médica, aunque no creo que la Iglesia ratifique nunca tales métodos, su contraparte (los anticonceptivos temporales y definitivos) tendrán que autorizarlos. ¿Y la eutanasia?, ese paso final sí creo que lo dejaran siempre a la conciencia del médico.

En 1978 me inscribí en la sociedad de gineco obstetricia poblana y tomé cursos mensuales de actualización. Me apunté en *Sexología en la menopausia* por la afluencia cada vez mayor de mujeres de mediana edad que acudían a mí planteándome problemas de su vida sexual. No podía evitar el sentirme en deuda con ellas cuando reunían valor para preguntarme: “Dra: “¿Dónde está el punto G?”, (algo que jamás hacían con un colega varón); dando por sentado que cómo mujer, esposa, doctora y ginecóloga lo sabía, Mi respuesta era: “No lo sé, pero siga buscándolo con su pareja”.

Incluso fui catedrática de mi amada Facultad de medicina. Mi mejor amiga era la titular pero lidiaba con un embarazo de alto riesgo y me pidió impartir Obstetricia a alumnos de 5º. Año que dentro de poco saldrían al preinternado

A pesar de la ausencia de mi esposo fue una época feliz: por fin estaba en el camino para convertirme en una ginecóloga angelopolitana al cien.

*El tamaño sí importa*

**Anuncio en Burger´s King**

En la semana 30 de un embarazo de riesgo Haydeé me encomendó sustituirla en la escuela de Medicina a dos grupos de quinto año. Sólo faltaban tres clases para terminar el curso y el tema de esterilidad masculino correspondía a la siguiente. Accedí entusiasmada porque siempre me gustó la enseñanza y por devolver algo de lo que me regaló mi alma mater.

En la clase encuentro un grupo de 16 alumnos en el cual sólo hay cuatro mujeres. Paso lista y al decir “Miravalle Douglas Víctor Alfonso” me contesta una voz displicente en el fondo del aula:

* Presente…

Por el tono deduzco que es centroamericano: y lo es -lo supe después- dominicano; mulato, alto, bien parecido, pero con una actitud distante, cómo aquel que sólo va a operar cerebros y los problemas de las anginas del sur lo tienen sin cuidado. Ante un alumno así suelo mantenerme indiferente.

Tras las consideraciones generales paso entre los oyentes un orquidómetro (especie de rosario que usan los andrólogos para medir el tamaño del testículo) ilustrando el tema; pasa de mano en mano hasta llegar al caribeño… tras los murmullos se escuchan unas risitas que me ponen tensa: en cualquier grupo siempre hay un bufón que saca de contexto: hay que actuar directamente si no se desvirtúa la intención de la enseñanza.

* Miravalle, por favor compártanos su experiencia.
* Creo que no…sería adecuado.
* En esta aula todos los comentarios significan enseñanza, le ordeno que me repita lo que le dijo a sus compañeros.
* (Sonrisilla de suficiencia) Solamente dije que sería también muy didáctico una medida de pene adulto.
* ¿En reposo o erección?: porque los “penes adultos” -como usted dice- en reposo casi todos miden lo mismo: de 8 a 12 cms.
* Digo en erección…aunque comprendo que sería muy embarazoso traer algo así (risitas de todo el grupo).
* Pues le diré, no aumenta tanto: la medida promedio del pene del latino son 15 cms.
* ¿Tan poquito?, creo que hay una equivocación, deben ser 20, aunque claro, cada quien su marco de referencia (entusiasmado) entiendo que la raza negra posee el campeonato.
* Mi marco de referencia es bastante amplio; de hecho, abarca estadísticas peneanas a nivel mundial. Y ya que usted menciona el tema de razas les diré algo: en medidas de pene los nórdicos son los mejor dotados con un promedio de 18 cms.
* (Replica rápidamente) ¡Pues yo le aseguro que esas estadísticas están mal y.. (Calla al ver que sus compañeros lo miran cómo tomando distancia)
* ¿Y a las pruebas me remito?, Miravalle, aquí la única medida valiosa son los conocimientos. En un kínder se puede jugar a ver quién orina más lejos, pero estamos en un aula de enseñanza de las escuelas de Medicina más prestigiosas del país y usted sólo me ha demostrado su ignorancia,

Después me vuelvo al grupo en general.

* Sólo faltan dos clases para terminar el curso y tendremos examen final. Vayan preparándose porque lo haré oral para los que quieran subir su promedio. Los que lleven buena puntuación pueden elegir entre hacer una monografía de tema obstétrico o presentarse al oral.
* Maestra -dice una alumna muy decidida- yo llevo promedio de 9.4: ¿puedo subirlo a 10 con un trabajo escrito?
* No. Si quiere subir a 10 preséntese al oral.

Otro chico preguntó:

* Yo tengo seis, ¿puedo subir a 10?
* Sí: le preguntaré tres temas – ante el silencio general, me vuelvo al citado Miravalle.
* Usted -y lo recalqué- ¿Cuánto tiene de calificación?
* Ocho. Pero prefiero el trabajo escrito.
* Muy bien, le doy de una vez el tema: “Incidencia de esterilidad masculina global en los tiempos actuales” y en la bibliografía consultada quiero de menos diez autores – sin darle tiempo a réplica me despedí - nos vemos la próxima clase.

Fui a la dirección a entregar la lista cuando la secretaria me informó:

* ¿Es usted la Dra. Delfidia Alicia Flores?, tiene al teléfono alguien que le habla de …Las Choapas.

Era mi papá. Su llamada le dio un giro de 180 grados a mi vida.

*En realidad, más que casarse con el cónyuge, uno se casa con su posteridad.*

Las ocho horas de viaje que en ese tiempo se hacían de Puebla a Las Choapas me las pasé pensativa. Fui mi primer viaje exploratorio-laboral. Don Heberto Flores tuvo un lapsus paternal (u orgullo parental) y me llamó después de siete años de silencio.

* Se inauguró un hospital general en Las Choapas, el director es mi amigo. Van a abrirse dos plazas nuevas de Ginecología y Medicina Interna: vénganse para acá y obtendrán un contrato de base; prestaciones de casa, gas y luz, además que el sueldo de un especialista es mayor del que pagan en cualquier Institución.

Debo confesar que lo que más me atrajo de tal propuesta fue el saber que mi esposo y yo estaríamos juntos para criar a nuestra familia. Sólo dudaba de que un poblano tan apegado a sus tradiciones quisiera emigrar a un pueblo del trópico.

Se lo planteé a mi esposo como un proyecto familiar: irnos los dos, trabajar en la Institución, con clientela privada unos siete u ocho años (tiempo para que Toño hiciese primaria y secundaria), y cimentar un sólido patrimonio para regresar a Puebla y poner tal vez una clínica privada. Empero, recibió mi perorata con talante escéptico: la única vez que fue a Las Choapas a hablar con mi papá (no lo recibió) le oí un comentario sorteando unos profundos baches, precisamente enfrente del Palacio Municipal: “De este lugar sacaron petróleo suficiente para pavimentar las calles con oro, y mira…”. cierto; la razón es que los alcaldes salían del Sindicato local de la Sección 26. La ignorancia, aunque vaya unida a un ingreso económico regular, causa tantos estragos como la pobreza.

Mas el Hospital y la Colonia petrolera eran la otra cara de la luna. El amigo de mi papá era el Dr. Joaquín Jorge, nativo de Las Choapas, médico confiable, persona cordial con el característico dejo jarocho y administrador excelente- Me recibió gustoso, llevándome a ver el Hospital recién ampliado. Estaba muy bien equipado, las camas flamantes, los dos quirófanos provistos de los aparatos más modernos en anestesia, el instrumental reluciente, las autoclaves para esterilizar último modelo. Las enfermeras quirúrgicas muy eficientes pues la empresa las enviaba a México a hacer los adiestramientos correspondientes durante dos años. En esa era pre-Sida, en otras Instituciones las agujas, jeringas e incluso las navajas de bisturí eran recicladas hasta tres veces. En Pemex no: todo se desechaba. Fue muy confortante ver que yo podía desarrollar mis destrezas en un lugar virgen prácticamente.

En las regiones petroleras, después de la expropiación se fundaron sólidas Instituciones y hubo una gran movilidad de pueblos agricultores con 90% de población analfabeta a uno de obreros semi alfabetizados. Prosperaron también los que proporcionaban servicios a estos sectores. Lázaro Cárdenas fue un político visionario que auspició reformas en la Ley Federal de trabajo, educación, pero sobre todo en salud.

En Pemex el patrón es la paraestatal que suministra los recursos para la atención médica, es una prestación para el trabajador y este no aporta nada de su sueldo. Esto plantea otros retos. En esos tiempos el Sindicato petrolero era poderosísimo. Bajo la egida de Joaquín Hernández La Quina”, un personaje memorable que diez años después le soltó a la Prensa este mensaje arrogante al candidato oficial: “Los presidentes de México tienen que congraciarse con Pemex porque es la caja chica de Los Pinos”. Caro pagó su atrevimiento: en el primer mes que Salinas de Gortari tomo posesión, ordenó destruirlo con un comando del ejército. La STPRM nunca se ha repuesto al cien de ese golpe.

Así pues, el derecho habiente no puede gritarnos: “Están comiendo de mi salario!” cómo los compañeros del IMSS, ISSTE u otras instituciones similares escuchan. Pero existe en los trabajadores y sus familiares una tendencia a no apreciar la excelente atención profesional de que disponen, sino a perseguir concesiones que no tienen que ver nada con la salud. De eso me enteraría después.

Fui temeraria y me decidí: renuncié a mi puesto en FFCC y me mudé a Las Choapas: cuando mi esposo saliera de la especialidad (le faltaban seis meses) tendría que elegir.

Crucé el Rubicón (bueno, en realidad el río se llama Tancochapa y ya tenía puente porque de niña cruzábamos en panga), me trasladé de Puebla a mi pueblo natal con mi tía y tres chiquillos de 7 a 1 año de edad, esperaba que mi esposo nos siguiera.

No hubo tiempo para dudar, el primer día me integré a la plantilla del Hospital. Fui la primera doctora especialista en la región que pisó el quirófano. De hecho, no había ninguna ginecóloga hasta Jalapa, de modo que -al contrario de las ciudades- las mujeres derecho habientes y la población y rancherías aledañas, acudían a mi consulta para exponer problemas que no se animarían nunca a exponer con un colega varón.

Transcribo un viernes típico de mi jornada diaria. en el Hospital.

A las ocho paso visita en hospitalización, reviso una paciente en trabajo de parto con una cesárea previa: hay que estar muy al pendiente. Doy de alta a una puérpera, y a otra de corrección pélvica.

Empiezo la consulta a las diez. Hay tres pacientes en espera, pero son comprensivas. La trabajadora social les explicó que hay una parturienta de riesgo. Saben que en cualquier momento ellas o algún familiar se pueden convertir en urgencia y entonces habrá otras que se quedarán esperando.

A la primera paciente se le borra la sonrisa: le practicamos una biopsia de rutina, pero el resultado de Laboratorio indica lesión maligna. Le explico la necesidad de practicarle exámenes de extensión y la probabilidad de amputarle un seno, cuando me pregunta:

* ¿Por qué yo doctora?... ¿por qué no quise darle pecho a mis hijos?... ¿por qué tomé la píldora?...¿por qué fumé de estudiante?...¿por qué pospuse mucho mi primer embarazo?
* Respecto al estudio no hay prueba concluyente, en mi experiencia a la que le va a dar le va a dar, no importa lo que haga o deje de hacer.

Berenice tendrá que echar mano de todas sus energías para hacerle frente al posible cáncer y no hay caso que las malgaste ahora. Le expongo el plan mientras pienso que esta mujer no querrá que el marido se le acerque en la cama, llorará con su madre, abrazará a los hijos abrumada de culpa, le reclamará a Dios. ¿Qué me costaba citarla después y dejarla en paz el fin de semana?:...tal vez una demanda: en estos tiempos no hay lugar para médicos compasivos

Entra una pareja de mediana edad con la hija de 14 años; sólo al ver al padre con ceño fruncido, a la madre consternada y a la chica con la vista fija en el suelo, sé de que va el problema y la asesoría que requieren. Después de echarles el sermón acostumbrado: que la fertilidad es una bendición, que yo veo diariamente pacientes estériles que sufren mucho, que ese niño al nacer los volverá dichosos, y que la chica puede ir a la escuela y hacer su vida si ellos la apoyan, se miran entre sí y se apaciguan. Por lo general la hija nunca habla, pero en esta ocasión la jovencita me sorprende:

* Doctora, no quiero un hijo. Si me obligan a tenerlo me mataré.
* No digas eso muchacha, cuando lo tengas en brazos lo adorarás.

El padre interviene airado:

* Lo vas a tener para que aprendas a ser responsable.

Se van y me quedo un poco mortificada, pero el trabajo lo disipa. Ahora se trata de una enfermedad de transmisión sexual; creo que el mayor bien que va a hacer la vacuna es evitar que se desunan las parejas. Le informo el resultado de su colposcopía.

* Miriam: tiene usted el virus del papiloma humano.
* No es posible doctora: ¡debe ser un error!
* Ya no hay ninguna duda: el Papanicolaou había dado positivo, y por eso le tomé la biopsia que lo ratificó.
* Pero…¿cómo lo adquirí?
* La única vía explicable es la sexual.
* ¡Yo nunca he tenido relaciones más que con mi esposo! Y él es completamente normal.
* No lo dudo: pero si hacemos un estudio microscópico seguramente se encontrará el virus, el varón suele ser portador sano.
* Dra.: ¿querrá decir que Ricardo anda con otra mujer?
* No necesariamente Miriam, el virus puede permanecer aletargado muchos años, debe haber otras vías no sexuales puesto que se ha encontrado en niñas, vírgenes y monjas…

Enterarse al mismo tiempo de que tiene una enfermedad y que el cónyuge probablemente es infiel, es más de lo que puede manejar una mujer.

Al final de la jornada, reviso sucesivamente a dos embarazadas que están a término: todo va normal y les explico en qué condiciones tienen que ingresar por urgencias y los signos de alarma, en cuyo caso yo vendré al hospital, sea la hora o el día que sea, para valorarlas. En lugar de pedir más información ambas dicen:

* Sí doctora. Lo bueno que es viernes para que usted descanse.

Una semana después la adolescente se suicidó. Coincidió la misa vespertina de sábado cuando el cortejo fúnebre pasó frente a la iglesia: el sacerdote no la quiso recibir. Me contaron que en el cementerio su padre murmuró: “No te perdono lo que nos has hecho”.

Tuve que recertificarme y eso lo lograba con congresos. Los temas: *Embarazo de alto riesgo, Urgencias en obstetricia, Ginecología en la adolescente,* la teoría no es nada sin práctica y lo aplicaba en mis pacientes.

No siempre resultaban las cosas como en el manual. Del parto psico profiláctico se afirma en ellos que el dolor y los partos prolongados son antinaturales en el ser humano: un condicionamiento de la sociedad provocado por la literatura, los comentarios y oscuras supersticiones. “El dolor tiene su origen en el miedo a lo desconocido que provoca tensión muscular y oposición al funcionamiento de la musculatura uterina”. Pero yo pensaba: ¿cómo no va a doler la apertura de una estructura de cero a diez cms en una zona que tiene tantos nervios cómo el hueco de una muela?, ¿cómo no agotarse en el esfuerzo de avanzar una piedra entre un desfiladero de dos piedras?, ¿cómo no deprimirse al quedar súbitamente vacía después de nueve meses de ir llenándose? Si el método funcionaba, seguramente era algo relacionado con hipnosis.

Tuve oportunidad de aplicarlo con una de mis pacientes más jóvenes. Cuando rehusó las vitaminas que le prescribí afirmando que su dieta cubriría las demandas mayores de hierro y acido fólico (era vegetariana), la vi inteligente, bien informada, saludable, amante del ejercicio y pro ecológica. No quería nada que no fuese natural. Hablamos largamente del proceso sustituyendo la palabra: dolores por *contracciones.* Leyó información al respecto y aceptó involucrando a todos en su jubiloso proceso. Dos semanas antes de la fecha probable de parto, firmamos un consentimiento informado donde ambas nos comprometimos a un “parto natural”: ¡listas para culminar el pequeño milagro!

Cuando llegó a labor me limité a cronometrar las *contracciones*, y escuchar el foco fetal; Jessica seguía las instrucciones: inspirando profundamente, soltaba el aire por la boca en pequeños jadeos mientras le masajeaban el vientre con talco…empezó a mostrar una incomodidad evidente y la exploración reportó cinco centímetros: había avanzado bastante rápido.

Ahí vino la debacle: empezó a retirarme las manos, a gemir y a retorcerse:

* ¡No me toque Dra.!, ahí viene otro, ¡ya no, ya no!, por favor – cuando pasó dijo: - me estoy portando mal, ¿verdad?
* Jessica: no es una competencia, podemos darte una sedación con analgésicos, eso lo hará soportable.
* No, ¿Qué le voy a decir a mi esposo, a mi familia? pero ¡maldita sea, duele horrible!

En la siguiente hora perdió totalmente la compostura: lloraba, se retorcía y después daba de alaridos. Las enfermeras y yo vimos cómo cada *contracción* literalmente la abofeteaba, pues en su *acme* Jessica se golpeaba la cabeza contra la pared y en los intervalos se negaba a cooperar para otro tacto, ni siquiera dejaba oír el latido del niño; tantas luchas la harían caer en fatiga obstétrica, desequilibrio hídrico, hipoglucemia: no soportaría el parto.

Retomé el mando: llamé al anestesiólogo, la pasamos en camilla a Expulsión y ahí flexionamos a la paciente de costado, para mantenerla inmóvil, la sujeté en esa posición; en la siguiente *contracción* Jessica me mordió el vientre, pero el anestesiólogo ya había puesto su dosis de bloqueo. Sobándome el abdomen dije:

* Disfrútalo, este es el último.

La paciente se durmió instantáneamente. La siguiente exploración reportó dilatación completa: en quince minutos nació un varón de 2.800 Kg de peso, quien fue ahora el que pobló el aire con su vigoroso llanto. Tras extraer la placenta y suturar el corte vaginal, me pregunté si enfrentaría una demanda por *mala praxis*, pero estaba tan agotada por la tensión que me valió.

Al siguiente día Jessica se había vestido y maquillado para el álbum fotográfico de “Nuestro bebé”. Lucía cómo una madona de Rafael con el niño en brazos, entre nubes de arreglos florales, globos y carteles de bienvenida. Todos los presentes escucharon su hazaña:

* Fue maravilloso, no me dolió nada, repetiría la experiencia…

Ojerosa, con un moretón en la panza yo parecía más recién parida que ella. Mascullé:

* Debí tomarle un video cuando se azotaba contra la pared.

El parto psicoprofiláctico es magia e hipnosis. Yo no soy maga. Fue debut y despedida.

**XV**

*Ese minuto en que se entreabren las puertas del tiempo y el espacio: aquí es allá*

*y ahora es siempre*

**Octavio Paz**

Fiel a su propuesta, ella no pregunta o cuestiona su estatus civil, económico ni social, pero piensa en su familia. El hecho de que sus hijos lo conozcan dificulta las cosas. ¿Creerán que ya se entendían y solo fue un pretexto para que se apareciera por ahí?; no sabe por qué le importa tanto. Más bien, sí sabe: sus hijos idolatraron a su padre.

* Mira: les diré que tengo una relación y no revelaré el nombre.

La cercanía emocional es tan intensa que roza la intimidad sexual. Félix insiste en que no hay tiempo que perder, pero ella decide hacer primero una prueba: eso aclarará la situación. Por mucha fascinación que ejerzan las palabras, si no hay respuesta química no hay nada: las hormonas son juezas inexorables.

Repasa ese cuerpo minado por los años, los embarazos, jornadas de trabajo intensas, presión constante, largas noches en vela. Si de joven su inseguridad nunca le permitió que un hombre la viera desnuda, ahora ¿Que hará?

Concretan el encuentro y ella dice que va a cenar con unas amigas. Está nerviosa como adolescente. Félix ha escogido un motel con jacuzzi; muy provisoriamente también lleva una botellita de tequila.

Para la ocasión ella compra ropa interior sexy, con encaje negro, lacitos, se pone tacones. Bajo su habitual indumentaria ahora se siente incómoda. Toma un caballito.

* ¿Te das cuenta de que tras tanto mensajearnos es la primera vez que nos vemos?, eres muy hermosa.
* No soy hermosa. Y ya nos vimos una vez.
* A través de una mesa como de metro y medio y enmascarados.
* Pues yo te vi muy bien: me impresionaron tus ojos, tu voz, tu sonrisa.
* ¿Sí?, mi madre me contaba que mi abuela paterna era francesa. Cuando nací tenía los ojos verdes; todo mundo le dijo: “Le van a cambiar”, y sí, me cambiaron bastante.

Ella -que empieza a sentirse mareada y teme perder el valor - contesta:

* No vamos a hablar de los antepasados, tengo poco tiempo.

Se desviste mientras declama un poema. No trata de disimular sus senos estigmatizados, los tejidos flácidos del vientre surcados con relámpagos cicatriciales, los muslos en que el caos de redes verdosas predice abultamientos, casi quiere desmotivarlo.

* Mira, esto es lo que hay, quien sabe si funcione …
* Lo haremos funcionar.

Su imagen se refleja en un espejo lateral; ella deja caer los brazos vencida.

* Me siento cómo cuando en la secundaria en un concurso de teatro dijeron: “Última llamada” y se me olvidó el diálogo.…

Félix la rodea con sus brazos y le besa el cuello.

* Lo recordarás por la ruta larga.

La ruta larga es deleitosa y torturante: transcurre por su nuca, asciende a los hombros, rota, traza círculos alrededor del encaje negro, desciende y asciende con dedos, labios, lengua….

Finalmente él desabrocha los ganchos y deshace los lazos, la levanta en vilo para ponerla en el jacuzzi. Salmodia mientras tantea su V cambiante de color: rosa, fucsia, violácea…

* Espera amor, espera…

Encajan con tal perfección que el uno se adelanta a los deseos del otro cuando ni uno ni otro saben aun que desean. Después de dos horas vuelven al mundo real, ella declara aún jadeante:

* Si los jóvenes supieran que hacemos esto se escandalizarían.
* Así es. Piensan que a esta edad sólo nos queda sentarnos y esperar a que la muerte venga por nosotros, ¿y sabes qué?, ni ella podrá separarnos.
* ¿Por qué dices eso?
* Porque pienso que si Dios no nos concedió conocernos hace años en la tierra, en el cielo va a decir: “¡A ver ustedes dos! ámense aquí por toda la eternidad”.
* Mi vida, dices cosas tan bellas.
* Es lo que me inspiras.
* ¿Sabes qué?, despidámonos aquí. Prefiero irme a casa en un taxi.

La intensidad de lo vivido la desasosiega, y Clarisa entreve una faceta mística en la personalidad masculina que la desconcierta. Es demasiado para asimilarlo en el primer contacto. Cómo lo ha hecho toda la vida prefiere estar sola para analizarlo.

Félix accede después de mucha reticencia. La conoce impulsiva, intensa, pero ahora le tocó verla terminante… ¿Pensará que es neurótica?, ¿O lo tomará como parte de su sensibilidad artística?, lo más importante: ¿lo aceptará?

* Está bien. Nos vemos en quince días. Te mandaré un mensaje para recordarte que tenemos una cita.

La voz ahora tiene resonancias perentorias. Tratará de hablar con sus hijos…

**CARTOGRAFÍA**

Yo quise navegar tu superficie

esa ínsula flotante en mar de ansias,

temerosa sorteé los arrecifes,

anclando entre violentas marejadas;

la sílice, el coral, dagas de acero

no me hicieron sangrar, más tu mirada

imán puntual de rayos paralelos

me borró las huellas de otros dedos.

Desollada e inerme, a mediodía

caminé entre dos océanos,

las olas azotaban mis ijares,

coronas de arco iris cual taladros.

Y así exploré páramos, llanuras,

trazando limpiamente con mi mano

la ubicación exacta de las dunas,

los vértices, las curvas y los ángulos;

mi cuerpo añejo ante tu imagen dulce

se hizo de nuevo primeriza lámpara

y fui embrión de sol abotonando

en horizontes amanecer y ocaso.

Yunque solar me sumergí en tu entraña

pero al subir en erupción al cosmos

contemplé- como Armstrong en la cápsula-

aquel puntito azul a la distancia:

una Ítaca desplegada ante el naufragio,

y tu voz era el faro que decía:

“por ti enciendo la luz ¡esta es tu casa!”

Y volví decantada en quintaesencia,

pero al tomar la resurrecta savia,

el Apocalipsis se cernió de nuevo:

enfermedad, separación, desvelos,

desamores, desastres y destierros,

ataúdes de cartón, huesos cariados,

y medievales encierros con ancestros.

Yunta de miel, habitación, reencuentro,

Mi cuerpo alado vive hoy en el cepo,

donde no hay puentes, solamente muros,

donde no hay oro, solamente hierros.

Mas algo me dejaste: los recuerdos

del laberíntico mapa de tu cuerpo.

Sin cartógrafos ni guías me recorro

acariciando tu piel pues vives dentro

y si el ahora no diera más mañanas,

con eso soy feliz: ¡fuimos eternos!

*El poder puede definirse como la capacidad de lograr que una persona*

*haga algo que no quería hacer*

**Max Deber**

Mi esposo llegó a Las Choapas un domingo 26 de diciembre de 1978, cargando una maletita y una tele portátil a pasar vacacionar con nosotros. Los seis meses que yo llevaba laborando rehuía al Dr. Jorge porque me interrogaba: “¿Cuándo llega su esposo?”, por más que yo le decía que terminaba su residencia en febrero del 79 y hasta entonces le darían su diploma de especialista, él insistía: “Dígale que no lo necesita, que le abro un contrato cuando llegue”, yo lo dejaba con el pretexto de que se retrasaba la visita en las hospitalizadas.

* Tengo una primigesta en trabajo de parto.

Un día me preguntó en forma frontal:

* ¿Está usted segura de que su esposo quiere venirse a trabajar aquí?
* Pues sí no, se va a quedar sin mujer y sin hijos porque ya me mudé en forma definitiva.

Sonrió y bromeó con el típico desenfado choapense:

* ¡Oh!, pues el hombre va a decir: ¡al fin la hice y completita!

No se crean, yo tenía mis dudas al respecto.

Así que el lunes 27 a las 7 de la mañana lo desperté para irnos juntos al hospital. Él se hizo el remolón

* ¿Para qué?
* Pues siquiera para que te vea el Dr. Jorge que ya me tiene atosigada preguntando todos los días por ti.

A regañadientes se levantó y me acompañó.

Dicho y hecho: me abordó al llegar. Con alivio los presenté y dejé al güero que se las apañara solo. Mi director le dio una vuelta por el hospital. Luego le dijo: “¿Quiere trabajar hoy?, entre más pronto mejor”, él contestó: “¿Se puede?”; “¡Claro!”; rápidamente fueron a Urgencias, sacó a un doctor que esperaba vacaciones, dictó los oficios correspondientes, le abrieron ficha y lo contrataron a partir de ese día como “Plaza Abierta”. Lo llevó a ropería para que le dieran batas y le entregó sus recetarios y block de incapacidades. A las diez de la mañana estaba consultando en Urgencias. Hay gente que nace con ángel y no cabe duda de que mi marido tenía al más resuelto.

Después de diez días cortaron catorcena y recibió su primer pago: ahí se desvanecieron sus dudas. Regresó a Puebla sólo para hablar con su jefe de enseñanza y le explicó la situación. El Dr, le endilgó un discurso comprensivo: “Todo lo que ibas a aprender ya lo absorbiste, quisiéramos tener una plaza para todos nuestros residentes pero no es posible, que bueno que ya te acomodaste. Ve y a fines de febrero regresas por tu diploma”.

El güero se tatuó la camiseta de la empresa. Cómo internista único fue el eje en que giraba hospitalización. En un año pasó del *status* de “Yerno de don Heberto” o “Esposo de la Dra. Flores” para ser simplemente “Santillana”: creían que él era el jarocho y yo la poblana. Además de su dinamismo, ojo clínico, lengua claridosa y talante resolutivo, tenía un don que ningún médico envidiaba: profetizar una muerte hasta con un mes de antelación. En sus últimos años lo apodaron Dr. House. Como tratante de trabajadores, conocía y manejaba la otra cara de la moneda

Uno de los mayores anhelos de un trabajador era ser incapacitado. De donde yo procedía las trabajadoras me rogaban: “Por favor no me incapacite, la primera semana no recibo pago y las siguientes sólo medio sueldo hasta que me dan de alta”. Pemex le paga al trabajador su sueldo completo y este tiene derecho a rentarle su puesto a un recomendado que ocupe la vacante.

Otro *status* muy codiciado es ser enviado a México para la atención de un especialista, porque se le paga su sueldo, los pasajes, una cantidad sustancial para viáticos, además de tener derecho a un acompañante en las mismas condiciones. Desde luego que esto es un enorme apoyo para un trabajador enfermo, pero en los otros casos el paciente no desea ver en su expediente: “Alta por mejoría” sino: “Viaja en avión con acompañante”.

El derecho habiente petrolero solo recibe medicinas de patente, no genéricos. Comprendí por qué mi exdirector me dijo al darme los recetarios y blocks de incapacidades: “Le entrego cheques en blanco que espero administre bien”.

Nunca entendí que una empresa tan noble fuese siempre objeto de dardos tan venenosos: ahí donde se juntaban dos trabajadores, disfrutaban de ese juego y el servicio médico constituía su blanco favorito.

Siempre tuve mucho trabajo y de la vigencia de derechos se encargaba Trabajo Social, pero hay casos que no se borran de mi memoria por su singularidad. Vi esposas, concubinas e hijas (sí; en Pemex el trabajador tiene derecho a quitarle a la esposa el servicio médico y poner a su concubina si está embarazada o enferma y cambiarla hasta tres veces); esto hace tremendos líos con demandas jurídicas. Supe de un señor que en su sobre catorcenal recibía un peso, porque todo su sueldo se lo llevaban tres esposas y su mamá. Le daban ese peso porque la Ley del Trabajo especifica que a un trabajador activo debe pagársele siempre.

Miguel Ángel llegó a conocer al dedillo el Contrato Colectivo de Trabajo, porque en el efímero tiempo en que fuimos sindicalizados, él fue delegado del Hospital. Tuvo un gran acercamiento con el secretario general Onésimo Escobar Hernández a través de las enfermedades de su numerosa parentela y algunas de él. Por esos tiempos el que ocupaba tal puesto ejercía un verdadero cacicazgo: gravitaban a su alrededor todos los eventuales (que en ese sistema son llamados transitorios), las plazas vacantes, los ascensos, los permisos, las sustituciones, los interinatos, en fin toda la planilla laboral de la Sección 26 que abarcaba tres campos petroleros hasta Ciudad Pemex. Agua Dulce estaba regida por los Balderas, Nanchital por los Torres. Los principales puertos exportadores de crudo: Pajaritos, Puerto Morelos y Cangrejera eran manejados democráticamente entre estos tres líderes. No cabe duda de que el poder corrompe. Las excentricidades de ellos han quedado para la historia -con las debidas proporciones- similares a los de las estrellas de rock o el sultán de Brunei.

Mi esposo respetó, pero nunca les tuvo miedo a los poderosos. Se sentía seguro profesionalmente. Lo apuntalaba mucho su carácter: era dicharachero e irreverente como nativo. Demostró su peculiar sentido del humor una vez que el papá del Sr. Balderas (homólogo de Onésimo en Agua Dulce), tuvo un problema cerebral. Necho -como era popularmente llamado- fue generoso y les prestó su avioneta Cessna particular (tenía dos pilotos disponibles las 24 horas), para traer a un Neurólogo cirujano especialista de Atzcapotzalco apellidado Montoya. En lo que llegaba el ilustre señor le pidieron a mi esposo de favor que fuera a vigilarlo.

El neurocirujano diagnosticó pomposamente un problema de “Isquemia cerebral transitoria”, y aconsejó que no lo movilizaran, que el asunto se resolvería en forma espontánea. Cuando le preguntaron a mi esposo su opinión dijo:

* Es justicia poética que esta gente que se pasa chingando al transitorio, ahora una cosa transitoria los chingue.

Onésimo se echó a reír y desde entonces fue su médico de cabecera.

Todo hay que decirlo: nuestro secretario, aunque inculto era un hombre muy inteligente. Conocí algunos que escribían mal hasta su nombre. Pero eran vacas sagradas y consagradas por La Quina.

Ha de haber sido por 1988 que acompañó al señor secretario y su camarilla a varias incursiones a México. Me platicó que un día fueron a cenar al Maxim´s de la capital y que Necho pidió unas “Ostras a la Rockefeller”, después de devorar una decena con queso derretido sobre una decoración mediterránea con hojas de parra y algas (no comestibles), cuando el Maitre le preguntó cómo había encontrado su platillo, comentó:

* Sabrosito pero escasito. Allá en mi tierra me como dos docenas de ostiones en bolsa. Y la ensalada estaba amarga.

El güero y yo pusimos como regla que todo el tiempo que estuviéramos en el Hospital mantendríamos una relación estrictamente profesional. Teníamos bastante trabajo y nunca intercambiamos información de ninguna índole sobre casos particulares, manteniendo el secreto profesional hasta en casa. Esto no cambió durante los dos años que mi esposo fue delegado sindical del hospital. Presenció cosas muy curiosas, pero solamente alguna que lo impresionara muy de cerca lo movía a comentario. Una de esas fue cómo se decidió una plaza definitiva en el Hospital.

De las dos doctoras propuestas a Onésimo, una era su ahijada y otra su sobrina política; tenían iguales documentos, similares parientes petroleros ilustres, la misma antigüedad e incluso habían firmado su primer contrato el mismo día, solo que una a las 10 de la mañana y otra a las doce del día. Pero el señor tuvo una idea salomónica para que no quedaran inconformidades. Sacó unos palillos de dientes y quebró uno, luego los ofreció por el otro extremo cubriéndolos con su propia mano: la que sacó el largo firmó la plaza. Era su estilo.

Cuando La Quina cayó, arrastró a todos esos señores y sus historias pasaron a ser leyendas. Lo que no es mito es que el Sindicato nunca volvió a ser lo que fue. ¿Pero Uds. creen que se acabó la corrupción?: No, ahora le tocó a los administrativos repartirse el pastel. Antes de estos gobiernos populistas Pemex daba para todos. Se dice que de cada barril de crudo de 200 litros dos les tocan a los trabajadores de la industria y los demás a componendas.

Al retornar de nuevo “A Confianza” en el 90, mi marido y yo ya habíamos demostrado ser pilares del hospital. Junto a mi compañero el Dr. Bautista en Gineco, el Dr. Julio Xochihua en Cirugía, Roberto Palma en Anestesia, Javier Martínez en Ortopedia, Urgencias, medicina Preventiva, del Trabajo y familiares se apoyaban en nosotros y resolvíamos el 80% de los casos sin derivarlos al Regional de Minatitlán. Nuestro hospital recibió numerosos reconocimientos a nivel nacional. Incluso mi esposo acudió a la ciudad de México donde le otorgaron una medalla el día del médico, por ser el doctor que em todo el sistema de Pemex, jamás se retrasó en sus tiempos de Hospitalización ni en consulta externa.

Mas volviendo a sus tiempos sindicalistas, Miguel Ángel por lo general se rehusaba a salir fuera de su área de trabajo; la verdad era hogareño y un auténtico patriarca: le gustaba vernos a todos pegados cómo muéganos. No quiso ir a una convención en Acapulco en que Onésimo rentó para él y su camarilla todo un piso del Princess Maya para seguir con su jolgorio a gusto (dicen que agarraron la alberca de mingitorio). Para los quince años de su única hija menor, trajo a Humberto Cravioto para cantarle en misa, y a su madrina Lola Beltrán para Las Mañanitas en el salón. Tocaron en el Club de Leones para 300 personas (no cabían más); los conjuntos de Celio González y los Joao. Los quince chambelanes vestían smokings idénticos traídos de la ciudad de México. Se rumoreó con insistencia que andaba en amores con una buenérrima estrellita de cine que ahora es viuda de un presidente. Siempre le tiró a lo grande.

Pero lo más importante fue que mi esposo y yo nunca nos arrepentimos de nuestra decisión: nos quedamos 32 años y tuvimos otro bebé.

El Dr. Bautista y yo contribuimos a la expansión de Las Choapas trabajando a todo vapor. Yo llevaba una libreta de apuntes y durante los 28 años que ejercí traje al mundo entre Cesáreas y partos a unos cinco mil niños (podrían habitar una población pequeña), efectué unas 1,000 cirugías, previne la aparición de unos 400 cánceres cervicales y otros 100 de tumores mamarios (todo perfectamente documentado en expedientes personales y tres respaldos en los archivos de Jefatura de enfermeras y Quirófanos). Los métodos anticonceptivos y controles prenatales no son tan medibles porque en ellos se incluía apertura a la población en general, pero calculo que serían unas diez mil mujeres. El índice de infecciones y hemorragias (que los hubo) sino mal recuerdo fueron seis, pero nunca tuvimos una defunción materna, aún en casos extremos de eclampsias convulsivas y síndromes de HELP. Hubo algunas muertes neonatales y accidentes e incidentes transoperatorios, tal vez unas tres reintervenciones, pero las cifras de morbimortalidad fueron los más bajos de cualquier institución: desde luego que los recursos humanos y materiales eran mayores.

Algunos casos fueron memorables: cómo la paciente de 125 kilos que operamos de Cesárea en decúbito lateral porque se ahogaba boca arriba: después de gastar dos bisturíes atravesando 20 centímetros de grasa, alguien murmuró por lo bajo: “Llamen al equipo de Perforación”. O la maestra con una hipertensión grave que sufrió un shock alérgico post bloqueo y estuvo en paro tres minutos; de un solo tajo abordé la cavidad abdominal, saqué al niño vivo y se lo presenté a la señora: volvió del paro cardiorrespiratorio en ese momento sin otra maniobra de resucitación. O también la paciente de 52 años que operé de una Cesárea y es mi récord en pacientes añosas, madre de una enfermera que me asistió en la Cirugía. La señora -por pudor o vaya usted a saber por qué- no quería que la hija entrara y ella le contestó: “Yo estuve ahí hace 30 años y no lo anduve contando” … anécdotas que sazonan cualquier conversación de Quirófanos cuando ya estamos cerrando: creo firmemente que proviene de un cirujano la famosa frase de: “Fue coser y cantar”.

¿Qué si me estresaba?, pues sí, pero era la adrenalina propia de cada cirugía a la cual uno hasta se vuelve adicto. Yo no me había dado cuenta, pero mis ayudantes me dijeron que cantaba al estarme lavando para entrar a quirófano. También ese recinto sagrado e inviolable -excepto si estás completamente aséptico- fue el que vio nacer mis primeros poemas románticos. A veces todavía sueño que estoy operando.

Justo cuando mi marido cumplió 28 años de servicio (los mismos que tenía al irse a mi terruño), un hermano le preguntó con dejo burlón:

* Migue: ¿tú eres de Puebla o de Las Choapas?

Contestó:

* Yo soy de donde comen mis hijos.

MOSAICISMOS

*I*

*Cuando familias y amigos se enteraron que me iría a trabajar al Sureste*

*me dirigieron miradas de compasión y palabras de aliento:*

*“¡Que bien!, en las ciudades eres anónimo*

*allá serás una figura pública*

*podrás regresar con mucho dinero*

*y obtendrás lo mejor de dos mundos”*

*Yo no quiero obtener lo mejor de dos mundos*

*sólo quiero asegurar que mis hijos tengan*

*un mundo propio.*

***II***

*Dejé mi pueblo natal cuando tenía siete años,*

*mi mundo eran los brazos de mamá.*

*Estaba oscuro,*

*medio dormida, cargaba mi muñeca,*

*en el autobús recordé mi libro de cuentos,*

*pero ya no pudimos volver a recogerlo.*

*Hoy regresé a mi pueblo de día,*

*llevaba un niño de siete años*

*a su inicio de clases.*

*Lo vi entrar al aula con su mochila a la espalda,*

*llena de cuadernos, lápices y libros de cuentos.*

*El maestro que lo recibió*

*fue el mismo que me enseñó a leer,*

*Y me reconoció.*

III

*Primer día de labores*

*El hospital es moderno e impecable*

*en la sala de espera hay televisor y macetas con ficus,*

*biblioteca y salón de manualidades.*

*Las enfermeras y asistentes son jóvenes, bonitas, cordiales*

*y visten albos uniformes.*

*Del ventanal de mi consultorio veo un perfil de cipreses y araucarias.*

*Una paciente me da la bienvenida sonriendo:*

*“¿Una ginecóloga?, ¡Qué suerte!”*

*Los quirófanos parecen cabinas espaciales,*

*con sus relucientes equipos quirúrgicos.*

*Las camas son prodigios de ingeniería:*

*monitores, oxígeno, siete posiciones…*

*Sólo en expulsión las parturientas tienen el mismo rictus de dolor,*

*y dicen los ¡ay! de siempre.*

*IV*

*Fui a pasear por la tarde*

*antes que salieran los mosquitos.*

*Hay un camino de 1930*

*flanqueado con tubos de acero rotos*

*que muestran sus entrañas putrefactas*

*y árboles de un verde cegador*

*presididos de una ceiba de treinta metros*

*como el monolito de “2001 Odisea del Espacio”.*

*El río discurre bajo un atracadero oxidado,*

*y desde un almendro*

*un búho pequeño vigiló todos mis pasos,*

*girando su cabeza 360 grados.*

*Todo está cómo lo dejé.*

*excepto el petróleo,*

*que ya no circula en las entrañas de esta tierra*

*sino en Detroit.*

*V*

*Con una cinta compruebo que la maleza circundante,*

*cada noche crece cinco centímetros,*

*unos cardenales hicieron nido en el porche,*

*cómo los cucús suizos todos sus polluelos abren el pico al mismo tiempo;*

*los camaleones que habitan el roble,*

*fotocopian sus verdes en todos los tonos;*

*vuelan mariposas azul añil con colas de faisán,*

*y en el tronco seco del limonero*

*unas avispillas elaboran miel ácida.*

*Sigo una vereda con olor a mermelada*

*(los mangos se amontonan en cada recodo)*

*la atraviesan bandas transportadoras*

*de hormigas que acarrean a sus larvas;*

*hay hojas que se cierran al tocarlas,*

*y flores similares a pelirrojas despeinadas,*

*el viento lanza explosiones de semillas,*

*que giran y giran cómo helicópteros.*

*Dicen que los escritores inventaron el surrealismo mágico,*

*no saben que el trópico inventó a esos escritores.*

*VI*

*La comida local es monótona.*

*en el altiplano los platillos son barrocos:*

*flores, granos, chiles, verduras, condimentos…*

*se echa a volar la imaginación.*

*Aquí todos los días se come carne,*

*(exportan ganado para todo el país),*

*hay ríos y mares cercanos,*

*y nos hartamos de pescado, camarones y langostinos;*

*pero no me animo a comer tortuga,*

*tuzas, iguanas o armadillos,*

*(y no tiene que ver con que estén en peligro de extinción).*

*Para comer verduras*

*Sólo tamales de chipil,*

*y postres de plátano frito;*

*me siento pesada…*

*Ahora comprendo porque en este sitio*

*mi imaginación no despega.*

*VII*

*Los lugareños me han dicho:*

*“mayo es el peor mes del año,*

*no sopla aire, no llueve,*

*los ventiladores mueven aire sofocante*

*sus niños se enfermarán y querrá regresarse”*

*Pero no: los niños se adaptan perfectamente,*

*juegan al sol y se bañan a manguerazos,*

*yo soy la que no aguanto el calor:*

*escribo y dejo un rastro húmedo en el papel,*

*me baño y al secarme no sé si es agua o sudor.*

*El 16 de mayo estuve a punto de insolarme*

*por no llevar sombrilla a un cortejo fúnebre.*

*Fui a dejar a papá,*

*le busqué un ángulo del cementerio,*

*bajo un árbol frondoso.*

*Cumplió 62 años*

*él también decía que mayo era insoportable.*

VIII

*A medianoche fueron a buscarme,*

*mi primera emergencia.*

*El paramédico dijo:*

*“Mejor el pijama de Quirófanos,*

*Para no perder tiempo”*

*A las dos de la mañana nació una niña*

*que no lloró mucho*

*el pediatra diagnosticó: “Está bien,*

*sólo sigue durmiendo”.*

*Afuera el papá me dijo*

*que le pondría mi nombre*

*yo no alegué*

*estaba muriéndome de sueño.*

*La bebé duerme cómo bendita.*

*ignora que me llamo Delfidia*

*yo que ella me ponía a llorar.*

IX

*Aquí las tuberías tienen dos metros de diámetro,*

*los escarabajos,*

*las lagartijas, las libélulas, las hormigas,*

*las cucarachas, las luciérnagas,*

*las arañas, las mariposas,*

*los mosquitos y las ceibas*

*son monumentales.*

*Vino mi esposo la otra noche*

*y una mariposa nocturna*

*se posó en su pecho,*

*despertó sobresaltado diciendo:*

*“Tuve una pesadilla:*

*un Alien salía de mi tórax”*

*eso fue antes de ver la polilla:*

*negra, aterciopelada y del tamaño de un puño*

*además, tiene una calavera pintada:*

*un Alien tropical.*

X

*Hubo una tempestad terrible,*

*se fue la luz, las ventanas*

*flasheaban cómo intermitentes anunciando los truenos,*

*hasta que se hicieron uno solo.*

*El aire derribó árboles,*

*los chiquillos lloraban,*

*y me acosté con ellos a contarles un cuento.*

*En Puebla cada iglesia tiene pararrayos*

*(son 280, no 365 cómo dicen),*

*pero yo les recé a todas….*

*duró mucho la tormenta;*

*la mascota de la casa se perdió.*

*Al día siguiente pregunté dónde estaban los pararrayos*

*me contestaron: “en las palmeras”.*

*Mandé cortar la palma del patio.*

XI

*Verano con clima favorable:*

*40 grados a la sombra, 90% de humedad*

*(condiciones de incubadora)*

*los bebés prematuros pueden prescindir de ella*

*y los enfermos bronquiales de las nebulizaciones.*

*Para bañarse no es necesario prender el calentador,*

*ni maquillarse ni enjoyarse para salir*

*cualquier cosa extra chorrea y escurre*

*se viste ligero e informal,*

*y uno no se enferma por andar descalzo*

*caminando bajo la lluvia.*

*Para dormir te cubres con la sábana*

*por los insectos*

*pero no necesitas cobijas,*

*aunque acabes de bañarte.*

*Ya no utilizo cremas humectantes ni rejuvenecedoras*

*soy una orquídea de invernadero.*

XII

*Tía Carlota vivió muchos años aquí*

*y sabe cuidar personas y cosas:*

*hierve el agua embotellada,*

*mete el mosquitero en el borde del colchón*

*para evitar paludismos*

*nos tapa las orejas con bolas de algodón*

*contra las palomitas de San Juan*

*guarda los trastes dentro de un recipiente cubierto*

*por las hormigas y cucarachas*

*rellena los zapatos con calcetines blancos*

*para que distingamos arañas o alacranes*

*enjuaga la ropa con patchulí*

*contra tijeretas y polillas*

*limpia los libros con insecticida*

*para que no los ataque el comején.*

*Llegué cansada a medianoche,*

*sobre la mesa había un vaso*

*que llené con agua de llave*

*lo tomé y me dormí en el sofá.*

*¡Que simple sería mi vida*

*si no viviera en el trópico!*

*XIII*

*Nos hemos cambiado a una casa de madera,*

*“es térmica –dicen-*

*los ingleses las construyeron especialmente*

*para este clima”.*

*¡Esos colonialistas!,*

*les daba igual estar en la India o África,*

*siempre que cosecharan diamantes, marfil, petróleo,*

*y poseyeran esclavos nativos.*

*Pero dejaron unas casas resistentes*

*con techo de dos aguas de lámina de zinc,*

*que repica como tamborileros en la lluvia,*

*abajo tiene un doble plafón para atajar el sol;*

*en la mecedora del porche*

*me consuelo pensando que el bebé*

*nada en una alberca térmica.*

*Ahora recuerdo que nacerá en otoño*

*¿las lluvias refrescarán la atmósfera?*

*Quisiera volver al Siglo XIX*

*y comprar un nativo para que nos abanique.*

*XIV*

*Mamá era bella,*

*tenía pelo rizado y largas pestañas,*

*unas manos creativas*

*que hacían flores de papel, seda y cartoncillo*

*para coronas de muertos.*

*También hacía pasteles*

*con figuritas de azúcar.*

*En la noche para dormirme*

*murmuraba apodos cariñosos:*

*“Mi florecita, mi nubecita, mi borreguito”,*

*y dejaba para el final mi predilecto:*

*“arco iris”.*

*Pasé mi licencia pintando nubes, borregos y flores,*

*para el cuarto del bebé,*

*y ahora después de la lluvia,*

*tuve un arco iris.*

XV

*Llegó la nena,*

*ocupa toda un ala de la casa*

*seis personas están pendientes de ella,*

*(aunque a los hermanos los mantenemos a raya).*

*Vienen y van visitas,*

*(algunas viajaron 800 km para conocerla),*

*todos con regalos,*

*tiene un ajuar completo de vestuario*

*y un cuarto lleno de juguetes.*

*La llevamos a vacunar,*

*con largo cortejo de pajes y enseres*

*cual princesa medieval.*

*A sus escasos veinte días de vida*

*hay fotos de ella para llenar tres álbumes.*

*Pero en la noche*

*es solamente mía.*

XVI

*“Hay niños buenos y niños traviesos,*

*-dicen los psicólogos infantiles-*

*pero ¡cuidado si son crueles con los animales!*

*pueden ser psicópatas en potencia”*

*A mis hijos les dio por agarrar mantis religiosas*

*-han leído que son los tigres de la naturaleza-*

*y los enfrentan a falanges de hormigas,*

*previo despojo de sus alas,*

*(no les gustan los trapecistas con red)*

*de aquellas contiendas encuentro en sus cuartos*

*membranas transparentes veteadas como vitrales.*

*Pero no me traumo*

*son buenos niños*

*que cuando llego cansada*

*le cantan a su hermanita*

*y hacen su tarea solos.*

XVII

*Mis pacientes son maravillosas,*

*tienen fecha de cita con un mes de anticipación*

*y se levantan a las cinco de la mañana*

*para “aprovechar el sol”.*

*Lavan, tienden, planchan, asean la casa,*

*dejan la comida hecha y se bañan,*

*para comparecer a la cita de doce.*

*Pero cuando las exploro, se disculpan:*

*“mi marido llegó en la madrugada de la plataforma,*

*¡pobrecito!, tanto que trabaja,*

*¿cómo decirle que no?”*

*El sol se oculta*

*casi a las siete.*

XVIII

*Traigo una máscara de ceniza en el rostro,*

*los más avezados dermatólogos*

*se muestran perplejos,*

*hablan del sitio de Leningrado,*

*interacción de medicamentos con rayos Gamma,*

*y mecanismos psicosomáticos.*

*Pero cuando me dijeron*

*que no interferiría con mi vida,*

*me hice rizos apretados*

*y uso ropa de manga larga,*

*puedo pasar por mulata.*

*Una paciente me dijo:*

*“Debería ponerse en la cara*

*la crema que usa en las manos”*

XIX

*En 1978 fuimos a un baile*

*Por el día del médico en el club petrolero.*

*Me puse un vestido largo,*

*y bailamos con una orquesta de salón.*

*La cena y los discursos fueron magníficos.*

*Salimos a ver la gigantesca luna*

*ella nos deslumbró,*

*danzando con el ramaje de la ceiba.*

*Los grillos superaban a los músicos,*

*las ranas a los grillos,*

*y mi esposo les gritó:*

*“¡Nunca viviré aquí!”*

*Todos callaron.*

*Ayer tuvo una cena de despedida en el club*

*le dieron una medalla de oro*

*por treinta y dos años de servicio,*

*que parecía una luna de octubre.*

*XX*

*Me gusta comer en la terraza*

*que tiene balcón al río:*

*el Tancochapa discurre apacible,*

*portador de islas de lirios acuáticos*

*con garzas posadas melancólicamente*

*y martines pescadores que planean.*

*Viajeros que nos ven pasar*

*en su tren acuático.*

*Ayer un diluvio lo volvió irascible,*

*arrasó con todo: fango, basura,*

*perros ahogados,*

*y hasta muebles.*

*Sin tocar la puerta*

*se metió hasta la cocina;*

*volvió la casa una isla*

*rodeada de agua por todos lados,*

*(por arriba también)*

*El moisés de la niña flotó milagrosamente,*

*(¿Tal vez debo rebautizarla Moisesina?)*

*Ahora va tranquilo:*

*cómo amantes reconciliados*

*mi pueblo y él se abrazan.*

*XXI*

*Después del diluvio*

*fuimos a dar una vuelta por el parque.*

*todo mundo me saludaba*

*mostrándome a sus críos,*

*reiterando: “¿se acuerda de mí?*

*mi caso fue muy complicado”*

*Sus sonrisas eran arco iris,*

*la alianza de Dios con el hombre son los niños.*

*Yo asentía muy seria,*

*Sin aclararles que soy desmemoriada.*

*Mi esposo dice:*

*“El memorándum de tu plaza decía:*

*Especialista en Obstetricia*

*pero en realidad eres comadrona de pueblo”.*

*Lo soy.*

*¡Bendita sea la diferencia*

*entre memorándum y memorable!*

XXII

*Ahora todo se ha vuelto ecuaciones matemáticas:*

*“¿150/100 de presión arterial?*

*¿100 latidos por minuto?*

*92 de oxigenación en reposo?*

*¡Hay que mejorar esas cifras!”.*

*la panacea es caminar 45 minutos diarios,*

*Para que mi masa corporal vuelva a ser de 25*

*Pero soy excéntrica, noctívaga y funámbula.*

*Me extasío viendo regueros de estrellas*

*Y pienso que Dios tenía el pulso tembloroso*

*cuando separó la luz de la oscuridad*

*¿Acaso titubeó antes de crear los mundos?*

*Combinados caminata y meditación.*

*mi ritmo bajó a 80 pulsaciones por minuto*

*mejoraron todas mis cifras*

*el Todopoderoso tendrá que esperarme.*

*Nadie sabe el alcance de sus fuerzas hasta que las pone a prueba.*

**Goethe**

Empezado el nuevo milenio, a consecuencia de la modernidad y globalización, la Academia Nacional de Medicina exigió a los hospitales de todas las Instituciones públicas la recertificación de sus doctores. Cada especialidad tenía su Consejo y sistema de comprobar que los especialistas estaban al día del progreso médico en su campo. Un ginecólogo de la ciudad de México del IMSS debía estar al tanto de los avances médicos en su campo, como otro de Monterrey, Mérida, Casas Grandes o Las Choapas. Mi director informó a la plantilla médica del Hospital este nuevo requisito y puntualizó:

* Todos los departamentos deben hacerlo: medicina familiar, preventiva, del trabajo, pero muy especialmente las troncales en que se apoya el Hospital: Cirugía, Medicina Interna, Pediatría, Anestesia y sin ninguna dilación Gineco Obstetricia. Es en este rubro donde se presentan más demandas por mala praxis y sin la certificación de su Consejo no van a poder defenderse.

Nos quedó muy claro que la Empresa se lavaba las manos en cuanto a alguna queja o demanda del derecho habiente sino aportábamos ese documento.

Debo decir que en los 20 años que llevaba de ejercicio en el Hospital General El Plan de Pemex, practiqué toda la Cirugía ginecológica que sólo había visto en libros y ayudado a tratantes una que otra vez. La alta proporción de cesáreas en las ciudades propicia que ya no haya multíparas, pero en mi pueblo tuve bastantes pacientes con prolapso genital completo y me di gusto quitando úteros por la vía vaginal. Hice recanalización de trompas de Falopio, vasectomías, inseminé pacientes estériles (¡80% de éxitos!), y me tocaron en suerte histerectomías con doble útero o vagina tabicada, incluso tuve una paciente con el síndrome del testículo feminizante (mis maestros decían que un ginecólogo si tenía suerte vería dos en su vida profesional y diagnosticaría uno). También -todo hay que decirlo- tuve pacientes con cáncer a las que no pude ayudar por lo avanzado de su cuadro porque NUNCA habían ido a una consulta ginecológica.

Debido a que soy doctora “barco” las pacientes me veían como imagen maternal y acudían a mí con problemas de todo orden. El gíneco-obstetra debe ser una mezcla de médico general, cirujano, internista (los problemas de preeclampsia-eclampsia requieren de gran finura de diagnóstico y manejo), sexólogo (¿a quién podría tenerle más confianza?), psicólogo y hasta consejero matrimonial. Las etapas pre y post menopáusicas –tan tormentosas que dan origen a crisis existenciales y de salud- son manejadas diestramente por quien sabe a qué experto y en qué momento derivarlas. De la pubertad a la senectud la mujer debe contar con un ginecólogo de confianza y yo lo era: bastante eficiente en la práctica, muy respetada en mi medio, pero no tan cercana a la vanguardia. En mis lecturas diarias le daba prioridad a la literatura universal y no a la académica. Y, bueno, esto significó una buena sacudida en mi zona de confort profesional.

Averigüé que la certificación tenía dos pasos: 1.- Presentar un examen escrito de 100 preguntas y 2.- (si aprobabas el 1) presentarse a un examen oral con cuatro sinodales en la *cream* de la *cream* del Consejo Mexicano de Gineco Obstetricia INPER en la elegante zona de Montes Urales.

Siempre me han gustado las competencias. Mi compañero el Dr. Bautista -que había hecho su especialidad en La Raza del DF y conservaba muy buenos contactos con sus maestros y compañeros - consiguió una especie de guía del examen y me facilitó una copia. El precio de tener dos madres fue sufrir dos ausencias; mi tía Carlota falleció el 28 de diciembre de 1988: allá quedó en Las Choapas dejándome desolada de nuevo a los 42 años. Toño acababa de irse a estudiar preparatoria a Puebla. Continuó el Éxodo hasta 1999 en que me quedé sola pues mi hija Alicia se marchó a los 18 años para estudiar derecho en Puebla. Mi esposo consultaba de 5 a 9 a una clínica local particular y yo tuve bastante tiempo para ponerme al día.

Nunca pude festejar bien el día del Médico, por ser aniversario luctuoso de mi madre, quien falleció de un cáncer de estómago a los 38 años. Con mi padre, después de la reconciliación que duró un año, estuve con él cuando falleció el 16 de mayo de 1981. El día anterior había cumplido 62. Según esos antecedentes familiares yo apenas llegada a los 45 años moriría de cáncer.

Tenía 50 años cumplidos cuando mi esposo dijo con ingenio festivo: “Yo soy más que tu padre y madre porque has vivido más tiempo conmigo. ¿Y qué pasó con eso de que te ibas a difuntear a los 45?, puras promesas”

Ambas fechas quedaron recalcadas en mi calendario particular, porque coincidieron con mis exámenes de certificación. En mis dos viajes a México llevé premoniciones ominosas.

El primero lo sustenté el 23 de octubre de 2001 y fue fácil: por un detalle técnico fui la última en entrar al examen escrito y la primera en salir. Un mes después me anunciaron escuetamente que “tenía derecho a la 2ª. fase del examen y que ya me lo comunicarían oportunamente”: señal de que había aprobado. Nunca lo dudé.

Al examen oral sí fui escamada. Por varios de mis compañeros supe lo mal que se lo hacían pasar a los examinados: además de mostrarles diapositivas con frotis de tejidos contumores raros, citologías vaginales aberrantes, estudios y casos clínicos complicados, procuraban confundirlos con diagnósticos diferenciales, dilemas éticos (en Medicina no siempre 2 + 2 son 4, cómo bien lo saben los fans del Dr. House), en fin…estaba nerviosa.

No ayudó el llegar al lujoso Hospital del INPER: un reducto de la élite de la gineco obstetricia: puro sub especialista de las más alta jerarquía…¿Qué iba a hacer ahí ésta “comadrona de pueblo” como decía mi esposo?

El 16 de mayo de 2002 a las 8 am, me enfrento a tres personajes vestidos con elegantes trajes formales y distintivos con el emblema de Mercurio: uno bastante mayor y dos en los tempranos 40, enérgicos y dinámicos, en una impecable aula de múltiples con pantalla desplegada y un carrusel con 20 diapositivas.

Hacen las preguntas introductorias: de que universidad provengo, donde hice la especialidad, cuanto tiempo llevo en ejercicio, si estoy inscrita en alguna revista médica, si he publicado artículos, asistido a Congresos etc. Finalmente, al saber dónde ejerzo me miran desconcertados: nunca han oído hablar de Las Choapas y me preguntan por su ubicación, cuantos habitantes tiene, desde cuando es ciudad, con cuantas camas cuenta el hospital: sus actitudes van de la sorpresa a la condescendencia.

Empieza el examen; con las primeras preguntas me desenvuelvo bien: temas socorridos. Van alzando el listón con diapositivas de Papanicolaous, tumores de ovarios, fertilización in vitro, síndromes raros y exámenes de Laboratorio. Cómo en la diapositiva 10 pasa la imagen clave: una mujer con pechos pronunciados, sin vello axilar pero completamente feminizada.

* ¡Ah! -digo yo impulsivamente- este es un caso del síndrome de testículo feminizante.

Se miran sorprendidos, el más joven pregunta con tono agresivo:

* ¿Por qué síntomas consultaría?
* Por dos problemas primarios: dificultades para la relación sexual y ausencia de menstruaciones.
* ¿Qué hallazgos físicos esperaría?
* Primero a la exploración vaginal: ausencia de los dos tercios superiores de vagina. Al tacto rectal no encontraría útero.
* ¿Qué estudios le pediría para encontrar qué?
* Un ultrasonido para confirmar la ausencia de útero y la presencia de ovarios rudimentarios, además de un perfil hormonal en que se confirmaría predominancia de la hormona testosterona sobre los estrógenos.
* ¿Alguno más especializado?
* Sí, investigación de cromosomas en que daría por resultado presencia de XY que confirmaría que se trata genéticamente de un varón con características feminizadas por la secreción estrogénica.

En ese momento toma la palabra el anciano que estuvo callado durante todo el interrogatorio:

* Doctora; en su experiencia personal: ¿Vio algún caso?
* Sí, uno solo.

Los tres se muestran muy interesados.

* ¿Y cómo lo manejó?
* Confieso que mal. Llegué hasta el perfil hormonal: cuando le solicité el raspado bucal para determinar el sexo genético se negó llorando. Creyó que se trataba de una especie de lesbianismo y desertó de la consulta.
* Colega -dijo el tercer sinodal- cuando tenga un caso como ese envíenoslo a nosotros para que nos sirva de enseñanza. Muchos ginecos no tenemos oportunidad de ver uno solo en la vida profesional.

Después de un silencio corto me dijeron:

* Es suficiente: puede retirarse.
* Por favor, háganme más preguntas: les juro que estudié bastante.

Creo que fue sólo por mi tono angustiado que me preguntaron unos conceptos muy básicos de trastornos menstruales en adolescentes y reiteraron:

* Ahora sí, por favor retírese. Se comunicará la secretaria, la Srta. Larrondo para informarle el resultado.

Ni en un solo gesto o actitud exteriorizaron cual sería. Tardaron dos semanas en comunicarme que había aprobado. Para que se den una idea en la República mexicana hay cerca de seis mil gineco obstetras, y de esos sólo el 10% tiene un certificado vigente.

Cuando - ocho años después- escribí “Una Retratista en la Corte”, la escena de los inquisidores se basó en este suceso.

El certificado -que mandé enmarcar- junto con mi título, diploma de la especialidad y otro que me nombra miembro honorario de la UNAM en el Dpto. de Difusión y Cultura, son los que considero los mayores logros académicos de mi vida.

XVII

*Es el otro el que nos salva. Si hemos llegado a la edad que tenemos es porque otros nos han salvado la vida incesantemente.*

**Ernesto Sábato**

Nunca estaremos preparados para entregar a nuestros seres queridos, pero comprendo que el precio de una larga vida es despedirnos de ellos. Mi esposo cerró el círculo al fallecer un 16 de mayo de 2018. Legó a sus descendientes un mundo mejor del que le entregaron: certeza económica, seguridad y ejemplo: las enseñanzas y el carisma que derramaba con los pacientes y médicos a su cargo lo hicieron un personaje entrañable. También tuvo premios por su desempeño profesional.

Su extraordinario temple y fortaleza estuvo teñido de heroísmo: nunca perdió la dignidad, cuando hablaba lo hacía con el mismo tono de voz imperioso. Jamás se quejó de dolor, de la vida o de su enfermedad por lo cual nos mantuvimos esperanzados hasta su último aliento.

Grandes amigos: médicos internistas, anestesiólogos, neumólogos, infectólogos y pediatras sucumbieron o quedaron con graves secuelas al presentar batalla ante el COVID. Enfatizo el trabajo de los médicos generales que ejercían en farmacias del ahorro, similares, Guadalajara etc., quienes sin ninguna protección sanitaria atendieron a aquellos pacientes carentes de seguridad social. Lo hicieron por vocación de servicio y no por dinero: héroes anónimos que refrendaron su posición humanista.

Quiero hablarles de uno. En el mes de septiembre de 2018 el Dr. Silvestre Salazar Martínez fue el internista asignado a cargo de un problema infeccioso de mi hijo Jorge en un sanatorio particular. Un bicho poco común le había invadido las mucosas de boca y garganta, impidiéndole ingerir alimentos. Ya se había complicado la infección con un desequilibrio hidroelectrolítico. Yo estaba devastada: hacía tres meses había perdido a su padre en la batalla contra el cáncer. Jorge y yo habíamos peleado junto a él: todavía estábamos de duelo, deprimidos y agotados. Yo especialmente, al saber el diagnóstico de mi hijo estuve al punto del colapso físico y mental.

Llegó el Dr. Salazar: de mediana edad, complexión delgada, dinámico y con disposición abierta. Revisó cuidadosamente a mi hijo de pie a cabeza, ordenó que lo pasaran a un aislado por contagioso, y dio indicaciones mientras salían los estudios.

Pregunté afligida:

* Doctor: ¿es grave el pronóstico?
* Su hijo es un muchacho fuerte y sano, lo hidrataremos y en unos días estará bien.
* Usted dice que es un virus contagioso, y yo no lo veo usar protección alguna.
* Mire Dra. (ya me había identificado con él), yo trabajo en el IMSS por las tardes desde hace quince años, he tratado todas las infecciones posibles y aquí estoy. Creo que los médicos como pasamos la vida en los hospitales tenemos anticuerpos muy robustos.

Mi hijo estuvo aislado siete días. Llegaba a pasarle visita por la mañana y la noche (a veces hasta las once pm), siempre con el rostro jovial y una broma a flor de labios.

Después de 36 horas de internación se cumplió lo pronosticado: Jorge empezó a comer, las fiebres cedieron, los cultivos de laboratorio y Rayos X confirmaron el diagnóstico y tratamiento. Seis días después estuvo listo para ser dado de alta.

Cómo el seguro de gastos médicos indicaba, se pagó todo en efectivo y recabé recibos fiscales para la reposición de gastos. Cuando lo requerí acerca de sus honorarios médicos respondió:

* ¿Como le voy a cobrar? Usted es doctora, su esposo lo era: es un valor entendido que entre sastres no nos cobramos las puntadas.
* No me lo va a cobrar a mí sino al seguro médico. Ellos después me lo repondrán.
* Ya le dije que no. Me sentiría mal cobrarle a la viuda de un compañero.
* Doctor, mi esposo era muy práctico: en estos casos él cobraba el 50% de sus honorarios normales porque decía: “En primer lugar lo que no pagas no lo valoras, y en segundo si después surge alguna complicación reclaman: “Cómo no iba a cobrar no le puso esmero”. Aunque sea reciba la mitad. Le pago sin recibo fiscal.
* Eso es una contradicción: paga el Seguro y no lo acepto, pero si me paga usted de su bolsa, sí., ¿cómo ve?
* Por favor, estoy muy agradecida y es mi única manera de corresponder.
* No: cuando yo doy algo lo doy al cien. Y ya me voy que tengo que ver a otros pacientes – y me dejó parada en el pasillo, toda desconcertada.

Pero creo que los más desconcertados fueron los del sanatorio. A la hora de solicitar el pase de alta me contestaron:

* Ya están pagadas todas las cuentas excepto los honorarios del médico tratante.
* Es que el Dr. Salazar no quiso cobrar nada.

Hubo un silencio total en el extremo de la línea. Luego dijeron muy apresurados:

* Ahorita subimos a checar.

Y sí, para entrar a la habitación de mi hijo había que ponerse bata, cubrebocas, gorro, guantes, botas…. pues en cinco minutos llegó bien cubierto el contador de recepción. Por su celular con el altavoz abierto corroboró con el Dr. Salazar mi historia y después firmó la hoja de alta administrativa. Al final comentó:

* Es un caso muy inusual.

No volví a ver al doctor en persona. Pero siempre que me pedían recomendar a un internista los enviaba con él.

* Tiene experiencia, está actualizado, es muy buen clínico, pero con un plus: ética profesional sólida y amor por sus enfermos.

Hace un mes supe que estaba internado en el ala de COVID del Seguro Social. Leí diariamente los partes de su evolución (redactados por él mismo), que publicaba en una red social para que sus familiares y amigos supieran que se mantenía estable. Por las múltiples respuestas de ánimo que vi, deduje que mi caso no fue único, porque muchísimas personas oraban por su regreso como si se tratara de un familiar.

Luego un mensaje perturbador:

“Amigos, mañana me interno en los misterios de la UCI, nos vemos a la salida”.

Tres días después vi en la página su esquela mortuoria.

Otro héroe de los miles que se llevó la pandemia.

*Cada amigo es un pedazo reconquistado de lo mejor de nosotros mismos.*

*Friedich Hebbel*

“Los amigos se conocen en la cárcel, en el hospital y en las presentaciones de libros” esta frase hace reír a todos cuando la pronuncio al abrir un evento literario. Pero no es una broma: dicen que las auténticas amistades se pueden contar con los dedos de una mano: yo soy tan afortunada que tengo las manos colmadas de amigos que me aceptaron tal cual soy y bajo esa aceptación me transformaron en alguien mejor.

El modo que escogí para recontar a los sobrevivientes es cronológico; compañeros de escuela, de facultad, de profesión; por amigos o gustos literarios comunes, encuentros fortuitos o pacientes que se volvieron amigas (una transición difícil).

Reitero como la amiga más antigua y cercana que conservo a mi comadre Haydeé, mi también amiga y comadre Malle (náufragas en soledad, nos encontramos en 1969): el Dr. Roberto Palma, el Dr. Jorge García Leal, mi coterránea Águeda Pérez, la química Gina Luna, la dermatóloga Natividad Rivera, la ginecóloga Tere Meneses. He continuado haciendo amigos extraordinarios: en este rubro están el periodista y poeta Mariano Morales, la licenciada en letras Martha Porras; la economista y pedagoga Maribel Vázquez y su hermana Maite, la comunicadora y poeta Leticia Díaz Gama y las extranjeras (pero muy cercanas) Monica Amata y Eloísa Hacker.

Al trasladarme a Las Choapas perdí contacto con mis compañeros, colegas y maestros angelopolitanos, aunque su ejemplo y enseñanza perviven en mí. En mi pueblo natal no había tiempo para hacer amistades, pero las reservadas para mí se saltaron las trancas.

Para un cirujano no hay mejor apoyo que un buen anestesiólogo, pero no fue la conveniencia, ni siquiera la convivencia profesional, la que hizo que el primer amigo que tuve en Las Choapas fuese el excelente anestesiólogo y persona el Dr. Roberto Palma Prieto. El acababa de egresar del CMN Siglo XXI, y -como yo- era nativo y vástago de una familia de arraigo petrolero. Pero lo que nos identificó fue que ambos leíamos un libro por semana de los más diversos temas; en Las Choapas -ni siquiera en Coatzacoalcos - había librerías, así que los intercambiábamos. El mejor lugar para comentarlos era el área gris después de la Cirugía: yo programaba dos veces por semana, aparte las Urgencias. El convivir en verdaderas batallas contra la muerte hizo que nuestro vínculo se volviera fraternal. Así se conserva hasta ahora, a pesar de que tiene una década que no lo veo.

Mi otra amiga choapense es Águeda Pérez Rodríguez, fue dueña de la única tienda de videos en la población, a la que yo acudía cada fin de semana buscando películas para entretener a mis hijos (toda la familia Díaz Flores somos cinéfilos empedernidos): fueron nuestras devociones hacia el cine y libros lo que nos identificó y unió *for ever.* Para ejemplificar su incondicionalidad se me ocurre este ejemplo: si le hablo a medianoche para decirle: “Acabo de atropellar a un borrachito en despoblado y creo que está difunto”, ella contestará: “Dame tu ubicación y ahorita voy allá, vamos a declarar que lo encontramos tirado”.

A Gina Luna la conocí como paciente, en 1980, de inmediato empatizamos. Nativa de Acapulco (donde viví 10 años), cada vez que llegaba a control proseguíamos una plática más personal. Mi esposo la veía diariamente en laboratorio por sus pacientes críticos, y ambos coincidíamos en que era una persona muy agradable. Nos invitó a cenar en su casita y fue una fortuna porque dio lugar a que mi esposo y yo nos incrustáramos en un círculo de amigos con ellos: Alma y Pino que se dedicaban al negocio del látex; Mati que tenía una Notaría Pública en Agua Dulce y su esposo el ingeniero Roche; Tobías y Daysi con una farmacia veterinaria: sólo cuatro parejas. Yo era la única choapense, los demás venían de sitios tan diversos como Guanajuato, la ciudad de México, Coahuila y Tabasco. Parecíamos tener poco en común, pero en media hora hablábamos como viejos conocidos.

Por nuestras distintas ocupaciones solíamos reunirnos a comer los domingos de cada cuatro semanas, pero eso sí: lo disfrutábamos tanto que si la hora fijada era a las dos llegábamos quince minutos antes para no perdernos nada y tardábamos como seis horas en ponernos al corriente. Nuestras reuniones eran tan animadas que los hijos de la anfitriona en turno, se asomaban curiosos al escuchar nuestras acaloradas discusiones o las carcajadas que soltábamos tras algún chascarrillo.

Mientras nuestros esposos comían nosotras chismorreábamos, contábamos chistes feministas y enunciábamos planes para restaurar el país, la situación internacional, los problemas políticos y financieros y hasta predecíamos el futuro.

Una vez ideamos fundar un partido político para recabar recursos del IFE y transformar Las Choapas; lanzaríamos al güero (conocido por ser el único internista del municipio más grande de Veracruz) como presidente municipal. Daríamos el grito vestidas de tehuanas, taparíamos los baches de las calles, haríamos un refugio para inmigrantes, organizaríamos eventos culturales y pondríamos costales de arena alrededor del Tancochapa para no inundarnos. Los problemas surgieron cuando mi esposo dijo que en lugar de lanzar el “¡Viva México!” desde el balcón el 16 de septiembre, gritaría: “Pónganse a trabajar bola de h…olgazanes!”; cómo era muy capaz de hacerlo renunciamos al proyecto (ahora al ver a “El Bronco” me arrepiento).

Al doctor Jorge García Leal lo conocí en 1980, cuando hizo su Servicio Social en el Hospital Auxiliar de Agua Dulce Ver. siendo yo ginecóloga interina por la enfermedad del doctor titular Fernández Ortiz. Me llamó la atención su agudeza clínica y él dice que yo le enseñé mucho; el caso es que respetando jerarquías ambos nos volvimos una dupla eficaz en el servicio. Ante su diligencia, habilidad y disposición decidí premiarlo ofreciéndole cerrar pared en una cesárea (inédito para un pasante) y rehusó diciendo*: “No Dra. el día que Ud. me deje una cesárea será de piel a piel”;* en esa arrogancia me di cuenta que tenía enfrente a un futuro cirujano. En su tesis para titularse me nombra su “Maestra y hada madrina”. Hizo Cirugía en el Centro Médico Nacional Siglo XXI. Ambos muy ocupados, cultivamos a saltos el afecto mutuo entre las diversas situaciones de la vida. Sólo hasta hace siete años empezó a tutearme y aquí te confieso algo Jorge: eres una de las personas que más admiro en este mundo.

También en Agua Dulce conocí a la dermatóloga Natividad Rivera cuando me apareció una dermatosis cenicienta en el rostro. Al poco tiempo la trasladaron a Las Choapas y empezamos a convivir diariamente en la media hora del lunch. Nos aficionamos a caminar de 10.30 a 11.30 de la noche, desde la colonia Hollywood donde yo vivía a la de Huapacal (unos dos kilómetros) ambas dentro del perímetro de propiedad federal que incluían el Hospital y las oficinas del distrito El Plan (como decían los visitantes: “Otro proyecto nacional que se quedó en plan”), compartimos nuestro escaso tiempo libre durante catorce años. Fuimos todo un espectáculo para los trabajadores que cambiaban turno a las once de la noche: dos mujeres bajitas con piyama quirúrgico, platicaban y caminaban como en pleno día, ella con dos perritos ladradores y yo con una vara de bambú por las nauyacas; rodeadas de vegetación tropical, aromadas por fragancias nocturnas, sonorizadas por ulular de búhos y rechinidos de grillos, sobresaltadas por huellas serpenteantes sobre un caminito de arena, el cruce inesperado de un mapache, conejo, tlacuache; o silenciosas ante la luna llena que espejeaba como candil de plata sobre el río.

En el hospital comentaban: “Las doctoras comen juntas, viajan juntas, caminan juntas, hacen ejercicio juntas y hasta duermen juntas, pero muy correctas se hablan de usted”. Este ritmo siguió hasta que me jubilé. Seguimos siendo las mejores amigas.

A la dra. Tere Meneses la conocí en un congreso médico hace 20 años: también es gran lectora y viajera: mujer bella, generosa, independiente y la ginecóloga más trabajadora que yo haya conocido hombre o mujer. Mi admiración crece año con año cuando la veo que sostiene al mismo ritmo su desempeño profesional, dirige una clínica, organiza cursos de postgrado y se va a vacacionar a la isla de Bali (o a Alaska, el Tibet o Estambul: le gustan los destinos exóticos); su espíritu viajero es tan arrojado que una vez me acompañó a un encuentro de poetas en Oaxaca.

Una cosa curiosa: tanto a Tere como a Monica mi amiga italiana, las conocí en un baño para mujeres e instantáneamente confiamos la una en la otra: una coincidencia tan afortunada no creí que se diera dos veces en la vida.

Mis amigas del taller literario Hiletreando: Graciela, doña Nabo, doña Amalia, Carina y Fabiola con las que conviví cerca de tres años cada jueves. Nuestras sesiones que andaban en la infancia literaria- fueron semilla que floreció en los textos de *Cien años con sazón de Las Choapas* que aún me llenan de nostalgia y orgullo.

**RÍO TANCOCHAPA**

Potro de jade: cabalgando voy tu vía,

corcovea mi embarcación y se remece,

loros gárrulos con sus gritos estremecen

las arboledas en incesante algarabía.

Veo desfilar en tus flancos fantasías:

orquídeas que desde un tronco fosforecen,

garzas volando en “V” al cielo escapan,

flores voraces libélulas atrapan,

un vapor de gardenias me humedece….

El orden natural se hace anarquía

que a los ciclos vitales enardece,

se celebra en tu caudal perpetua orgía:

nacen, vuelan, copulan y perecen,

cual efímeras todo viven en un día,

¡Rápido morirán también si te enfureces!

Aunque llevas la selva por gualdrapa

por lo común tu nombre no aparece,

más no importa que seas inédito en el mapa,

tú eres sangre fluvial que late y crece

en mi cántico y arterias de Las Choapas,

¡sigue llevándome a lomos Tancochapa,

es bello llegar al mar cuando amanece!

Conocí a Mariano Morales en un encuentro de escritores en Papantla, en 2009. Me tocó en una ronda vespertina con Mariano y él leyó de su libro “Jueves” un poema que me gustó mucho, su estilo muy suelto, coloquial, no le restó romanticismo. Por lo visto a él también le gustó mi trabajo pues al terminar me propuso intercambiar textos.

En nuestro segundo contacto me enteré de que era subdirector del periódico Síntesis de Puebla, y enterado de mi taller choapense, propuso generosamente dedicar un espacio del suplemento Catedral para publicar nuestros trabajos. Yo comenté ilusionada:

* Puebla es mi patria del corazón porque en esa ciudad estudié medicina e hice la especialidad. Mis hijos residen ahí.
* Pues si quieres puedo organizar una presentación de tu poemario en la Casa del escritor.
* ¿Puedes de veras?, ¡Sería magnífico!
* No se diga más. Te doy mi tarjeta para mantenernos en contacto.

Cumplió sus ofrecimientos: dedicó un hermoso suplemento completo a nuestro taller de Las Choapas publicando a todos los talleristas. Y una bella presentación de *Atributos Florales* en la que -por buenos oficios de Dionicio Morales y Celina Estévez mis contactos en Puebla- se reunieron varios ex compañeros de la escuela de Medicina que residen acá; a Aurelio Escobar y a Chencho que vinieron de Orizaba y Chihuahua. Fue una noche inolvidable.

Cuando nos venimos a radicar a Puebla, pasé a formar parte del taller literario de Mariano. Llegamos un domingo y empecé el jueves: título que resultó profético porque llevamos unos 300 en convivencia en el taller literario que él coordina. Encontré una nueva comunidad en la cual leer, escribir, corregir, comentar, aprender y convivir: varias Marus, Paloma, Laura, Maribel, Maite, Renee y otros que han ido y venido. En ese filtro cálido han visto la luz los esbozos de cinco novelas e innumerables cuentos, poemas, ensayos.

A Martha Porras Cacho sólo puedo definirla como hiperdinámica, guapísima, cultérrima, y leal como solo una verdadera poblana puede serlo

En ese trasplante llevé presente el dicho de mi maestro: “Una persona que no lee, no valora un libro regalado”: él trataba de reprimir ese gesto automático que yo tenía de dar mis textos. En Las Choapas mi taller sesionaba en un pseudo restorán chino que se llamaba Pekín, Llegar a UNARTE (una universidad privada en la cima de una colina de la elegante colonia La Paz, pintada por el mismo artista que decoró la fachada del teatro Ollin Yolliztli en México) fue un cambio, a decir verdad, impresionante.

“No me portaré como pueblerina –me dije- no trataré de congraciarme, no le regalaré mis libros a nadie, me voy a dar mi lugar”; pero mi adicción me compelió a llevar un libro oculto bajo cuatro cierres en mi bolsa, (cómo el alcohólico en proceso de rehabilitación conserva una botella en un lugar inaccesible).

Mariano mencionó que Planeta había publicado una novela mía, y las talleristas comentaron:

* ¡Qué bien!, ¿podemos verlo?
* Ya no tengo ningún ejemplar.

La directora de UNARTE era también tallerista, pero ese día por sus múltiples ocupaciones no asistió a la sesión. Mis nuevas amigas me llevaron a su oficina para presentarme y Laura Martín me anunció desde la puerta:

* Es la nueva compañera.

Aún veo aquel escritorio literalmente cubierto por una pila de carpetas rotuladas: “Manual de Procedimientos”; una mujer de ojos galoneados por densas pestañas que se fruncían concentrados en su computadora; una impresora que funcionaba a todo tren, varias personas esperaban para entrar en su diminuta oficina y como telón de fondo una imponente vista de los Volcanes: me sentí inoportunísima. Pero la atareada mujer se levantó, me miró a los ojos y dijo cálidamente:

- ¡Que bien!, por favor Perla– le ordenó a su secre- tráeme un libro de la biblioteca.

Cuando regresó me ofreció una novela elegantemente encuadernada a tiempo que me daba un beso.

* Es una novela mía que se acaba de publicar: regalo de bienvenida.

¿Qué podía hacer una bibliófila choapense en tales circunstancias? Rauda y veloz me puse a desenterrar el tesoro y le entregué mi libro.

Así conocí a Maribel Vázquez, maestra paciente, exterminadora de gerundios, custodia de cultura, microscopista infalible en el campo de la corrección, generosa: hasta cuando concede un favor te hace sentir que ella es la favorecida. Mujer irrepetible en cuyo espejo me miro y siempre reconquisto algo de lo mejor de mí misma.

*Pudiste llegar 10 años antes o diez años después, pero llegaste a tiempo.*

**Jaime Sabines**

Llegó corriendo al salón con un retraso de diez minutos, ¡qué manera de iniciar su debut en el mundo literario! Pero pensándolo bien no debían quejarse: insistir tanto y con el tiempo tan justo sólo podía significar que alguien les falló y querían rellenar el espacio.

La noche anterior –cuando recibió invitación de Dinorah, la maestra que lo organizaba – dudó mucho: una cosa era jubilarse y escribir un librillo de poemas canalizando inquietudes literarias postergadas desde su juventud ... y muy otra leerlo en público ante personalidades intelectuales.

Siendo realistas las “personalidades intelectuales” no parecían intimidantes. Una bandada de chiquillos de secundaria – seguramente alumnos de la maestra – se sentaban atrás junto a un anciano de anteojos de fondo de botella (¿Vería el mundo como dentro de una pecera?), ataviado con una túnica color vino y huaraches. Había también una mujer madurita con el rostro iluminado con todos los colores del arco iris como “collage” de kínder; un joven barbita de chivo con ropa de manta, tatuajes y morral de mecate que albergaba un perrito chihuahua al que acariciaba como si lo hubiera gestado y parido personalmente. En la primera fila vio una muchacha esquelética de mandíbula prominente cuyo vestido de generosos pliegues no lograba disimular su escote como manubrio de bicicleta, ni los pies exornados con sandalias doradas y uñas mugrientas; ¿no habría en esa comunidad seres comunes y corrientes?

Se recordó que ella con su traje sastre gris acorde a su diaria imagen profesional, seguramente era vista como una anguila por aquel cardumen de peces tropicales.

Las demás personas se podían agrupar en el grupo que la sociedad ahora denomina cómo “Los años dorados”, “Tercera edad, o “Adultos en plenitud” (sucesión de eufemismos para no decirles vejestorios). Curioso que nunca notara tales adjetivos hasta que llegó a los 58…de eso hacía 6 meses.

Eso la devolvió a su problema inmediato: escoger lo que debía leer. Según sus modernos hijos daba miedo abrir su librito porque los poemas chorreaban como melcocha, más ella todavía amaba esos textos.

La coordinadora viéndola titubeante se acercó con una sonrisa y dijo:

* ¿Siempre se animó? ¡Bienvenida!, quiero que participe en la primera mesa de lectura…

Lo dicho: sería un comodín mientras llegaba la gente verdaderamente importante. Como adivinando sus pensamientos, Dinorah dijo:

* Está de suerte, va a moderar la mesa el presidente de la sociedad, el famoso escritor y maestro Víctor Alfonso Lugo….¡no puede tener un mejor padrino!

Un poco preocupada recordando la “patadita” de Raúl Velasco contestó:

* ¿Se acostumbra alguna especie de rito iniciático?
* No, es que hay una superstición acerca de que el coordinador con que uno debuta en público determina el género que se cultiva y como él es dramaturgo…el texto teatral cómo que es más exclusivo.

Tratando de aparentar seguridad contestó:

* Mire, yo ni siquiera sé cuántos géneros literarios hay, lo único que he escrito además de mis poemas son trabajos para la sociedad médica…
* Es que ya tenemos dos poetas en la mesa y se trata de mostrar todas las vertientes literarias. En ciencias lo más cercano a la literatura es un ensayo -…dígame el nombre de algún otro trabajo suyo.

De modo que no solo era una novata, sino que pertenecía a la clase proletaria, reprimiendo la ironía contestó:

* No sé: ¿“La Puérpera adolescente en el medio rural” será un ensayo?

La maestra Dinorah Salazar volteó a mirarla preocupada y dijo apresuradamente:

* No, no, unos poemas estarán muy bien, – la anotó en una libreta y le pasó una hoja suelta – por favor escríbame ahí su “currículum”
* ¿Y qué tengo que poner?
* Lo que ha escrito, los cursos que ha recibido, con quienes ha colaborado, en qué editorial le han publicado…
* ¿Cursos de post grado?, son cómo treinta y no los recuerdo todos…
* No, no los de Medicina, sino los literarios – al ver que sonreía agregó aliviada - ¡Ah! Es una broma, ¿verdad?

El técnico de sonido se acercó a Dinorah y le murmuró algo alejándose ambos apresuradamente. No le dijo que su sonrisa era de nerviosismo: ¡no tenía ninguna formación literaria!, era una primeriza añosa: primer poemario, primera lectura pública, primera mesa, primera ocasión que no sabía que poner en un currículum. El tiempo apremiaba, decidió ser sincera y escribió:

“Idalia Corzo Cortés, doctora de profesión y poeta por afición”

Estaba entregándolo cuando de pronto se hizo un silencio al entrar un personaje más singular aún entre esa gente poco común. Lo menos que se podía decir era que no pasaría inadvertido en ningún sitio. Siendo de mediana estatura y peso normal ahí terminaba su anonimato: poseía un renegrido pelo largo recogido en una coleta; mostraba un rostro sin una sola arruga proclamando sus ancestros indígenas, más su color no era cobrizo sino muy oscuro: todo esto impedía calcularle la edad, podría tener desde 35 hasta cincuenta y tantos.

Para los cánones de belleza no era guapo, pero sus movimientos traducían una gran energía y su aura de autoridad resultaba indudable. Dinorah se dirigió a él con deferencia y le entregó la lista de nombres y las hojas sueltas que él recibió sin quitar su gesto adusto.

No se necesitaba ser vidente para adivinar quien era “el famoso escritor y maestro” que la iba a apadrinar y además que no estaba de buen humor, instantáneamente se arrepintió de no haberse negado: ¿Qué necesidad tenía de meterse en ese lío? A las nueve de la mañana de un sábado lluvioso podía estar confortablemente en su cama disfrutando de un café y haciendo un álbum con las fotos de sus nietos.

Tarde para arrepentimientos: por medio del micrófono se dio una apresurada bienvenida, se conminó a los participantes de la primera mesa a ocupar su lugar y siendo la única mujer quedó colocada a la diestra del coordinador mientras Dinorah decía unas palabras inaugurales.

Sentada frente al escaso público se abstrajo, la presentación tenía lugar en un club naviero desde donde se dominaba el mar: a través de la pertinaz lluvia se veía un antiguo muelle, unas embravecidas olas flagelando las escolleras, el faro en la isla presidía el panorama….de pronto sobre los graznidos excitados de unas gaviotas que planeaban aprovechando las ráfagas de viento se apercibió de que estaban leyendo el currículo del coordinador y volvió al momento presente: ¡vaya que tenía títulos el señor!

“… presidente honorario de la Sociedad nacional de escritores, fundador de la Unidad regional, Accésit del premio nacional de novela, becario del Programa “Mecenas para los creadores”, organizador del primer Congreso internacional en Cuba de escritores de denuncia, coordinador de programas creativos de artes plásticas en centros de readaptación social, iniciador del sistema de museos….

En ese momento él, con una bella mano de pianista hizo un ademán enérgico indicando que cortara la letanía, Idalia estuvo de acuerdo: iban a ocupar más tiempo en anunciarlo que en escucharlos. Le cedieron al multilaureado señor el micrófono y la lista, él dijo su nombre y ante el ademán salutatorio de ella la miró dubitativo (¿traía estampado el rótulo de primera vez en la cara?), se caló mejor los lentes y leyó su única línea. Dejó caer la hoja con displicencia para decir mientras ajustaba el cronometro a diez minutos:

* Ante la escasez de datos pasemos a oírla…

Ella se encrespó: ¡Desde luego que la iban a oír!, tomó su librito y atacó los primeros versos de “Voy tras la sirena”

Terminó en el tiempo. Se escucharon unas cálidas palmas provenientes de los escolapios, Idalia sonreía muy complacida cuando la voz metálica y el tono admonitorio del coordinador se dejó oír:

* Los aplausos son para las funciones escolares, aquí solo caben comentarios en los recesos.

Luego algo que ni venía al caso:

* Los poetas son mayoría en estos eventos, los dramaturgos muy pocos porque exploramos la condición humana.

“Excusa no pedida, acusación manifiesta”, los poetas serían del montón, pero hacían cosas bellas. Y ese pensamiento la resarció de su poco afortunado debut.

Al terminar la Mesa de Lectura se incorporó al público. En la fila del baño se enteró - por una señora que se acercó a decirle que “le habían encantado sus poemas” - de chismes acerca del coordinador: estaba saliendo de un tercer matrimonio y, su última esposa - una hermosa e influyente periodista - le aseguraba a todo mundo que ella seguía siendo su discípula y que su columna estaba asesorada por él.

Era creíble dada el aura de sapiencia que irradiaba aquel hombre. Seguía viéndose en actitud distante hacia todos, como si habitara un mundo propio; ahora mismo estaba pasando junto a Idalia sin voltear a verla, ¡vaya con tal padrino!

En ese momento vio a su esposo quien, – desde que la dejó en la puerta del club naviero - se había evaporado.

- Y…¿cómo te fue?

- Te hubieras quedado a oírme y ahora sabrías cómo me fue, ¿Dónde estuviste?

- Aproveché para ir a conocer los nuevos modelos de autos. Nada más de ver a este grupo de inadaptados me dio hueva ¿Qué hubieras sentido viéndome dormir?

“Nada que no sienta todos los días”, pensó ella.

Su esposo era también doctor: esbelto, atractivo con su pelo plateado y sus sexys arrugas cuando entornaba los ojos, más sus intereses habían tomado rumbos diferentes: ahora que los hijos se habían marchado de casa y ella se había jubilado del hospital mientras él se mantenía activo, simplemente no contactaban emocionalmente. Idalia se limitaba a acompañarlo a comer y a cenar, casi era habitual que vieran las noticias en la TV sin cruzar palabra. Fue en uno de esos, mortalmente aburridos fines de semana viendo el fútbol que empezó a escribir para distraerse; era irónico que quien nunca leía la hubiese empujado a escribir.

- Hiciste bien. Por mi parte puedo decir que escuché unos textos increíbles; entre esos inadaptados hay magníficos escritores.

- ¿Si? ¿Y ellos opinaron lo mismo de ti?

- Creo que los niños sí, porque me aplaudieron, pero mi moderador - que es el experto – no mostró interés, pienso que hasta le caí mal porque me reconvino en público…

- Si es el mechudo ese que casi te atropella al pasar no tienes por qué estar sentida, sólo ha de entender el náhuatl – su esposo era devastador en sus comentarios - ¿Ya nos vamos a la casa?

- Quiero quedarme a escuchar a los demás, acordamos regresarnos cuando terminara….

- Idalia, ¿no eres capaz de tomar nada con moderación?

- ¿Qué inmoderación hay en que nos quedemos una hora más?

- Y otra hora para llegar ya son dos; sabes cuánto me fastidia manejar. Estoy de acuerdo en que busques una terapia ocupacional, pero ¿por qué no puedes ser como las señoras de tu edad y meterte a legión de María?, o a yoga, o a los rotarios, o a un voluntariado, pero allá, yo necesito descansar. Toda la semana fue de intenso trabajo, además hoy es la final Pumas-América …

Ella se resignó: ante el fútbol no había argumentos válidos.

Mas fue su conecte con el medio literario. Siguieron otras invitaciones (pese a que declinaba muchas) porque tardaba hora y media en llegar a aquel centro de actividades: tales eventos eran vespertinos o nocturnos y varias veces abordó el último camión para su casa, enfrentando el mal humor de su marido.

Las reglas para continuar su quehacer cultural eran irrompibles: llegaría a servirle su cena antes de las diez, no le pediría que la acompañara y jamás se quedaría a ningún evento social. Más a pesar de sus restricciones empezó a escribir otro libro de poemas y unos cuentos, aunque… ¡qué difícil era sin un soporte técnico!,

Cuando la invitaron a asistir a un Taller Literario de fines de semana ya no le arredraban las incomodidades y el trabajo doble. Sabía que necesitaba aprender técnicas para escribir más fluidamente. Pero explicárselo a su esposo era otro asunto…

* ¿Qué es eso de taller de creación literaria?
* Una especie de curso para aprender a escribir.
* ¿Como si fuera una escuela?, ¿Qué no la famosa “creatividad” es algo que se trae?
* Es un talento sí, pero se necesita disciplina para desarrollarlo, es como con los bebés: si nacen sordos nunca hablan.
* ¿Y qué piensas hacer con la casa?
* Por eso no habrá problemas: dejaré la comida hecha, sólo tendrás que servirte.
* ¿No ahora todo se puede estudiar por Internet?
* Roberto: eso sería como intentar atender partos por correspondencia.
* Bueno, ¿ya te pusiste a pensar que no estás en edad escolar precisamente?
* Dicen que nunca es tarde para aprender, ¿cómo lo sabré sin intentarlo?
* Por lo que veo estás decidida y vale madres cuanto haga o diga, a ver si no te arrepientes de dejarme solo…

La amenaza de: “si te soy infiel será por tu culpa” iba implícita, pero bien sabía que en otros tiempos había sucedido, aun estando las veinticuatro horas en casa.

Así se encontró después de 28 años de nuevo en un aula y estuvo a punto de arrepentirse: el adusto maestro era el “experto literato” al que no le había caído bien.

Además su aspecto era desalentador: exhibía una secuela reciente de parálisis facial: el ojo derecho enrojecido le lagrimeaba continuamente, tenía la comisura labial caída de la que de vez en cuando le goteaba saliva, pero extrañamente, dichas alteraciones faciales que hubiesen sido penosas en una persona agraciada, le conferían una expresión más humana, y al oírle articular las palabras con dificultad hizo nacer en ella un gran respeto ¡Se necesitaba carácter para plantarse ante quince personas en esas condiciones!, explicaba y escribía en el pizarrón con un pañuelo aplicado a la cara.

Más poseía tal dominio de su profesión y enseñaba tan apasionadamente, que materias que parecían imposibles desfilaban didácticamente: Géneros literarios, estructura, manejo de personajes, semántica, lingüística, síntesis, sintaxis, se volvían interesantes y fáciles. Aquel hombre distante y taciturno se transfiguraba enseñando; mostraba una infinita paciencia ante los atrasados y, totalmente generoso, les daba técnicas de su propia experiencia para sacar lo mejor al escribir. Ella –que leía ávidamente desde los ocho años – se dio cuenta lo que significaba realmente “erudición literaria” pues mencionaba autores que nunca entendió por su complejidad.

Disfrutó todo el curso: ansiaba llevarle sus tareas y comentar con él algún libro en los diez minutos que le dedicaba a cada uno al final de la clase. Fue oyéndole decir: “Para iniciarse en la escritura hay que tratar temas que uno domina” cuando aprovechó uno de esos espacios para hablarle de su novela (un proyecto manuscrito que había empezado a escribir hacía quince años) y él se mostró genuinamente interesado.

* ¡Es magnífico que escribas sobre temas médicos en novela! Aquí en México no recuerdo ninguna autora que haya manejado algo similar, ¿por qué lo abandonaste?
* Me desmotivó que alguien dijo: “¡Seguro que es una especie de autobiografía feminista!”
* ¿Y qué tiene de malo? Eres ginecóloga, lo menos que puedes ser es feminista.
* ¡Pero no es intencional! Sólo muestra lo paradójico que es una especialidad para mujeres acaparada por varones, ¿eso es ser feminista?
* Mira, primero termínala y luego los críticos te dirán todo lo malo que tiene.
* Esa es otra cuestión: tomé este curso para poder proseguir mi novela y sólo me di cuenta que necesito aprender mucho para poder agarrar “el hilo”.
* Hay una solución: tú organiza un curso como este en tu ciudad, y aprovecharemos las tardes para que te enseñe a revisar, pulir y actualizar.
* Usted es muy optimista, en mi pueblo no habrá ni cuatro personas que quieran recibir un taller literario, además una novela debe tener de mínimo cien páginas y no se de donde sacaría tantas...
* ¡Caray, pues de tu experiencia! se avanza rápido cuando existe materia prima. Créeme vale la pena intentarlo.

**XVIII**

*¿De qué sirve la vida si después de la dicha le sigue un gran dolor?*

**Alberto Cortés**

Cuando por mi edad vacilaba en escribir, mi maestro me aseguró que había logrado pronto muchas cosas que otros -consagrados a la literatura desde muy jóvenes- no alcanzarían. En 2016 pareció confirmarse su aseveración.

Mi primer poemario “Naufragio” -cuando aún trabajaba- fue publicado en 2004 en edición de autor. Con Graciela Mendoza Cerino -en ese tiempo directora de la Biblioteca Municipal de Las Choapas y también de Casa de Cultura Frida Khalo- lo presentamos en este espacio cultural y el Club Petrolero. También fundamos un Círculo de lectura y el buen amigo y periodista Roberto Mortales Ayala me propuso hacer un suplemento cultural en el periódico local PRESENCIA donde llevaba tres años como colaboradora con artículos de salud. Me uní a un proyecto federal de Fomento a la lectura, tomé cursos y acudí a algunos talleres literarios. En 2006 obtuve una beca PACMYC para mi segundo poemario.

Escribía diariamente y llegué a publicar como única autora y en diversas antologías un promedio de tres libros al año, con sellos tan prestigiosos como la UNAM, la UEEV, gestiones municipales y ya empezaba a oírse mi voz en encuentros regionales hasta nacionales. La Unión Estatal de Escritores Veracruzanos celebró dos Encuentros regionales en Las Choapas. Promocioné la lectura en escuelas rurales en Oaxaca, Veracruz y Puebla. Presenté mis libros en los foros más diversos, desde Las Choapas hasta Naranjos en escuelas privadas y laicas, en auditorios exclusivos y en kioscos al aire libre.

El espaldarazo lo recibí en 2009 cuando la editorial Planeta me solicitó editar “Una Retratista en la Corte” a raíz de haber quedado finalista en dos concursos de resonancia internacional: el Gran Premio de Novela en Argentina y el Cuba Casa de las Américas considerado muy importante para el idioma español. (¡nada menos el presidente del jurado era José Saramago!); en el siguiente año el Instituto Veracruzano de Cultura publicó el libro de narrativa corta “Los cuentos claros y el Relato espeso” con motivo del primer centenario de la Revolución mexicana y al cual sólo convocó a veracruzanos con trayectoria.

Luego mi esposo se jubiló y nos trasladamos a vivir a Puebla. Tras un período de reticencia y ante su ocio de jubilado, se convirtió en mi reportero gráfico, fotógrafo, conductor, acompañante, anfitrión de visitas literarios, cartera provisoria en las ocasiones oportunas… en suma, mi factótum. Artículo o reseña que publicaba en Face Book tenían como base sus imágenes.

Mi alma Mater la Benemérita Universidad de Puebla me tomó bajo su ala y ahí publiqué cinco novelas y seis antologías en coedición con otras universidades o municipios. Llegué a Bellas Artes, La Biblioteca Palafoxiana, el Paraninfo de la Universidad de Puebla, el salón Rodríguez Alconedo…

Ahora en 2016 me llegaba la confirmación de presentar dos libros colectivos y uno de mi autoría: tres en total en la FIL de Guadalajara. *Un Rescatista en la Corte de Felipe II* fue mi sexta novela publicada, la cuarta de tema histórico y además continuación de *Una Retratista en la Corte*. La edición -muy cuidada por el Sr. José Luis Olazo - tenía reproducciones de pinturas famosas para lo cual se habían gestionado permisos especiales. Significaba un triunfo personal y editorial.

Pensando en el largo viaje consideré trasladarme en avión. Mi esposo dijo:

* No te preocupes yo te llevo.
* ¿Sí?, pero necesito estar cuando menos tres días porque se presentan en diferente fecha, y de aquí a allá son como ocho horas.
* Siete: ya vi en el mapa que podemos irnos por el arco norte.
* Entonces reservaré hotel, cuando menos tres noches. Los cercanos a la FIL ya deben estar llenos.
* Llevamos carro y buscamos habitación, aunque no sea cercana ¿cuál es el problema? Dile a tu hermana que si quiere ir a ver a su hijo Antonio la llevamos.

Mi hermana dijo que sí, además mi sobrino Toñito nos ofreció su casa que quedaba cerca de la FIL. Yo brincaba de emoción. Cómo siempre el hombre resolutivo que era mi esposo había encontrado cómo encajar las piezas para solucionar transporte y alojamiento. Una fortuna contar con ese muro de granito que siempre protegía a la familia.

Subíamos en una espiral interminable hacia el cuarto piso del faraónico estacionamiento donde se asienta el recinto de la FIL. Piso tras piso, todo estaba atascado de vehículos, hordas de gente, ruido y olores a humanidad. Noté que el güero estaba estresado (cosa muy rara en él), pero con la atención fija en el evento que tendría lugar en veinte minutos me desconcentré. Por fin encontró un lugar y bajamos todos: mi hermana, mi sobrino Toñito su esposa Nohemí y yo. Mientras Nohemí buscaba en el mapa el stand nos dirigimos apresuradamente a la entrada: para ubicar el salón; yo iba adelante toda agitada cuando mi hermana me dijo:

* Creo que mi cuñado se siente mal. Le pidió a Toño que lo acompañara a la enfermería porque está mareado.

Me quedé pasmada. Él, que nunca decía que se sentía mal; el hombre que cuando tuvo una fractura doble expuesta, le iniciaron el lavado quirúrgico y sólo masculló: “No necesito anestesia, soy de hule ¿no?”. La única explicación que se me ocurrió fue que se le había descontrolado su hipertensión crónica.

Tras dudar un momento localicé el salón asignado, ya estaba todo dispuesto, incluso las otras dos panelistas y el auditorio presente, pero sólo tomé asiento cuando vi que mi marido llegaba con Nelva y Toñito.

El libro se llamaba *La Alegría del hogar* y mis amigas Martha y Ma, Dolores salvaron la situación, mientras yo lo observaba a él: se veía pálido y no se levantó ni una sola vez. El día anterior había tomado la última foto de su vida.

Salimos y caminaba sostenido por nosotros. Cuando vi que le entregó las llaves de la camioneta a mi sobrino Toño me alarmé: nunca permitió que otro manejara su vehículo. Pero estaba lúcido y se negó a ser llevado a un sanatorio.

*Bocados de Ángeles* estaba programado para el día siguiente 30 de noviembre y *Un Rescatista en la corte de Felipe* II el día 1º. de diciembre. No sabía qué hacer. El primero podían presentarlo otras autoras, pero ¿el *Rescatist*a? La delegación de la BUAP cerraba su semana con esa presentación. Un contingente de amigos y familiares se habían dado cita en ese evento, algunos habían viajado desde Puebla y Acapulco.

Yo quería saber primero el problema de mi esposo: pero el güero – brillante y experimentado internista - aseguraba que sólo era un vértigo paroxístico y se mantuvo en la negativa de ver a un médico o buscar un hospital. Lo exploré neurológicamente y no tenía desigualdad en las pupilas. estaba ubicado en tiempo y espacio y “sólo quería volver a casa para descansar”. Cuando mi hermana insistió en que esta era una ocasión inédita en mi vida, que ella se quedaría a cuidarlo en casa mientras yo cumplía mi sueño, me decidí a hacer lo que el corazón pedía: presentar mi libro, mientras mi hijo mayor volaba el día 2 a Guadalajara para recogernos y llevarnos de regreso.

Fue otra equivocación, ni siquiera recuerdo las presentaciones: floté en un limbo en el que otra persona hablaba de algo subjetivo. Me fui rápidamente sin contestar preguntas ni firmar libros.

Al otro día llegó mi hijo temprano y emprendimos el retorno. En las paradas al baño yo lo llevaba prácticamente en vilo porque él no quería que lo hiciera Toño. Por primera vez lo sostuve sin saber que todo el resto de su vida sería así.

Tuvimos un atisbo de esperanza porque al regresar a casa pareció reponerse: caminó sin ayuda e incluso manejaba. Pero fue una señal el que no pasáramos Navidades con su mamá después de 48 años de hacerlo y el 31 nos acostamos a las nueve de la noche. A ojos vistas perdía peso y rechazaba la comida. Finalmente aceptó que un amigo lo viera el 16 de enero (después del cumpleaños de Arely) y los acontecimientos se precipitaron en cascada; tenía un cáncer pulmonar con metástasis a cerebro, a laringe, a huesos. Quedó con parálisis de los miembros inferiores, y fuera de todo tratamiento, salvo radiaciones para evitar que los tumores crecieran y sangraran.

Nuevamente se interpuso el frío criterio institucional. Todavía internado, buscamos un oncólogo privado. Encontramos “al mejor de Puebla y uno de los mejores de la República Mexicana”. Su imagen correspondía a los múltiples post grados que ostentaba: alto, joven, pulcro, rostro noble y enérgico, modales suaves, voz y conceptos convincentes emitidos con naturalidad y matizados con mesura. Nunca dijo: “Enfermedad terminal” sino: “En condiciones extremas”, no mencionó: “Medicina Paliativa”, sino “Esquemas de tratamiento”; habló de remisiones del 25% hasta en dos años. En el rubro de los costos los expuso claramente, con la opción en tres meses de entrar a un programa patrocinado por Laboratorios extranjeros.

Ahora que reflexiono, lo que yo buscaba y me dio sin especificar, fue esperanza: oírlo decir “Dos años” cuando lo vi una noche en estado preagónico, me dio la pauta para responder “¡SÍ!” a todas las propuestas.

Recuerdo que en el quinceavo día de la radioterapia con una última dosis de un “haz de rayos concentrados”, yo esperé tras la protección del cuarto acerado repitiendo como un cántico infantil: “Deshácelas, desintégralas, defenéstralas, desbarátalas, destiérralas, desnaturalízalas, desécalas, destrúyelas, desconéctalas, derrúmbalas, desarráigalas… respeta sus neuronas: ¡Oh Dios mío, permítele regresar a casa consciente!”

UN DON DE DIOS

Viernes a las diez de la mañana y encuentro la sala de espera repleta de personas, unas aburridas, otras inquietas, algunas parecen momias: ¿qué esperan?... tal vez el doctor Suárez tenga un servicio anexo de eutanasia. Al reportarnos con la recepcionista: informa que “la consulta va retrasada porque el doctor tuvo una Urgencia”. Por propia experiencia sé que la consulta de un especialista es lo menos programable del mundo. Se nota que todo el personal trabaja duro en su batalla contra la muerte, pero van perdiendo.

Tengo un olfato agudísimo y percibo un hedor penetrante, mezcla de hojas podridas en un sendero y sushi trasnochado ¿estaré paranoico? Tantas insinuaciones cósmicas me sacan de onda. ¡No!, yo no me veo como estas personas devastadas, esqueléticas y calvas.Durante mi vida profesional agarré fama porque podía predecir el fallecimiento de un enfermo hasta con un mes de adelanto. Pero no era -cómo pensaban un don de Dios- sino una simple ecuación matemática entre el peso del paciente, la etapa de su enfermedad y el ánimo que tuviese para pelear.

En marzo de 2016 cumplí 67 y decidí darle un viraje a mi vida. Me propuse comer sano, hacer ejercicio, dejar de fumar y leer en lugar de ver Facebook. Mi mujer -que en sus años de jubilada le dio por la cultura- dijo que debía empezar mi camino de redención lectora leyendo clásicos y me dio su propio libro de Hamlet: lo conservaba desde la prepa con la hoja aún doblada en el soliloquio de “to be or not to be”. La verdad es que después de chutarme semejante texto me dio una hueva…cuando Clarisa protestó porque dejé a medias una de “las obras monumentales de la literatura universal” le dije lo que sentía.

* Entiendo por qué te gusta; tú eres el Hamlet femenino, versión mexicana.
* ¿Porque dices eso?
* ¿Te acuerdas de nuestros primeros años de casados?: entre dos alternativas nunca te decidías. Qué bueno que no fui de esos maridos que ni fu ni fa porque nunca hubiéramos hecho nada.
* ¿Estás hablando del dilema de Hamlet?: es que duda porque le ordenan tomar venganza sobre su tío y su madre.
* No interpreto ese monólogo cómo: “¿vivir o suicidarse?”, pienso que habla más de indecisión que de autodestrucción. Dudo que algún pre suicida tome ejemplo a un paradigma de la procastinación.

“Toucheé!”, mi mujer no insistió y que bueno porque ya traía *Guerra y Paz* de Tolstoi: cómo 600 páginas.

Entonces me puse mal, me hospitalizaron y tras larga serie de estudios me hicieron una biopsia pulmonar: tengo un tumor de células pequeñas. A pesar del nombre discriminatorio este es el papá de todos los cánceres.

Clarisa me trajo en silla de ruedas a ver al gran gurú de la oncología en Puebla: un joven de 33 años que aparenta 25… pensar que yo, a esa edad me corría unas parrandas de mata perro. Empero, me revisó a conciencia aplicando sus cinco sentidos. Sin alterar la expresión de su rostro vio mi tomografía cerebral con treinta tumores del tamaño de chícharos en el encéfalo. Planteó un manejo con mucho optimismo.

. Si recibe inmuno-quimioterapia y radioterapia combinados tiene un 25% de probabilidades de sobrevida a 2 años, y pasado ese periodo un 50% de posibilidades de remisión de hasta 5 años.

Interviene mi mujer:

* ¿La biopsia pulmonar no tiene ninguna posibilidad de error?
* No. Se le tomó dirigida con estereotaxis y el patólogo del hospital es muy competente. Yo mismo revisé las muestras.
* Doctor: habló de sobrevida a dos años: ¿conqué calidad?- Hablemos de cualidad: simplemente vivir lo es.
* ¿Cómo sería en concreto el tratamiento? ¿Cuánto duraría?
* Un total de quince radiaciones, y diez inmuno- quimioterapias cada tres semanas.

Me queda claro que si no me mata la enfermedad me matará el tratamiento… un poco más lentamente. Clarisa lo reinterroga con voz baja y afligida mirándome de reojo:

* Si no aceptamos ¿cuáles son sus posibilidades?

El doctor Suárez se echa hacia atrás en la silla giratoria y empieza a entrelazar los dedos de ambas manos como si los tejiera: lo veo a través de la cubierta acristalada de su escritorio. Habla bajando mucho el tono dirigiéndose a mi esposa con el fin de que no lo oiga, pero yo sé lo que va a decir: - La etapa es IV o sea: ya hay diseminación a faringe, huesos y muchas metástasis a cerebro. Su estado general y el funcionamiento de sus órganos predicen que sin ningún freno las células malignas seguirán en el torrente sanguíneo y eclosionarán en hígado, riñón o estómago. El pulmón que es el sitio primario también puede crecer. Sin tratamiento en el 80% de estos casos en un máximo de 180 días la enfermedad avanza para entrar a su etapa extrema. - ¿Y el otro 20%?

Toma aire largamente y expele las palabras con lentitud: - Fallecen por fallas orgánicas múltiples o por hemorragias del sistema cardiopulmonar. Su muerte puede ser muy sufrida.

Da por terminada la consulta.

* Pase con la recepcionista para reservar una cita y que le den unos folletos. Piénselo, pero no mucho. Cada día representa un riesgo más para diseminación de la enfermedad y después ya no se puede intervenir.

Al salir de la consulta pasamos por un cuartito contiguo donde está una pareja de edad avanzada. La señora aparenta unos sesenta años, aun agradable de ver, pero sus ojos emanan una tristeza tan etérea que parecen nubes grises a punto de deshacerse en lluvia. Él -literalmente- es un precadáver: casi desaparece en un *reposet* beige con una botella de suero instalada. La mujer me mira y se cubre el rostro con las manos; su actitud lo dice todo: “Apenas empieza su calvario” Entonces me doy cuenta de que estamos frente a un espejo.

XIX

Regresamos a enfrentar los momentos más difíciles durante 525 días. Las luchas que libramos Jorge y yo fueron cotidianas: siempre en vilo, siempre al borde de la catástrofe. Por más que trato de borrarlas veo imágenes de su deterioro gradual y luego acelerado: quimioterapias, estudios de PET (tomografía por emisión de positrones), laboratoriales, consultas; luego las neumonías ortostáticas, percusiones torácicas, gastrostomía, fórmulas hipercalóricas, instalación de catéter de puerto, alimentación parenteral, oxígeno, limpiezas orales, úlceras posturales. El temblor del 17 de septiembre de 2017 me provocó pánico, pero no fue miedo a morir sepultada, si no a la imposibilidad física de sacar a mi esposo de esa especie de bunker y subirlo al elevador.

Íbamos de días regulares a días muy malos en que el enclaustramiento, la impotencia, el cansancio y la desesperación daban paso a la esperanza y se reiniciaba el ciclo.

Gracias a su extraordinaria fortaleza mi esposo nunca perdió su dignidad: cuando hablaba lo hacía con el mismo tono de voz imperioso. Jamás se quejó de dolor, la vida o su enfermedad; nos mantuvo esperanzados hasta el último aliento: Miguel Ángel era tan fuerte y yo tan de pensamiento mágico que siempre creí que lo superaría.

Empecé a leer todo lo referente al cáncer, tema que me parece ominoso (me pregunto como un médico puede dedicarse a una especialidad en que va a ver morir el 75 % de sus pacientes); todo era técnico, frío. Di con el libro de un oncólogo que con tintes literarios describe la historia de esta enfermedad y sus casi nulos avances en 200 años. Entendí la simpleza de que un cáncer se origina en una sola célula que pierde la facultad genética de cumplir su ciclo asignado y sigue reproduciéndose sin freno, porque al llegar los anticuerpos ella les dice: “¡Alto!, yo soy cómo ustedes” y reconociendo el ADN común, no la ataca.

UNA SOLA CËLULA sigue duplicándose, cuadruplicándose hasta lo infinito; como aquella leyenda del rey persa y el campesino que juegan una partida de ajedrez y al ganar el segundo el monarca le insta a pedir lo que quiera. El campesino contesta que solo quiere un grano de trigo que se vaya duplicando conforme avance en el tablero. El rey dice que es muy poco pero: “¡Sea!”. Después su visir hace cuentas y le informa que ni todos los graneros del reino pueden cubrir la apuesta…y ahí están los números irrefutables: 1 – 2- 4 -16- 64 -256- 1,024 – 4096 - 16, 384 - 65,536 -262,144 - 1,048, 576 …casi podía ver a esas malditas células dividirse, reproducirse sin límites.

En una cita de control, le pedí al oncólogo concederle otra calidad de vida. Me contestó que esa calidad se la estábamos dando nosotros al atenderlo en casa.

* Pero…¿qué vida es esa?
* Calidad de vida para un enfermo terminal como él, es: no sufrir dolor, no asfixiarse, no tener hemorragias, otros pacientes no son tan afortunados.
* ¿Y qué haremos si llega a tener esas manifestaciones?
* Sólo puedo prometerle que yo sabré cuando será inhumano dejarlo padecer.

Reconozco que mi esposo nunca pidió un analgésico y sólo dos veces requirió oxígeno. Todo estaba preparado para cambiarle la gastrostomía cuando falleció el 16 de mayo de 2018. Aún en esos momentos, física, económica y moralmente agobiada, me resistí a dejarlo ir. En su funeral lloré tanto que me deshidraté. Casi fue un consuelo que lo cremaran: por fin esas células inmortales que se multiplicaban y volvían a replicarse en su atormentado cuerpo ya no se alimentarían de él.

Los primeros meses no pude dormir sin despertarme de madrugada dos y tres veces escuchando el timbre que le instalamos para que no se esforzara. Veía pasar su sombra, olía su aroma de tabaco y loción. Las cosas se caían, la cama se movía, una vez encontré un cigarro a medio consumir en mi joyero. Volví a la religión porque encontré conformidad en misa de once, por visitar su cripta en esa iglesia de la que visualizaba diariamente su cúpula de Brunelleschi desde mi ventana. Las campanadas diarias de los diversos rituales litúrgicos me consolaban al pensar que él estaba ahí, acompañado.

Buscando un papel legal encontré sus pantuflas y una conservaba una calceta dentro; recordé aquella madrugada: mientras luchábamos para que oxigenara mejor, en un cambio de posición se le salió del pie e intenté ponérsela de nuevo (¡¿Para qué?) Ese único calcetín verde me hizo rememorar cuatro horas de pesadilla. Cerré su cuarto y no volví a entrar ahí.

**XX**

*Los Monstruos existen porque son parte del plan divino, y en sus horribles características*

*se revela el supremo poder del Creador*

**Umberto Eco**

*9 – enero -2021*

Con mano contraída arranqué de la pared el 2020

Quiero desaparecerlo

Como una mujer despechada que destruye las cartas de su amante

Es una pena que lo odie

Y que ni siquiera llore

Ya no hay agua en mis ojos

Por mis conductos lacrimales sólo circula sal.

Ahí queda febrero, donde la pandemia

aún era asunto de otros continentes

e hicimos un viaje con una quinceañera

y colas de dos horas en el parque de diversiones.

Aquí marzo donde el confinamiento

fue “voluntario, provisional,

una muestra cortés de ciudadanía”.

Sabina reclama el mes de abril

Pero tú, 2020

¿Dónde te llevaste los meses restantes?

Devuélvenos a las víctimas voluntarias

Devuélvenos el llanto provisional

al médico que nos exploraba el abdomen

a los niños soñolientos despidiéndose en la puerta de la escuela

Devuelve el adiós al abuelo con un beso

y los novenarios con olor a copal y murmullos de

“Luzca para él la luz perpetua”

Necesitamos luz nosotros.

Las oraciones son diferentes:

En vez de pan pedimos oxígeno,

En vez de techo, cama en la UCI

En vez de paz queremos antivirales

En vez de amor pedimos la vacuna.

Esperé este año ansiosamente

Con la idea de cerrar un ciclo.

2 de enero: El subsecretario va al Pacífico.

4 de enero: Semáforo rojo en Puebla

5 de enero: bisontes en el Capitolio

7 de enero: mi amiga tiene COVID.

8 de enero: el bicho mutó.

Hoy estamos a 4 grados.

Son las doce: hay viento y llueve en ráfagas.

las cabañuelas ominosas.

En septiembre habrá ventarrones y frío

para los de sangre tórrida como yo

será como estar en la tundra.

Sólo puedo escribir o llorar.

no lloraré hoy

hay que optimizar recursos

por si el 2021 se suicida en el umbral.

*¡A cuánto amor el corazón obliga!*

**Carlos Pellicer**

Ahí está mi madre en su escritorio: mujer en la séptima década intentando una nueva aplicación en su celular. Parece no ser la misma de hace casi seis años cuando se enfermó papá.

Ella dice que sin mí no hubiera podido resistir. Sí, hice el trabajo físico, pero estoy consciente de que, sin ella, él y yo no hubiésemos salido adelante dieciocho meses. Estuvo presente 24 horas, disponible, pronta; desanimada o animosa, no se enfermó ni una sola vez en el año y medio del primer aislamiento.

Fuimos dos torres sobre un tablero de ajedrez: barriendo lo que hubiese que barrer alrededor del rey simbólico: todopoderoso, reducido a moverse limitadamente y atenido a su dama y peones para defenderlo. Luchamos primero para que recobrara la salud, después para que aumentara unos kilos, para minimizarle las incomodidades, por otro mes de vida…el plazo se acortó: las batallas posteriores las libramos por unos gramos, unos días, unas horas, hasta el momento en que perdimos la partida ante la Reina Negra.

El duelo subsiguiente fue largo. Ella permaneció en su recámara y miraba como hipnotizada su ventana, o escribía por temporadas sin apercibirse de lo que la rodeaba; podía dormirse cuatro horas de un tirón por la tarde y luego mantener encendida su lámpara hasta las tres de la mañana. La ayudante doméstica encontró libros, fotografías, almohadas, lentes caídos alrededor de la cama. No aceptaba llamadas ni visitas. Hasta su acendrada pasión por los libros se apagó.

. En septiembre de 2018 tuve una enfermedad infecciosa y ella se acostó conmigo en mi cama para aplicarme compresas frías en las crisis febriles, para inyectarme, para darme cucharadas de caldo cuando no podía tragar, para finalmente llevarme al hospital.

Pareció que la pandemia le vino *ad hoc* a su aislamiento, pero, curiosamente en los últimos meses emergió de su letargo. Empezó a disponer comida para mi hermana y sobrinas.

Entonces, en octubre de 2020 mi hermano tuvo COVID y también lo asistimos en casa: no nos contagiamos. Tras un año, el primer día de la vacunación para adultos mayores nos lanzamos a buscarla y aguantó seis horas parada al sol para aplicársela. A pesar de los rumores de muertes súbitas, contagios, secuelas, de las opiniones de los antivacunas, nunca titubeó hasta completar las cuatro dosis.

Estuvo enferma, internada en tres hospitales; en Terapia intensiva, en la sección de hemodinamia; resistió dos operaciones en menos de cuatro días. Mi hermano mayor y yo presenciamos sus síncopes y creímos que se nos iba. Una vez -en esas interminables noches en vela - tuve que decirle que iría con ella a Europa cuando se curara: siempre ha tenido una estrella viajera, lo contrario de papá y yo.

Pero no: la enfermedad hizo emerger cualidades que mantenía ocultas: una gran fortaleza, capacidad de tomar decisiones, resiliencia y fortaleza física.

Al aclararse el panorama, ella sigue en pie de guerra en todos los frentes por su familia y recobró su vida literaria. Poco a poco la expresión triste se borró de su rostro: presentó libros, exhibe su talante humorístico, improvisa discursos. Ahora es la más pendiente de las innovaciones tecnológicas, hace y recibe llamadas frecuentes, visita amigas. Y aún escribe diariamente. La veo en plena condición para su edad.

Sin embargo, su transformación más notoria es física: aquella silueta gris encadenada con grilletes invisibles a la cabecera del enfermo o enajenada en su computadora, se ha esfumado. Me complace ver sus mejillas ruborizadas, su sonrisa desplegando los paréntesis de sus comisuras; la veo usar colores claros, hay ligereza en sus movimientos, trasmite seguridad en su actitud, sus ojos brillan vivaces: hasta se ha cortado la plateada cabellera de modo favorecedor; los rebeldes mechones de sus sienes completan la metamorfosis: ¡le han salido alas a mi viejita!

Ella lee y relee un mensaje:

“Tu gatito barcino quiere que lo acaricies.”

XXI

*Disfruta del pánico que provoca tener la vida por delante*

**Walt Whitman**

24-febrero – 2021

Con mentalidad científica pienso que es paradójico que los programas de vacunación empiecen por los municipios puesto que el mayor índice de contagios son metropolitanos. Los expertos tienen otra opinión - “Los enfermos graves van a dar a los hospitales de concentración, provenientes en su mayor parte de regiones rurales”. Mis colegas y todos los colaterales dicen que de cinco pacientes internados en alas de Covid 19, cuatro pertenecen a la población urbana... ¿Puede un programa del que dependen tantas vidas estar bajo sospecha de politización?

Tiene tres años que no veo noticias. Ayer miércoles, al ingresar a mi clase de Ensayo por Zoom me entero que vacunarán en centros de salud municipales. Siendo la veterana del grupo todos me animan: “Alicia, ve a tratar de inmunizarte. No puedes perder esta oportunidad, mañana el asunto va a estar tétrico. Mis suegros vieron anoche las noticias y fueron a las 6 de la mañana: a las 10 estaban vacunados”.

Jorge mi hijo me lleva al peregrinaje: Cacalotepec, Acatepec, Tonantzintla: las 400 dosis agotadas. En este último sitio un policía nos dice: “Vayan al CEDAD de Cholula, ahí todavía hay vacunas”. Pues nos lanzamos y llegamos a las doce AM.

El CEDAD es un Centro Escolar con una superficie muy grande. Al llegar la fila rodea la manzana completa y siguen arribando vehículos de toda clase: cochecitos, camionetas BMW, de batea, carcachas, bicicletas y gente a pie. La cola llega atrás de las mallas del campo de futbol: guardamos la sana distancia a plain soleil: en esta cuestión vital la única actitud posible es aguantar a pie firme todo lo que venga.

Estamos una hora sin avanzar (después supe que aún se estaban organizando). Se gestan inconformidades. Algunos señores con todo el aspecto de ser de Lomas de Angelópolis mascullan: “Nosotros pagamos impuesto predial acá y nos tratan como indocumentados”; otros me cuestionan: “¿Vive aquí en Cholula?, “No, pero tengo 72 años y llevo en fila dos horas, ¿usted cree que me nieguen la vacuna?”.

Pasa una brigada con un médico a la cabeza contándonos y anuncia: “Sólo recibiremos 500 más”; “Oiga -protesta alguien- dijeron que tienen 6 mil dosis”; “Sí, pero son para cuatro días y por cada uno cuento dos, porque la mayoría le guardan el lugar a dos familiares”; “¿Y a todos los que cuenta nos va a tocar?”: “Sí, todos serán vacunados”.

Con nueva esperanza nos reafirmamos en nuestros sitios. Hay personas con bastón, una señora que no puede estar de pie y a cada paso su hija la levanta y avanza su silla un lugar; ancianos desgastados que van solos y los apoyan para caminar. Pasa un señor escuálido, pedaleando un diablito en el que transporta a una ancianita en silla de ruedas para formarse atrás. Se hace un revuelo y un señor declara que los de tal condición pueden pasar la barrera de entrada para estar en la sombra, y tendrán prioridad para vacunarse. Cómo el conductor aún parece dudoso, una señora muy bien vestida se ofrece a escoltarlos. Recorre los 2 km de la fila para llevarlos con el guardia de entrada y regresa a su sitio: asegura que quedaron adentro.

En la cola predominan los cuarentones que cuidan el lugar para sus padres, tíos, abuelos. También prestan sus asientos portátiles, sombrillas, abanicos. Pescas al vuelo relatos de cómo algunos presenciaron la agonía de los padres, cónyuges, mejores amigos “boqueando como pescaditos”. Te guardan el lugar para descansar un rato a la sombra, tomar un refresco, buscar un baño… incluso la señora que está adelante de mí insiste en darme su sombrilla, porque “es usted muy blanca y se va a insolar”. Ayudamos a una señora analfabeta a llenar su cartilla de vacunación. Alguien va a la papelería a sacar copias y recibe encargos de desconocidos, otro presta la tablet para que los familiares ubiquen el lugar. Mi hijo compra lapiceros que compartimos. Casi al final, una jovencita - que aguarda la salida de su abuela vacunada - dona sombrilla y banquito para los que aún estamos afuera: “Ahí los pasan a quien los necesite”. Las vemos irse en un cochecito destartalado.

La fila empieza a avanzar rápido. Pasan bloques de 300 gentes. Adentro hay asientos, carpas, árboles, botellas de agua y grupos organizados para checar datos, darnos los formularios y guardar el orden de llegada para los nueve sitios donde nos esperan con jeringa en ristre.

Me entero que en otros lugares hubo desórdenes, aquí no. Creo que estamos muy viejos, agotados, o tan acostumbrados a las palizas diarias, que - como dice Juan Gabriel- “El día que me acaricies, lloraré”. Cuando al fin -justo a las 5 pm- me vacunan en 30 segundos, la amable enfermera me pregunta: “¿Le dolió?”, “No, los mexicanos tenemos un umbral muy alto al dolor… ¡ah! ¿se refiere usted al piquete?: ni lo sentí”.

Estamos media hora en observación. De manera aleatoria checan oxigenación, presión y glucosa. En ese momento (5.30 pm) llega un grupo con camarógrafos a filmar. Hablan un directivo de salud, un vocero del gobierno, un siervo de la nación y comentan “esa jornada heroica” …

Los verdaderos héroes: médicos, enfermeras, ejército y los ya vacunados, no nos interesa más que agilizar el asunto por las docenas de viejitos que aún están formados bajo el sol africano de este día. En la asta ondea la bandera bicentenaria y me dan ganas de gritarles: “¡Viva México campeones!”

Con el instinto de supervivencia todo volvió: los buenos momentos en familia y con los amigos, la inspiración para escribir, la ilusión de un viaje, el interés por investigar, buscar retos en concursos, la expectación de una presentación, el regocijo de ganar un certamen, escuchar latir un corazón amado al unísono del propio….sólo las madres no pueden olvidar nunca a un hijo muerto o desaparecido: ¡Ay, tened piedad de las madres!

*El otoño de la vida es una segunda primavera en que cada hoja es una flor.*

**Albert Camus**

En 1973 Clarisa rotó por el hospital de especialidades San José, y conoció a un joven reumatólogo apellidado Alcocer. La reactivación de los síntomas dolorosos la animó a consultarlo.

Con el antecedente de su fiebre reumática infantil, el galeno la examina y luego le ordena catorce exámenes de laboratorio.

La química que le toma las muestras masculla:

* Le pidió estudios como pedirle a Dios….

Al revisar resultados el especialista le da el diagnóstico.

* Su problema no es Fiebre Reumática sino Artritis reumatoide.

Clara Isabel sabe que hay una gran diferencia, aunque los síntomas sean similares: la primera es de origen bacteriano y tiene tratamiento, la segunda es una enfermedad inmunológica, incurable, progresiva e invalidante. El panorama a mediano plazo es muy sombrío

* ¿Hay tratamiento para mí?
* Sí lo hay, pero con vida sexual activa y en edad fértil, tendría que cuidarse mucho de no embarazarse.
* ¿Qué pasa si me embarazo?
* Hay que suspender el tratamiento.
* Y empezar otra vez de cero….
* Tal vez no. La gestación mejora mucho a las mujeres.
* Sólo sé un poco de eso, ¿podría ampliarme la información?
* Normalmente nosotros damos, además del metotrexato, la prednisona que es un corticoide sintético. En el caso de la embarazada, al aumentar el metabolismo de las glándulas suprarrenales se produce una gran cantidad de corticoides naturales específicos para inhibir el rechazo al nuevo ser (y usted debe saberlo mejor: el feto es una especie de parásito), que también detienen otras enfermedades inmunológicas. Incluso hay casos reportados de desaparición de la artritis.
* Es decir: ¿Un embarazo podría curarme?
* Curarla no lo aseguro, mejorarla mucho sí. Los beneficios se extienden hasta la lactancia.
* Doctor: el año pasado me operaron de un embarazo ectópico. Solo estuve fuera de servicio una semana y tuve dificultades con mi jefe de enseñanza. Aquí el Dr. Cuadra es muy comprensivo y me deja venir a consulta y análisis, pero ya decidí no embarazarme hasta terminar mi residencia.
* Entonces le extenderé su prescripción para 90 días, y al terminar nos vemos para revisarla de nuevo.

En la farmacia le dan muchos frascos de Metrotexato y prednisona. Lo poco que sabe del primer fármaco es que se considera una mini quimioterapia. Conlleva una serie de restricciones: tomarla dos veces por semana, cuando esté de descanso para asimilar los consiguientes mareos y náuseas. El corticoide debe empezar por la dosis más baja e ir elevándola según vayan cediendo dolores e inflamaciones.

Se queda dudosa…tiene guardias ABC lo que significa una noche en casa, una en el hospital y otro día salir a las seis pm desvelada y cansada. ¿Y si mejor se embaraza? Con su trompa de Falopio remanente solo le queda el 50% de posibilidades, además cuando coincide con su esposo en la noche libre (en el mismo ritmo de guardias, ellos buscaron que él se quedara la noche que ella pasa en el hospital para no dejar al niño solo, de modo que cuando se ven cada tercera noche ambos están agotados). Las probabilidades de un embarazo son lejanas…

¡Qué joven e ingenua era!; la Naturaleza le demostró que se abre paso. Dejó de tomar su anticonceptivo y al tercer mes se embarazó y mágicamente sus síntomas remitieron. A veces Clarisa lamenta no haber continuado con el Dr. Alcocer, porque él hubiera presentado su caso en alguna sociedad médica. Sin embargo, estando en el epicentro de la explosión demográfica, mejor no motivar a las mujeres a tener más hijos.

Cumplió su programa de Enseñanza y se graduó un 28 de febrero. Al inicio de la primavera tuvo un hermoso bebé de “bajo peso para edad gestacional”, la única muestra evidente de todo el esfuerzo que requirió para lograr su diploma de especialista.

Consiguió un puesto de base en una Institución y amamantó todo lo que pudo, para no dar tregua a la enfermedad que no volvió a aparecer. Eso sí, tal vez su mecanismo inmunológico quedó disminuido: era la primera en pescar una enfermedad viral, bacteriana, alérgica, fúngica o parasitaria por todas las vías posibles, fuese por contacto directo, intestinal, respiratorio o simplemente por cambios climáticos.

También lidió mucho tiempo con una lumbalgia agravada por las largas horas de pie y trastornos en el sueño que arrastraba desde la infancia. Sobrevivió y desempeñó su profesión con eficiencia – o al menos eso dijo todo el mundo. Un día del Médico le entregaron un diploma por 30 años de haberse recibido.

Al final presentó una hipertensión que mucho tiempo pasó sin tratamiento porque ella justificaba los síntomas; “Me duele la cabeza: es que estoy desvelada”, “Me mareo en la mañana: es que me levanté bruscamente de la cama”, Tengo zumbidos de oídos: necesito un lavado ótico”; hasta que un médico concienzudo la examinó y la envió a Medicina del Trabajo: había completado su ciclo.

Clarisa tan frágil, tan hiperreactora, nunca volvió a un hospital más que por enfermedades de sus hijos y su esposo. Los últimos cinco años se encerró en casa con esporádicos vistazos al mundo exterior. Pero nunca dejó de escribir.

Con actividad limitada, sin contacto social, su vida declinaba inevitablemente al ocaso. Si hubiera oído hablar de un flechazo a esa edad, lo hubiera juzgado tan inverosímil que no lo tomaría en cuenta ni para escribir ficción. La realidad superó a todas sus fábulas.

En medio de Terapia Intensiva, la evocación de los trances amorosos vividos la sustrae de su realidad. Recuerda que pasión deriva del verbo latino padecer, y que comparte raíz con otras palabras que expresan enfermedad y muerte como padecimiento, paciente y patíbulo. En la antigüedad se consideraba este estado de enamoramiento como algo contraído por una intoxicación o contagio, igual que una infección. Esa forma súbita de invadir el cuerpo y de someterlo a algo invisible, omnipotente y provocar enajenación, languidez y hasta deseos de muerte sólo podía ser pernicioso. El hambre permanente del ser amado se agiganta y ocupa todo momento de conciencia en la mente. Hay que alimentar a este bicho insaciable con creatividad, inventar palabras para renovarlo cada día y dedicó toda su atención a eso…entonces llegó la puñalada: ¿acaso había auto consumido sus últimas energías en aquella pasión insana?

Las enfermedades autoinmunes son invalidantes, progresivas, incurables: el mismo cuerpo que las alimenta es el enemigo a vencer: ella les ha legado esa carga dolorosa a sus hijos. Primero fueron sus anticuerpos, ¿ahora es su anti alma? ... Pero tal vez esa reacción exagerada del mecanismo inmunitario la ha protegido del cáncer tan pronosticado. Rememora el día en que cumplió 45 años y al bañarse repasó su cuerpo: ¿Dónde estaría alojada esa única célula plenipotenciaria que acabaría con ella?, ¿En el seno, en el hígado, en sus cataratas sanguíneas?... Cuando la internista diagnosticó su pancreatitis de origen vesicular ella no vaciló: ¡Fuera el enemigo!

Sin embargo, el enemigo quedó dentro: aquel corazón del que ella tenía miedo por sensitivo y lo anestesió…pero fue resiliente y dio cabida al nuevo ocupante: debilidad que la vencedora eterna aprovecha para reclamar su parte a través de ese andamiaje quebrantado, de esos puentes obstruidos, de esos transmisores silenciados…se abandonará en sus brazos y el tránsito se efectuará sin dolor.

Lee un mensaje de Félix, enviado cómo respuesta a su despedida: “Mi amor, la ciencia dirá lo que sea, pero la última palabra la tiene Dios. Tú no te rindas, te amo”.

El doctor Corona dice que a su bomba impulsora puede incorporarse un aliado para ganar la batalla: un custodio metálico que llevará el comando de su latir. Mientras él empuje la sangre por sus redes subterráneas ella sentirá el calor de ese verano invencible, disfrutará el otoño en que cada hoja dorada es una flor. En medio del invierno sobrevivirá con el fuego que el amor ha encendido de nuevo en su hogar. Su corazón soportará el dolor: ha demostrado que es valiente.

Las luces parpadean, un gatito de pelaje jaspeado con una m que enmarca sus ojos relampagueantes brinca de un monitor a otro.

YO SOY TUYA

Yo quiero que me invadas

que me llenes de fuego

yo quiero incendiarme en tu hoguera

Sacrificarme en tu altar, consagrarme a ti.

Porque no fui de nadie, porque siempre fui tuya.

Amárrame a tu sombra, contén mis amarguras

haz de mis membranas unas argénteas alas

yo dejé pasar días. meses, eones,

te añoraba desde el otro lado del mundo

Y por fin mis pies tomaron rumbo hacia ti

Estrella polar magnética, inmutable en el cielo

No pude ser de nadie solamente soy tuya.

Aun cuando mi cuerpo escurra entre tus brazos

Consume la dulzura que nunca pude dar

Desata este silencio desangrado en palabras

Las verdades no dichas por mi boca sellada

Horádame con tu voz y fisúrame el alma

Derrama esta ternura enquistada en mi pecho

Que sean tus brazos la prisión que libera

Rotúrame, absórbeme, fraccióname, disuélveme

extirpa a la que sufre, a la enferma, a la que clama

ya no quiero ser esto

no quiero ser de nadie, únicamente tuya.

Localízame en tinieblas para transformarme en astro

Con caricias exactas flotaré ya sin anclas

Vuélveme nave alada

Por fin se abrirán las puertas que no tuvieron llave

Haz caer mis reservas en el último límite

Aquí estoy anhelante de posesión completa

Ya no me pertenezco, libérame de mi

Quiero entregarme toda

Yo no seré de nadie, solamente soy tuya.

Porque eres una senda que tomé en el ocaso

Te construí con mis penas, te amasé con mis lágrimas

Mas de mi caos interno tú has salido triunfante

Ahora somos uno. Aunque ambos perezcamos

si algún día quisiera irme no dejes que me vaya

Sujétame, retenme, aprisióname, átame

porque no seré nada si no soy siempre tuya.